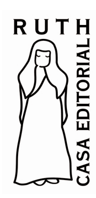
LA TRANSICIÓN HACIA EL POSTCAPITALISMO

El socialismo del siglo XXI







LA TRANSICIÓN HACIA EL POSTCAPITALISMO

El socialismo del siglo XXI

Wim Dierckxsens



1ª edición, Ruth Casa Editorial, 2005
1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006

Apartado Postal 70712, Caracas, Venezuela
Telefax: (58-212) 263.8508
monteavila@monteavila.com.ve

Portada
Composición digital, 2006
Edición a cargo de
DOMINGO FUENTES
Diseño de la colección
ABV Taller de Diseño, Waleska Belisario

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal Nº lf50020068004919
ISBN 980-01-1463-7

PRÓLOGO

Ernesto Molina Molina*

Este libro, como su título expresa, se propone hallar el camino hacia una economía donde la producción esté en función de un desarrollo incluyente (para la sociedad y para la naturaleza). El solo hecho de plantearse esta tarea ya implica una crítica a la realidad predominante en los tiempos que vivimos, lo cual incluye al capitalismo y al llamado «socialismo real».

Carlos Marx expresó en una carta a Engels que lo mejor en su libro (*El capital*) era que ponía en relieve desde su primer capítulo el doble carácter del trabajo, según se expresara en valor de uso o valor de cambio[1].

El valor de uso y su importancia social tendrá que tenerse muy en cuenta en la sociedad, de modo que regule, de manera integral y no fragmentaria, las consecuencias más remotas de los actos dirigidos a la producción y a la satisfacción de nuestras necesidades, velando por proteger las dos fuentes originales de toda producción humana: la tierra y el hombre.

Es cierto que en *El capital* Marx afirma que el valor de uso interesa a las ciencias periciales, no a la economía política. Esta afirmación de Marx puede haber sido mal interpretada, en el sentido de prescindir de esa categoría tan importante —el valor de uso— para avanzar hacia una economía política en función de la vida. Estamos en presencia de un tema que puede resultar polémico a lo interno de la ciencia de la economía política marxista.

Hinkelammert ha sido uno de los autores que más han insistido en destacar la importancia del valor de uso como objeto de estudio de la economía política[2]. Ha afirmado con razón: «En el socialismo soviético el marxismo dejó desaparecer el análisis del valor de uso»; redujo siempre más el concepto del valor de uso, para sostenerlo al final únicamente

como la imaginación de un sustrato material de la mercancía. Ya no se le veía en su significación decisiva como un producto, «cuya disponibilidad decide sobre la vida y la muerte».

Quiero entonces apuntar algunas ideas muy presentes en Marx y Engels en favor de los argumentos que son defendidos por Hinkelammert y Wim Dierckxsens.

En la teoría de Marx, uno de los momentos lógicos más importantes fue el papel que le concedió al concepto *valor de uso* de la fuerza de trabajo, pues ello le permitió descubrir la ley económica fundamental del sistema capitalista, la ley de la plusvalía.

Cada sociedad tiene su propio sistema de leyes y el valor de uso se somete también a ese sistema de leyes. El valor de uso de la fuerza de trabajo no es el mismo en sistemas sociales diferentes. Y ello es válido también para los medios de producción y los medios de consumo.

El sistema de las necesidades es distinto para cada sociedad, está sometido a leyes distintas. Con el mismo derecho que tuvo Marx para plantear que el valor de uso de la fuerza de trabajo en el capitalismo es crear plusvalía, se puede plantear también que el valor de uso de los medios de producción es funcionar como capital constante, mientras que el consumo de valores de uso de la clase obrera es consumo improductivo para los obreros, pero es consumo productivo para la clase capitalista[3].

El fetichismo es de la mercancía y, por tanto, abarca al valor y al valor de uso. La mercancía es esa unidad de contrarios, pero Marx destaca principalmente un aspecto: que el valor aparece como una cualidad natural y no social de la mercancía. Y, sin embargo, la *materialidad social* existe también: ése es un aporte esencial de Marx. Tanto el valor de uso como el valor son cualidades materiales de la mercancía, sólo que el valor de uso es una cualidad material-natural y el valor es una cualidad material-social.

El hombre queda enajenado cuando el trabajo se enfrenta a él como algo ajeno que lo domina y *la vida y la muerte dependen realmente de esa relación social materializada en la mercancía*, relación social que aparece como una cualidad material-natural de la mercancía y no como lo que es, una cualidad material-social.

En el dinero este fetichismo aparece en un nivel superior, y en el capital, en un nivel mucho mayor. A medida que avanza el capitalismo, surgen nuevas formas fetichistas del capital y el grado de enajenación del hombre frente al trabajo alcanza niveles superiores.

El acceso a los valores de uso es una cuestión de vida o muerte para el sujeto. Correcto. Pero la disponibilidad del valor de uso de la mercancía depende, precisamente, del valor de cambio. ¿Interesa o no el valor de uso a la economía política? Claro que interesa. Y sobre todo interesa porque el valor de uso desempeña un papel imprescindible en la reproducción de las relaciones de producción entre los hombres. El valor de uso queda condicionado socialmente bajo cada sistema de relaciones de producción.

La realización de la propiedad social no es sólo un problema legal, aunque lo incluye. Que el propietario pueda decidir sobre cómo consume lo 2que le pertenece forma parte también de la realización efectiva de la propiedad. (La forma de propiedad determina el carácter del nexo que une al productor con los medios de producción, no sólo en el proceso de producción material, sino también en las relaciones de intercambio, distribución y *consumo*.)

La trascendencia actual que tiene este enfoque está muy relacionada con el equilibrio que el hombre ha de alcanzar con la naturaleza, para continuar formando parte de ella.

Toda sociedad humana ha de encontrar cierto equilibrio entre lo que produce y la sostenibilidad a largo plazo de las fuentes de esa producción. Federico Engels había planteado la necesidad de medir las consecuencias más remotas de los actos dirigidos a la producción[4]. Incluso llegó a reconocer la importancia de tener que regular la «producción» de personas cuando esto fuera necesario.

El peligro de socavar las dos fuentes originales de toda riqueza (la tierra y el hombre) ha estado presente, tanto bajo el sistema del capital como también en el socialismo real que hemos conocido. El productivismo sin límite, sin medida, sin criterio a largo plazo, sin medir las consecuencias más remotas de nuestros actos productivos, con un enfoque fragmentario, desata efectos no intencionales que se imponen a espaldas de los productores de esos actos.

Marx relacionó la depreciación sólo con aquellos medios de producción que actúan como capital fijo, en ningún caso con artículos de consumo o materias primas. La aceleración de la depreciación, inducida incluso por el Estado —como vía de incrementar artificialmente la renovación del capital fijo—, fue una fórmula keynesiana de incentivar la inversión privada como solución anticrisis, algo que Wim Dierckxsens tiene presente en varios capítulos de *La transición hacia el postcapitalismo: el socialismo del siglo XXI*. Esta solución se ha extendido también artificialmente a los artículos de consumo duraderos, cada vez más desechables y sometidos a la obsolescencia «programada». Desde el punto de vista de una economía en función de la vida es irracional este tipo de «solución». Pero en una sociedad regida por el mercado y para el mercado es perfectamente racional.

Como lo es también la carrera armamentista, incluso después de «la caída del Muro de Berlín»; para ello se crean o inventan «los ejes del mal». En esa racionalidad capitalista es lógico que los bienes duraderos sean cada vez menos duraderos. Y es racional también aquella fórmula keynesiana de fomentar la deuda pública y privada para resolver el viejo problema de la «realización» de los mercados. En este sentido, el neoliberalismo es heredero del keynesianismo, y lo es porque ambos modelos responden al mismo sistema del capital. Sólo que John Maynard Keynes estaba consciente de los peligros de exacerbar el capitalismo especulativo, mientras que las políticas neoliberales que en el «Norte» y en el «Sur» se imponen a favor de los ricos y en contra de los pobres impulsan la economía de casino.

La bolsa es el mercado financiero por excelencia. Estados Unidos ha desempeñado un papel líder en la creación de este mundo financiero turbulento de hoy, aun cuando sus efectos se hayan diseminado por el resto del mundo y pudiera parecer «inocente» de todos estos procesos de globalización financiera. Suponer que se puede prescindir del capital ficticio —en los marcos del capitalismo global— resulta absurdo. Incluso su importancia es mayor en épocas turbulentas, cuando la economía global viene sufriendo, por varias décadas, un proceso de desaceleración.

La oligarquía financiera global ha encontrado en la especulación la compensación a los rendimientos insuficientes de sus actividades. Hoy podemos recuperar la «vieja» teoría de Keynes: cuando la eficacia mar-

ginal del capital es menor que la tasa de interés, se prioriza la inversión financiera sobre la inversión real. Si ello trae consigo crisis, desempleo, crecimiento del sector informal, exclusión, pero algunos pocos monstruos financieros acaparan inmensos beneficios, no importa que el barco se hunda para todos.

Es cierto que el modelo teórico de Keynes estaba dirigido a regular hasta ciertos límites el movimiento especulativo. Pero hoy la especulación rebasa las fronteras nacionales: se ha globalizado. Sólo la utopía (casi imposible) de un «Estado global sensato» y un equipo de varios «Keynes» bien llevados, harían posible esa nueva solución teórica y práctica reformista del capitalismo. Todo parece indicar que la alternativa posible y real es pasar de la ingobernabilidad del imperio a la gobernabilidad revolucionaria del socialismo, o de pasos hacia el socialismo. Y ello es así porque el imperio no es siquiera fiel a sus alianzas imperialistas. No admite ningún desafío a su poder económico y militar.

Esta dialéctica entre el poder del dólar y el poder armamentista de Estados Unidos es muy bien presentada por Wim Dierckxsens.

Algo que el autor tiene muy presente es la necesaria alianza que debe existir entre las víctimas del neoliberalismo en el «Norte» y en el «Sur» en la resistencia y la lucha por alcanzar una economía en función de la vida.

Se necesitan líneas de acción concretas, bien articuladas, para llevar adelante legítimas reformas agrarias, tomas de tierras y resistencia al despojo; líneas de acción que garanticen la soberanía alimentaria de nuestros pueblos y de nuestra biodiversidad, y la garanticen con una agricultura sostenible y una cultura de consumo acorde con nuestras identidades y necesidades racionales, la lucha por el respeto a los derechos humanos más legítimos, de identidad cultural, de igualdad social para la mujer, de acceso al desarrollo, a la educación, al empleo, a la salud, a la vivienda, en general, a una vida digna para nuestros niños y niñas, jóvenes, obreros y campesinos, intelectuales, pueblo en general.

Estas luchas pueden articularse a escala nacional, regional e internacional y para ello deben utilizarse todos los medios de comunicación posibles y todas las cuotas de poder a que se acceda, entre ellos, las consultas populares, las campañas nacionales y hemisféricas contra la

privatización de la educación y la salud, los foros y eventos, las iglesias, los parlamentos, el acceso al poder local por representantes legítimos de los trabajadores, todo aquello que conduzca a alianzas legítimas por los derechos de los pueblos.

La necesidad de articular múltiples movimientos sociales —de jóvenes, estudiantes, organizaciones campesinas, sindicatos obreros, mujeres, organizaciones indígenas, étnicas, representantes de iglesias evangélicas, emigrantes, e incluso pobres del «Norte» y del «Sur»— constituye el principal objetivo estratégico contra el modelo neoliberal de antidesarrollo que se nos quiere imponer a nivel global. Las utopías bien concebidas son necesarias. Quien no sabe a dónde va, ni el mejor viento lo lleva. También es necesario saber conducir la nave. Pero con este pequeño libro se contribuye a hacer navegar la palabra y el pensamiento que necesitamos.

NOTAS

* Cuba, 1940. Doctor en Ciencias Económicas, 1997; Licenciado en Economía, Instituto de Economía, Universidad de La Habana, 1969. Profesor Titular de la Universidad de La Habana. Actualmente trabaja en el Departamento de Disciplinas Económicas y Técnicas de Dirección, Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa (ISRI), Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (Minrex), donde es, además, Profesor Titular (Consultante). De 1979 a la fecha ha recibido reconocimientos y medallas como Educador y ha sido nominado al Premio Nacional de Economía en los años 2002 y 2003. Miembro Titular de la Academia de Ciencias de Cuba desde julio de 2002, presidente de la Sociedad Científica de Pensamiento Económico de la Asociación Nacional de Economistas de Cuba (ANEC). Miembro del Comité Nacional de la ANEC. Miembro del Consejo de Redacción de la revista *Economía y Desarrollo*, Facultad de Economía de la Universidad de La Habana. Desde 1980 hasta la fecha, ha participado como ponente en cerca de 47 eventos científicos, de ellos 24 internacionales. Ha realizado numerosas investigaciones sobre temas económicos.

1. Carlos Marx y Federico Engels: *Cartas sobre El capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 166.

2. Ver sus libros: Franz J. Hinkelammert: *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*, Editorial del Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 1995; Franz J. Hinkelammert y Henry M. Mora: *Coordinación social del traba-*

jo, mercado y reproducción de la vida humana, Editorial del Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 2001.

3. Consúltese el capítulo 21 del primer tomo de *El capital*.
4. Consúltese el artículo «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre» en C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1978, pp. 66-79.

CAPÍTULO I. LA NECESIDAD DE OTRO ORDEN ECONÓMICO

La caída del imperio

En un artículo escrito pocos meses antes de fallecer, André Gunder Frank[1] señala que el poder hegemónico de Estados Unidos se sostiene sobre dos pilares: el dólar y el Pentágono. Con una caída del dólar estaría en juego uno de los dos pilares de la hegemonía norteamericana. Desde el mes de octubre del año 2000 hasta fines de diciembre de 2004 el dólar ha caído frente al euro en casi 40 por ciento (pasando de 1,22 euros por dólar a 0,74), o lo que es lo mismo, el euro se apreció en un 65 por ciento (pasando de $0,82 a $1,36) y, según la revista *The Economist*[2], el euro podría llegar a costar 1,70 dólares, lo que implicaría una duplicación de su valor desde fines del año 2000. La devaluación de la moneda universal se refleja en el alza de precios del comercio internacional en dólares. Los metales subieron en 21 por ciento durante el año 2004, y el petróleo en 34 por ciento[3]. Ahora bien, ¿cuál es la importancia de la caída del dólar para el mundo en general y para Estados Unidos en particular?

Cada vez más autores de la propia elite norteamericana temen la caída del imperio con el fin de la era del dólar como moneda de reserva internacional. Fred Bergsten[4], director del Institute for International Economics, en Washington, advierte sobre las consecuencias de una quiebra del dólar para la economía mundial en general y para Estados Unidos en especial. Peter Peterson[5], secretario de Comercio durante la administración Nixon, advierte sobre el inminente peligro del colapso del dólar y la posible caída del imperio. Harold James[6] hace una comparación de la caída del imperio norteamericano a partir de la actual crisis del dólar, con la caída del imperio británico por el hundimiento de la libra esterlina en septiembre de 1931. Robert Samuelson[7] afirma que con el actual déficit

fiscal y en la balanza comercial de Estados Unidos, no solo está en peligro el dólar como moneda de reserva, sino que desde ya se vislumbra que el imperio deja de ser capaz de imponer su voluntad al resto del mundo. Es arriesgado predecir el ocaso del imperio estadounidense, afirma Fred Kaplan[8], pero las señales a fines de 2004 son ominosas, sigue el autor.

Como potencia económica Estados Unidos ya no establece las reglas del juego, mucho menos domina el actual juego de poder. Como potencia militar Estados Unidos tiene una capacidad armamentista bastante superior a la del resto del mundo, pero le resulta cada vez más difícil traducir su supremacía armada en influencia, como revela la impotencia de su fracasada ocupación en Irak. La amenaza de un colapso del dólar como moneda de reserva y el derrumbe de esta columna económica del imperio subvierten aún más el pilar militar. Lo anterior no viene como accidente, señala Kaplan, sino que contiene claras connotaciones políticas. El euro fue diseñado para desafiar la hegemonía global del dólar en el ámbito financiero y comercial, mientras la constitución europea preveía una política de defensa común. La rivalidad china con Estados Unidos constituye otro frente que ha sido una ambición política explícita en la esfera productiva. Es cierto que no es cosa nueva que se anuncia la caída del dólar como moneda de reserva, señala *The Economist*[9]. «El verdadero problema de advertir regularmente —sigue la revista— es que más nadie lo cree cuando realmente pasa.» «El lobo ya se encuentra en la puerta de Estados Unidos», termina el artículo.

La guerra por la hegemonía

La guerra en Irak era una necesidad estratégica para asegurar la continuidad del poder americano por otras cuantas décadas. Al reposar la dominación de Estados Unidos sobre el mundo en dos pilares (su superioridad militar y el dólar como moneda de reserva), resultaba estratégico para Estados Unidos preservar el dólar como la moneda de reserva, privilegio adquirido desde finales de la Segunda Guerra Mundial. A pesar del aparente rápido éxito militar de Estados Unidos a principios de la invasión en Irak, todavía el dólar norteamericano tiene que mostrar beneficios como paraíso monetario. Muchos cambistas habían esperado

que el dólar se fortaleciera con las noticias de la victoria de Estados Unidos. El capital, sin embargo, huyó todavía más del dólar que antes de la invasión, y principalmente hacia el euro. A partir de la crisis del petróleo, Estados Unidos logró en 1975 que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aceptara oficialmente comercializar su petróleo sólo en dólares. Un acuerdo militar secreto para armar a Arabia Saudita fue la contrapartida[10]. Hasta noviembre de 2000 ningún país de la OPEP se atrevió a violar la regla de los precios en dólares. Los europeos, sobre todo los franceses, convencieron a Saddam Hussein para que desafiara a Estados Unidos transando el «petróleo por comida» de Irak no más en dólares sino solo en euros. Los euros se encontraban en una cuenta especial de las Naciones Unidas en el principal banco francés (Banco Nacional de París).

El movimiento monetario de Irak en sí era insignificante, pero si la política se difundía, eventualmente, podría crear un pánico de venta de dólares en los bancos centrales y entre los productores de la OPEP. En noviembre del año 2000 Irak hizo efectiva esa política, e Irán lo sucedió en el año 2002. Corea del Norte cambia, en diciembre de 2002, sus reservas internacionales de dólares a euros. Por casualidad los países aparecen como números uno, dos y tres en el «Eje del Mal». Rusia ya exportaba en 2001 la mitad de su petróleo y gas en euros, y existían negociaciones para que el comercio bilateral con la Unión Europea se hiciera en euros. Según Estela Dawson[11], la participación del euro en las reservas internacionales aumentó en 45 por ciento entre 1999 y 2003, alcanzando 20 por ciento de todas las reservas internacionales en la última fecha. Existía el peligro de que los países de la OPEP en bloque llegasen a adoptar el euro. La implementación efectiva de tal política hubiera significado la caída libre del dólar. Este panorama causa pánico en Estados Unidos, y aquellos países que aterrorizan a la elite de Estados Unidos son países terroristas que merecen entrar al «Eje del Mal». La llamada guerra contra el terrorismo es una enorme cortina de humo. La guerra de Irak fue una advertencia preventiva al mundo. Con la invasión a Irak, Estados Unidos mostró al mundo estar dispuesto, a punta de misil, a evitar una caída brusca del dólar.

Si bien la guerra en Irak no estaba dando los resultados esperados, ni en lo político ni en lo militar, Estados Unidos prosiguió en el año 2004 la guerra entre el euro y el dólar. En noviembre de 2004, Estados Unidos

hizo lo que nadie esperaba: dejar que el dólar cayera cuando el Banco Central de Rusia anunciaba sustituir parte de sus reservas en dólares por euros. La fábula oficial es que Estados Unidos trataba, de esta forma, de mejorar su posición comercial. La caída del dólar, sin embargo, no hizo bajar el déficit en la balanza comercial. A pesar del descenso del dólar, el déficit en la cuenta corriente no ha dejado de crecer en los últimos años. Lo que bajará, en la opinión de Gunder Frank[12], es la llamada productividad de trabajo. Estados Unidos es tan poco competitivo que importa (de China) productos a un costo equivalente a 30 por ciento, o menos, de lo que valdría producirlos en Estados Unidos. En otras palabras, el valor agregado de esas importaciones al Producto Interno Bruto PIB) estadounidense alcanza 70 por ciento, al vender esas importaciones a 100 por ciento de su valor en el mercado interno, sin que cueste trabajo alguno. Por tener una moneda de reserva internacional, Estados Unidos puede importar a crédito como nadie en el mundo. Al vender internamente esas importaciones no pagadas muestra, sin trabajo productivo interno alguno, una elevada productividad de trabajo y elevadas ganancias. Con una devaluación del dólar, Estados Unidos no se hará más competitivo con China. Las importaciones chinas en Estados Unidos no se reducirán. Lo que caerá es la ganancia comercial obtenida con la distribución de las importaciones chinas en Estados Unidos.

Al mismo tiempo que la Reserva Federal estadounidense (FED) dejó caer el dólar a fines de noviembre de 2004, la administración Bush logró, a principios de diciembre de ese año, que el Congreso subiera el techo del déficit fiscal a 8,2 billones de dólares. Estas medidas iban en beneficio directo de los dueños de las principales transnacionales y del capital financiero norteamericano. Con esta política se trueca un sustancial aumento en la ganancia privada a cambio de un gigantesco incremento en la deuda pública. Con las ganancias en alza a costa de una deuda sin fin, la bolsa de valores tiende por un momento al ascenso, y con ello, la economía especulativa. De esta forma la FED podría esperar que el exterior continúe invirtiendo dólares en acciones de la bolsa de Nueva York. La deuda estadounidense, con ello, continúa creciendo. Ante este déficit creciente, tarde o temprano la caída del dólar será inevitable e implicará pérdidas sustanciales. Esas pérdidas, sin embargo, en parte pudieran ser transferidas hacia los acreedores en el exterior. En opinión de Wallen-

wein[13], Estados Unidos sueña transferir de esta forma parte sustancial del costo de la guerra en Irak a sus acreedores extranjeros.

Asia se torna taller del mundo; Occidente parasitario

La caída del dólar, sin embargo, no es una amenaza externa, sino un peligro con causa interna. La amenaza no consiste en que el euro pretenda sustituir o no al dólar. El verdadero peligro es que el sistema económico mundial de hoy se encuentra construido sobre una gigantesca pirámide invertida de deudas que en cualquier momento puede derrumbarse. Esto es válido para el mundo occidental en general pero sobre todo para Estados Unidos. El peso principal de la deuda mundial se encuentra en el propios Estados Unidos y es ahí donde está el mayor peligro de un colapso financiero. Sumando la deuda pública y privada acumulada, Estados Unidos debe un total de 38 billones de dólares, es decir, casi el PIB mundial. La deuda del gobierno federal de Estados Unidos actualmente es de 7,5 billones de dólares, o sea, el 65 por ciento del PIB, y el congreso acaba de elevar su techo a 8,2 billones. Estados Unidos debe al exterior la mitad de esta deuda. Sólo en intereses paga 300.000 millones de dólares al año. La deuda de los Estados y gobiernos locales alcanza 1,6 billones de dólares, con lo que la deuda pública asciende a 9,1 billones de dólares. La deuda privada acumulada de los hogares estadounidenses (sumando hipotecas, tarjetas de crédito, etc.) alcanza 9,6 billones de dólares; la deuda empresarial 7,6 billones y la del sector financiero 11,7 billones de dólares[14].

Todo eso y mucho menos bastaría para que en cualquier otro país una moneda se desplomase y que la nación estuviera bajo una severa política de ajuste estructural. Sin embargo, desde 1945, el dólar como moneda de reserva y moneda de pago mundial brinda a Estados Unidos enormes «subvenciones globales» que se ven amenazadas al disputarse actualmente su liderazgo. Casi 60 por ciento de 1,5 billones de dólares diarios de transacciones internacionales en monedas se realizan en dólares, frente a 37 por ciento en euros; la mitad de 9 billones de dólares de exportaciones mundiales anuales de bienes y servicios se realizan en dólares y dos tercios de los 2.8 billones de dólares de las reservas mundiales están en dólares, frente a 20 por ciento en euros. La bolsa de valores de Estados

Unidos tenía a principios de este milenio un valor aproximado de 13 billones de dólares, y el mercado de bonos 22 billones. Los dos mercados juntos representan un valor de 35 billones de dólares. Con ello, aproximadamente un tercio del comercio en certificados de valores se da en dólares. Los extranjeros poseen 23 por ciento (8 billones de dólares) del total de los certificados de valor en Estados Unidos[15].

Al poseer la moneda mundial y al endeudarse con el exterior, Estados Unidos se endeuda en la moneda propia, que es capaz de emitir. Al emitir dinero para poder pagar sus deudas, el efecto inflacionario se exporta. Ningún otro país del mundo está en estas condiciones especiales de pagar su deuda externa en moneda propia. Al emitir dinero en forma descontrolada, cualquier otro país del mundo sufriría un severo proceso inflacionario interno. Sin embargo, al poseer la moneda de reserva internacional, y al endeudarse con el exterior, Estados Unidos recibe crédito gratuito de casi todos los países del mundo que depositan importantes reservas internacionales en papeles de valor en dólares. El déficit acumulado en la balanza comercial de Estados Unidos alcanza casi 6 billones de dólares, lo que representa más de 50 por ciento del PIB. Las importaciones de Estados Unidos alcanzan actualmente 15 por ciento del PIB y las exportaciones 8 por ciento, y la brecha no para de crecer[16].

Son sobre todo los consumidores a crédito los que elevan las importaciones. Actualmente, 21 por ciento del consumo estadounidense consiste en productos importados. Una cuarta parte del actual déficit comercial Estados Unidos se lo debe al comercio con China. El Banco Popular de China y el Banco de Japón, además de otros bancos centrales de Asia, que sostienen un superávit crónico en la balanza comercial con Estados Unidos, han acumulado unas reservas internacionales equivalentes a 2,2 billones de dólares. Para mantener la demanda efectiva de los productos orientales, esas reservas se han mantenido en su gran mayoría en dólares norteamericanos. En los dieciocho meses de junio de 2003 a diciembre de 2004, las reservas extranjeras mundiales en dólares han aumentado en nada menos que un billón de dólares[17].

Cualquier país con un fuerte déficit en la balanza comercial se ve obligado a controlar el déficit fiscal para garantizar al menos el pago de los intereses de la deuda. Sin embargo, al recibir capital en calidad de reser-

vas internacionales, Estados Unidos puede aumentar su déficit fiscal. Para garantizar su hegemonía se lanza a una costosa invasión en Irak en aras de evitar que el euro destrone al dólar. La economía de guerra brinda una nueva oportunidad a la industria militar norteamericana, su único sector económico verdaderamente competitivo. En vez de aumentar los impuestos para costear la guerra, la administración Bush los bajó en beneficio del 5 por ciento más rico en el país. De esta forma la empresa privada norteamericana se ve beneficiada a costa de un déficit fiscal creciente, es decir, hipotecando el futuro.

La mitad de la deuda pública norteamericana la financian básicamente aquellos países que mantienen sus reservas internacionales en dólares, la otra mitad se la cobran a los trabajadores de Estados Unidos. La mitad de la deuda pública de Estados Unidos es negociable en el mercado de bonos y certificados de la Tesorería. Casi la mitad de esta deuda pública federal negociable (de 7,5 billones de dólares) está en manos de inversores extranjeros, y más de 50 por ciento de esas inversiones extranjeras a su vez se encuentra en manos asiáticas. La otra mitad de la deuda pública no es negociable en el mercado. De esos fondos no negociables más de 40 por ciento proviene del fondo federal de seguro social, que se encuentra actualmente en bancarrota. De ahí la política cínica de Bush de privatizarlo. Además de la participación en la deuda pública, los inversores extranjeros poseen 13 por ciento de todas las acciones y 24 por ciento de las obligaciones privadas negociables.

La conservación de las reservas asiáticas en dólares permite, por el momento, que Estados Unidos continúe importando sus productos y servicios. La consecuencia, sin embargo, es que las pérdidas eventuales con una devaluación aumentarán con el transcurso del tiempo. Con los ingresos obtenidos de sus exportaciones, los países asiáticos adquieren más bonos en dólares. De esta forma siguen financiando a crédito la ascendente demanda norteamericana de los productos asiáticos. El riesgo de una devolución del dólar para los asiáticos sólo se agrandaría con el tiempo. Si los países asiáticos deciden diversificar sus reservas, comprando otras divisas, provocarían una caída rápida del dólar. Al depreciarse el dólar, las reservas internacionales de los países asiáticos perderían valor rápidamente. Todos quieren seguir ganando y todos creen que el dólar puede salvarse. Al caer finalmente el dólar, las pérdidas serán enormes.

Suponiendo que los países asiáticos adoptasen el euro como opción sustitutiva de reserva internacional, la importación norteamericana se reduciría al aumentar la importación europea. Sólo un mayor déficit en la balanza comercial de la Unión Europea permitiría una demanda sustituta necesaria para la exportación asiática. La adquisición masiva de euros como reserva internacional, en vez de dólares, aumentaría el precio del euro a costa del dólar y con ello la guerra económica transatlántica. En términos geopolíticos la confrontación transatlántica resulta menos directa con una sustitución del dólar por una canasta de monedas, sin excluir de la misma al dólar. El euro no representa un puerto muy seguro y el reciente «no» a la Constitución europea lo reveló muy bien. Un escenario más probable es la sustitución del dólar por una canasta de monedas donde figuren el euro, el yen y eventualmente el yuan, junto al oro. El papel del oro como reserva internacional resulta ascendente. Estados Unidos tiene casi 60 por ciento de sus reservas en oro y el lado occidental de la Unión Europea tiene la mitad de sus reservas en oro. Cualquiera de los escenarios, sin embargo, implicaría una caída importante del dólar. En medio de esta inseguridad monetaria internacional, los precios del oro y de la plata suben y subirán vertiginosamente[18].

La caída de un mercado basado en deudas

Al igual que en los años 30 del siglo pasado, existe hoy el falso e ingenuo supuesto de que los gobernantes y la banca lograrán balancear la economía para siempre. Es cierto que pueden intervenir y han intervenido para posponer la crisis, pero no pueden evitarla. Es más, al posponerla con una creciente pirámide invertida de deudas, la crisis será aún más profunda. La caída libre del dólar es cuestión de tiempo, y el conteo regresivo que anunció la detonación de la bomba de tiempo pudo haberse dado no precisamente en el golfo Pérsico, sino en el propio Estados Unidos y durante el año 2005 con la caída de la burbuja inmobiliaria. Veamos este razonamiento más de cerca. La recesión mundial que se anunciaba a partir de la crisis bursátil de 2000 y 2001 pudo ser amortiguada mediante la intervención económica, con una baja general de las tasas de interés que se dio a nivel mundial a partir de su baja permanente en Estados Unidos. En el mundo entero se observaba en los últimos años una tasa de interés en

permanente baja. En Estados Unidos y muchos otros países centrales, la tasa de interés real rayaba en los últimos tiempos en cero. Al reducirse el costo del crédito a cero, la demanda de bienes y raíces sube rápidamente. La oferta, es decir, la construcción, no puede acompañar esta demanda y como consecuencia los precios de inmuebles suben sin cesar.

Un aumento en el valor de las hipotecas, a partir de bajas tasas de interés en el mercado inmobiliario, liberaba enormes sumas de dinero para el consumo. La baja de las tasas de interés permitió asimismo un uso más intensivo del sistema de tarjetas de crédito, elemento que se suma a la tendencia anterior. La creciente deuda privada de los hogares ha permitido mantener y hasta aumentar la demanda efectiva de productos en el mundo en general y en Estados Unidos en particular. El consumo privado representa 70 por ciento de la demanda total en la economía norteamericana. La deuda privada de los hogares estadounidenses en los últimos años ha alcanzado, según la revista *The Economist*[19], una suma equivalente a 90 por ciento del PIB. En la Unión Europea esta cifra alcanza 50 por ciento. Es decir, en Occidente se logra fomentar la demanda de productos de consumo a partir de bajas tasas de interés y aumentando la hipoteca sobre el futuro. Esta tendencia, sin embargo, no puede seguir infinitamente. En algún momento las tasas de interés, inevitablemente, volverán a subir otra vez, con el efecto contrario.

La baja en las tasas de interés dio origen a una nueva ola especulativa: la de bienes y raíces. Esta ola ya ha durado varios años y no puede sostenerse. Nunca antes en la historia del capitalismo los precios de inmuebles han subido de manera tan rápida en términos reales y en tantos países a la vez como en estos últimos años. En 11 de 20 países industrializados que investigó *The Economist*[20], el aumento relativo en el precio de los inmuebles en 2004 era de dos dígitos. La revista estima que los precios de inmuebles se encuentran entre 40 y 60 por ciento por encima de su valor en Australia, Estados Unidos, España, Francia, Holanda, Irlanda, Nueva Zelanda y Reino Unido[21]. Si a esta lista agregamos países como China, Rusia y Sudáfrica, donde los precios de inmuebles en el último año también subieron a una tasa de dos dígitos, tendríamos que las dos terceras partes de la economía mundial (medida por su participación relativa en el PIB) se encuentra ante una crisis inmobiliaria. El colapso del mercado

inmobiliario a escala internacional desembocará, inevitablemente, en una recesión global.

Una recesión mundial larga y profunda a la vista

¿Qué pasará con la economía mundial cuando el mercado especulativo llegue a su fin? El Fondo Monetario Internacional (FMI), advierte que todo lo que ha subido el mercado inmobiliario a nivel mundial durante los últimos años también tendrá que bajar algún día[22]. Japón ofrece un cuadro, ilustrativo y alarmante a la vez, de lo que puede suceder a nivel mundial una vez que termine la ola especulativa en materia de bienes y raíces. Durante la ola especulativa de siete años, que antecedió a la recesión japonesa que estalló en 1991, las propiedades japonesas subieron en 36 por ciento. Los precios de las propiedades japonesas han caído en un total acumulado de 35 por ciento desde 1991 durante trece años consecutivos, marcados por un período de recesión crónica.

Durante la ola especulativa de los últimos siete años hasta inicios de 2005 en las naciones mencionadas, el precio de las propiedades subió mucho más que en Japón. Estos países juntos constituyen las dos terceras partes de la economía mundial. El alza ha sido más de 100 por ciento en países como África del Sur, Nueva Zelanda, España, Reino Unido, Irlanda y Australia y más de 50 por ciento en Estados Unidos, Italia, Suecia, Bélgica, Holanda y probablemente también en China. Una caída promedio de 50 por ciento en los precios del mercado inmobiliario mundial parece, en otras palabras, incluso una estimación conservadora. De darse la crisis inmobiliaria, se nos presentará la primera crisis global en toda la historia del capitalismo. El impacto de una crisis global que arrastre a casi todo el globo es aún difícil de imaginar.

La crisis inmobiliaria se dará en el momento que comiencen a subir de manera más o menos acelerada las tasas de interés. La Reserva Federal de Estados Unidos ha subido desde junio de 2004 la tasa de interés. En medio año, la tasa más que se triplicó al pasar de junio de 2004 a junio de 2005 de 1 a 3,25 por ciento. Otra duplicación en las tasas de interés puede esperarse en el transcurso del año, ya que la Reserva Federal de Estados Unidos anunció un incremento en el ritmo de aumento de dichas tasas.

Según Laird[23], otra duplicación significaría una contracción brusca del consumo. Tanto William Engdahl[24] como Eric Hommelberg[25] esperan en un futuro nada lejano unas tasas de interés de dos dígitos que rijan para los préstamos a largo plazo en Estados Unidos. Si semejante alza en las tasas de interés no causa una caída inmediata en los precios de los inmuebles, sí provocará una brusca contracción en la capacidad de consumo.

Una caída brusca en los préstamos hipotecarios y del crédito al consumidor inevitablemente limitará la demanda. Una caída brusca en la demanda causará una recesión profunda. Como 21 por ciento de la demanda de los consumidores estadounidenses proviene de importaciones, el efecto en cadena será inmediato, pues, cuando el consumo norteamericano se contraiga de manera más o menos brusca, también lo harán las importaciones. Como el consumo durante los últimos años no estimuló tanto la producción interna de Estados Unidos, sino que fomentó sobre todo la importación de productos asiáticos, un descenso en el consumo implica una caída brusca de las importaciones.

El déficit en la balanza comercial es consecuencia directa del consumo a crédito en Estados Unidos. Hasta hace poco, este déficit fue compensado por un superávit en la balanza de capital. Los países asiáticos mantuvieron en calidad de préstamo los dólares generados por las exportaciones hacia Estados Unidos, y no cobraron *cash* en sus exportaciones. Buena parte del saldo a su favor los chinos lo invirtieron en bonos del Tesoro norteamericano como reservas internacionales. La finalidad de dejar el dinero en Estados Unidos ha sido la de financiar la demanda efectiva de los productos chinos. Ante la creciente deuda de Estados Unidos el dólar pierde credibilidad. Parece inevitable una fuerte devaluación del dólar. Ello implicaría la progresiva desvalorización de las inversiones asiáticas en Estados Unidos. Para atraer los dólares necesarios para cubrir el déficit, la reserva federal de Estados Unidos sube las tasas de interés. Al subir las tasas de interés, sin embargo, cae la demanda en Estados Unidos. Al caer la demanda general caen también las importaciones asiáticas. Con ello, los países asiáticos perderán todo interés por mantener sus reservas internacionales en dólares. Al retirar sus dólares de manera masiva, el precio del dólar volverá a caer, etcétera. El colapso parece inevitable.

Al retirar los dólares masivamente de Estados Unidos, los países asiáticos no serán capaces de generar en el acto una demanda interna sustitutiva. La enorme oferta de productos y servicios buscará mercados en cualquier lugar y a cualquier precio. La deflación o caída de precios es la consecuencia inevitable. Para evitar esta crisis Estados Unidos presiona a la Unión Europea para que introduzca una política de endeudamiento con el objetivo de que sus ciudadanos compren más a crédito hipotecando más su futuro. Tal política sería factible siempre y cuando Estados Unidos acepte que el euro sustituya al dólar como moneda de reserva. Ahí se encuentra la primera duda. La otra duda es la creciente reivindicación de soberanía nacional y hasta un nacionalismo en ascenso en la Unión Europea ante la expansión rápida hacia el Este. Un mayor divisionismo al interior de la Unión Europea afecta, sin duda, al euro. En tercer lugar, la deuda hipotecaria de los hogares europeos (50 por ciento del PIB) es más baja que en Estados Unidos (90 por ciento del PIB), sin embargo el alza en los precios de los inmuebles en Europa (entre 100 y 150 por ciento) es el doble de lo alcanzado en Estados Unidos (65 por ciento) durante los últimos siete años[26]. A partir de los actuales precios, una crisis en el mercado inmobiliario europeo implicaría, por lo tanto, una caída de precios más severa que en Estados Unidos. No hay, en otras palabras, margen real de aumentar la deuda hipotecaria en Europa.

Existen presiones para que el Banco Central Europeo (BCE) baje las tasas de interés. Bajar en la actual coyuntura las tasas de interés podría, en teoría, posponer la crisis por un tiempo al fomentar un aumento en la deuda hipotecaria. Tal política dispararía los precios inmobiliarios a niveles aún mayores que los niveles peligrosos que ya tienen. Las tasas de interés reales en la Unión Europea, o sea, restando el efecto inflacionario, ya están por debajo de cero. Es más probable un realce que una rebaja en las tasas de interés. La crisis —a partir de la caída en la demanda del consumidor— que ello produce parece inevitable. Una caída en la demanda implica sobreproducción y una caída en los precios. Este proceso deflacionario recorrerá el mundo al caer las exportaciones y, no en último lugar, al continente asiático. Así la crisis norteamericana generará una reacción en cadena, desembocando en una crisis global. Una crisis global del capital significa una crisis de las empresas transnacionales que

dependen del mercado internacional para la colocación de sus productos y servicios. La caída de las ventas transnacionales significa una crisis bursátil a nivel mundial. Será una crisis del sistema como tal.

Al perderse la confianza en cualquier economía, no habrá confianza en ninguna moneda. Ni el dólar ni el euro brindarán refugio. La compra de oro y otros metales preciosos será espectacular. Su precio, que ya ha mostrado en los últimos años claros signos de aumento, seguramente se disparará y la especulación en metales preciosos se acentuará. Cuando el precio del oro y la plata se disparen, este refugio de capital no fomentará ninguna demanda efectiva de bienes y servicios, al contrario, la contraerá aún más. La especulación en el mercado de metales preciosos, en otras palabras, no hará más que acentuar la crisis en la demanda a escala global. El proceso deflacionario recorrerá el mundo como no se ha visto aún en la historia del capitalismo. Con ello, la depresión mundial será tan profunda que habrá una crisis generalizada de pago de todas las deudas a nivel internacional y al interior de cada una de las naciones. Al caer los ingresos y aumentar las obligaciones, el encadenamiento en la crisis de pago conducirá al colapso del sistema financiero global. Lo anterior nos indica que podremos estar presenciando la crisis terminal del sistema.

NOTAS

1. André Gunder Frank: «Meet Uncle Sam: Marching without Clothes», internet, 2004.
2. *The Economist*, 30 de octubre de 2004, pp. 75-76.
3. *The Economist*, 1º de enero de 2005, p. 77.
4. Fred Bergsten: «The Risks ahead for the World Economy», en *The Economist*, 11 de septiembre, 2004, pp. 69-71.
5. Peter Peterson: «Riding for a Fall», en *Foreign Affairs*, septiembre-octubre, 2004, pp. 111-125.
6. Harold James: *The End of Globalization: Lessons from the Great Depression*, Harvard University Press, 2001.
7. Robert Samuelson: *Newsweek ISSUES*, Special Edition, 2005, pp. 47-48.

8. Fred Kaplan: *La Nación*, San José, Costa Rica, suplemento de *The New York Times*, 1º de enero, 2005, p. 1.
9. *The Economist*, 30 de octubre de 2004, pp. 75-76.
10. William Engdahl: «Un siglo americano: Irak y la guerra oculta entre el euro y el dólar», internet, 2005.
11. Estela Dawson: «Diez razones por las cuales BCE puede vivir con un euro fuerte», 2005.
12. André Gunder Frank: ob. cit.
13. Alex Wallenwein: «Gold and the US Saving Bomp», internet, 5 de diciembre, 2004.
14. André Gunder Frank: ob. cit. Para mayor información véase también M. W. Hodges: «US Foreign Affairs Trade and Reserve Report», internet.
15. Ibíd. Véase también Frank Shostak: «Does the Fed Fight Inflation?», internet, 2004.
16. Barry Downs y Mill Matlack: «With Paper Money, Confidence is Suspicion Asleep», internet, 31 de diciembre, 2004.
17. Luis Uchitelle: «Alto nivel de la deuda en EEUU hace que algunos pronostiquen crisis», en *La Nación*, suplemento de *The New York Times*, 11 de diciembre, 2004, p. 2. Consultar además, para mayor información, Downs y Matlack: ob. cit.
18. Joseph Stiglitz: «El pasado cobra en 2005», en *La Nación*, 9 de enero, 2005, p. 40ª.
19. *The Economist*, 11 de diciembre, 2004, p. 14.
20. *The Economist*, edición anual «The World in 2005», 2004, p. 119.
21. *The Economist*, 11 de septiembre, 2004, p. 73.
22. *The Economist*, 11 de diciembre, 2004, p. 72.
23. Laird Chris: «Last Hurrah for Real Estate», en *Gold Eagle*, internet, 9 de diciembre, 2004.
24. William Engdahl: ob. cit.
25. Eric Hommelberg: «Gold Drivers 2005», internet, 8 de noviembre, 2004.
26. *The Economist*, 11 de diciembre, 2004, pp. 12 y 71.

CAPÍTULO II. EL FUTURO DE LA HUMANIDAD Y EL PÉNDULO DE LA HISTORIA

INTRODUCCIÓN

Junto con la corriente dominante sobre la globalización con enfoque neoliberal, existe una concepción histórica y a la vez crítica cada vez más compartida en torno a la globalización. Es irónico, señalaba Mortimer[1] en 1998, que, al conmemorar el 150 aniversario del *Manifiesto comunista*, los efectos críticos de un capitalismo globalizado previsto por Marx y Engels hace siglo y medio tiendan, al menos parcialmente, a comprobarse cuando el marxismo ya casi no encuentra partidarios. En los años 90 ha sido una tarea ardua pensar en alternativas. Sin embargo, las propias fisuras del neoliberalismo, cada vez más evidentes en el siglo XXI, permiten vislumbrar horizontes alternativos.

Desde la década pasada hay investigadores comprometidos con la ciudadanía que cuestionan el fin de la historia y orientan sus esfuerzos hacia la búsqueda de alternativas al neoliberalismo con un enfoque histórico y estructural. Autores como Zevin[2], Tabb[3] y Rodrik[4] afirman ya antes de la crisis misma del neoliberalismo que la globalización no es un fenómeno nuevo ni eterno. Sus investigaciones sobre la globalización señalan que la economía mundial de 1875 era más abierta que la de 1975. Durante ese período muestran un descenso en los movimientos internacionales de capital. En la visión de los autores, las dos guerras mundiales y la gran depresión de los años 30 constituyen el motivo del interludio de un período de economías nacionales en medio de épocas de economía internacionalizada (Tabb, 1997). La pregunta que se deriva es si el mundo está ante una crisis terminal del sistema y, con ello, ante una época de mayor esperanza.

La discusión en torno a la necesidad de una intervención económica se ha hecho más frecuente desde 1997. Aunque se retorna a la discusión en torno al keynesianismo, a la vez se cuestiona la efectividad actual de estas antiguas formas de intervención económica[5]. El papel esencial de la regulación económica keynesiana era proteger el capitalismo de la lógica autodestructiva del propio sistema a partir de la gran depresión de los años 30. «El objetivo de Keynes era preservar el orden capitalista.»[6] Keynes no se interroga sobre la posibilidad de que la crisis estuviera engendrada por un inadecuado reparto de los ingresos entre los actores en las empresas, o sea, entre empleadores y asalariados. «Su análisis no puede ser más que parcial sobre el disfuncionamiento de la economía capitalista.»[7] La actual amenaza de otra depresión mundial reanima la discusión en torno a una nueva regulación económica, y esta vez a nivel planetario. A la hora de la apertura económica, las políticas keynesianas ajustadas a la economía nacional son consideradas arcaicas. Keynes llamaba, sin embargo, la atención —ya en aquel entonces— sobre la coordinación supranacional de políticas económicas, que hoy en día puede ser más factible. Así, planteó la coordinación de la política económica mundial mediante un banco central supranacional y una moneda única[8].

Keynes apeló en los años 30, al paso de una economía de casino a una economía basada en la inversión productiva, evitando la fuga de capital hacia la esfera especulativa; una idea que nuevamente está en discusión. Nos encontramos en una coyuntura histórica en la que el neoliberalismo comienza a mostrar sus fisuras y aparecen, con fuerza cada vez mayor, muestras de organización de la ciudadanía a nivel mundial para cuestionar el neoliberalismo y plantear alternativas a partir de la ciudadanía. Ante una nueva era de re-regulación económica, que puede acercarse, la pregunta es: ¿puede la acción política adquirir todavía la forma de una intervención en la economía, a partir de la conciliación entre el interés privado y el de la ciudadanía, pero respetando la eficiencia como la última palabra, al estilo keynesiano? ¿O estamos ante una nueva regulación económica con la que llegó la hora en que el poder político ha de controlar los propios movimientos del capital, y en que la localización del capital y la distribución de los excedentes eco-

nómicos sean reguladas dentro de un marco democrático de contabilidad social, a partir de la ciudadanía y en función de ella?

La contradicción entre vitalidad y eficiencia

A medida que la eficiencia, como criterio único del comportamiento económico neoliberal, fomenta un crecimiento caótico, desequilibrado y no igualitario, la discusión en torno a las alternativas toma presencia no sólo académica sino también política. Poner en discusión la todopoderosa eficiencia es hablar de alternativas de la propia racionalidad económica, como revela Coutrot[9]. El autor afirma que

> … los criterios de la eficacia económica son determinados socialmente (…) Todo depende de los criterios de eficacia que la sociedad decide privilegiar en un momento determinado de la historia (…). El hecho es que no existe una definición abstracta de la eficacia económica y (…) el triunfo de un criterio (la eficiencia) sobre otros (como la sostenibilidad o la satisfacción del consumidor) no tiene nada de natural, sino que constituye una decisión social (…). Lo esencial es (…) que se retome el control político sobre la evolución en marcha[10].

El concepto de eficacia del autor se refiere a los beneficios del comportamiento económico visto por su contenido, y a través de la eficiencia se refiere más a la forma social del mismo. El autor se sitúa en la discusión académica y política de los beneficios de una nueva racionalidad económica con respecto a la existente. Al plantear una re-regulación económica, Coutrot no pide la supresión, pero sí la subordinación, de la eficiencia a otros criterios de comportamiento económico.

Esta discusión nos devuelve al análisis de la racionalidad económica a partir de dos ejes en torno al trabajo productivo: la eficiencia y la vitalidad. Entre estos dos ejes se encuentra una escala de mayor o menor regulación económica. Dar prioridad absoluta a la eficiencia de la empresa privada desemboca en la totalización del mercado, donde el interés particular se impone a costa de la ciudadanía. El único y último mecanismo regulador tiende a ser el mercado. La intervención del Estado y los Estados consiste en promover esa desregulación económica, libre de todo tipo de intervención. Dar prioridad absoluta a la vitalidad de la totalidad lleva

a la planificación centralizada. En el plan totalizado no hay posibilidad de una interpelación estructural de la ciudadanía. Entre el mercado totalizado y el plan total, el péndulo de la historia se mueve y nos da perspectivas sobre la alternativa futura.

Ante un liberalismo destructor, suprimir la eficiencia parece una respuesta lógica. Sin embargo, al partir de la totalidad mediante la supresión del interés particular, se descarta cualquier interpelación con lo particular, y con ello se deja poco o ningún margen de conciliación entre el interés local y particular, por un lado, y el bien común, por el otro. Esto sucedió precisamente en el socialismo real. Al suprimir en la raíz la economía de mercado, se tiende a un plan central y absoluto. Al rechazar en la raíz el interés particular, se acaba en el otro extremo del péndulo de la historia: el plan centralizado. El plan central lo decide todo y no deja espacio estructural para la interpelación ciudadana. El Estado se transforma, de este modo, en un aparato burocrático centralizado que formula y lleva a cabo el plan, sin interpelación estructural de la ciudadanía. La voz única del mercado se sustituye, como efecto no intencional, por la de un partido único que desarrolla y ejecuta el plan, en nombre de la ciudadanía pero sin participación o interpelación estructural de ella.

La llamada «tercera vía»

El keynesianismo ha constituido, históricamente, la tercera vía entre los dos ejes del péndulo, al buscar conciliar la eficiencia con la vitalidad. Es una mediación entre el interés privado y el de la ciudadanía a través de la actuación del Estado en el marco de una economía esencialmente nacional. La intervención del Estado keynesiano se legitima, en su papel regulador entre la eficiencia y la vitalidad, sólo en la medida en que pueda salvar la lógica de acumulación del capital. El interés privado pesa, en otras palabras, más que el bien común. Cuando el Estado-nación no logra cumplir ese papel regulador en favor de la tasa de beneficio y la consiguiente acumulación de capital, el Estado keynesiano se deslegitima ante el capital, como sucedió en los años 60.

El neoliberalismo busca rescatar la eficiencia a costa de toda la ciudadanía. La eficiencia, bajo el neoliberalismo, se vuelve determinante: la efi-

ciencia y el interés privado han de salvarse aunque sea a costa de la vitalidad y el bien común. El papel del Estado neoliberal consiste en promover la desregulación económica para salvaguardar la eficiencia. Esto implica incluso el «voluntario y democrático» repliegue del Estado-nación ante las transnacionales, como lo concebía expresamente el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI). Dar toda la prioridad a la eficiencia, a costa de cualquier otro criterio en el comportamiento económico, genera un capitalismo excluyente y desestabilizador que, tarde o temprano, culminará en una crisis mundial que requerirá una nueva modalidad de regulación económica.

Con la crisis del neoliberalismo se hace patente la necesidad de una nueva modalidad de intervención económica que regulará el espacio entre interés privado y bien común. No es probable ni alternativa la búsqueda de la vitalidad erradicando la eficiencia a nivel planetario. Esta sería sólo otra respuesta totalizadora pero esta vez a escala mundial, cuyos efectos ya se conocen históricamente. Una mundialización en busca de la vitalidad, a costa de todo interés privado, no puede ser más que otra alternativa totalitaria sin ciudadanía. Como lógica consecuencia del rumbo dialéctico de la historia, parece vislumbrarse una regulación que mediará entre el interés particular y el bien común, donde prevalecerá, en última instancia, la vitalidad de la totalidad sobre la eficiencia de lo particular.

Se puede esperar, en un futuro no lejano, una especie de keynesianismo a la inversa, donde se sustituya un Estado Intervencionista Social por un Estado Solidario, que parta de los intereses particulares de la ciudadanía y no del interés particular de la empresa privada. Este Estado tiene un papel regulador, no en beneficio último del interés de la empresa privada, sino del bien común de la sociedad como un todo. El interés particular y local será punto de arranque pero no punto final. A partir de interpelaciones democráticas a diferentes niveles (de lo particular a lo general y de lo local a lo universal), se definirá el bien común. El interés particular no podrá imponerse a costa del bien común y en contra de la ciudadanía en su conjunto. En el péndulo de la historia, el criterio orientador será la vitalidad de la totalidad a partir de la particularidad, pero lograda mediante interpelaciones ciudadanas a todo nivel aunque ya no a partir de la eficiencia a nivel privado.

La alternativa al capitalismo y el péndulo de la historia

Hacer prevalecer el interés de todos por encima de los intereses particulares significa intervenir en la racionalidad económica existente. Pero hacerlo únicamente en una empresa, país o incluso bloque no es efectivo. Renunciar de forma unilateral a la maximización de la ganancia, en un entorno regido por la eficiencia por encima de todo, es suicida. Invertir la racionalidad económica en algunos lugares, sin que los otros lo hagan también, terminará en una defensa forzosa ante el sistema capitalista. En esta posición defensiva se tiende a la planificación centralizada en defensa del capitalismo. Abrirse ante las fuerzas de la competencia subrayará la superioridad del libre juego del mercado, por más que la lógica del mercado libre lleve en última instancia a la autodestrucción. La búsqueda de una alternativa al neoliberalismo con otra racionalidad económica puede ser planteada a nivel de las partes, pero, para que tenga el impacto necesario para cambiar la racionalidad económica imperante, tiene que darse con una regulación que afecte a la totalidad, es decir, a nivel planetario. La globalización no sólo gestó esta posibilidad en abstracto, sino que las crecientes contradicciones la harán a la vez posible y necesaria.

Dar prioridad a la vitalidad del sistema como un todo significa actuar en función de la totalidad, por encima de las partes, tendencia que desemboca en la planificación totalizada, idea que ya hemos analizado. La realidad es un sistema que opera en nombre de la ciudadanía pero sin interpelación de la misma y, por lo tanto, tampoco en función de ella. Dar prioridad a la eficiencia significa privilegiar los intereses privados a costa de todo ciudadano. El supuesto es que mediante una mano invisible la sumatoria de los intereses desembocaría en el bien común. La realidad es que la eficiencia a nivel privado termina en una crisis o recesión a nivel de la totalidad. Para dar vitalidad a nivel de la totalidad, un primer requisito es el retorno de la economía basada en la concentración de la riqueza en cada vez menos manos sobre la cual se monta la economía especulativa, a la economía re-productiva. Es una situación parecida a la de los años 30[11].

La pregunta central es ¿cómo apartar la actividad económica de la generación de riqueza por su forma hacia una que se oriente según el

contenido de la riqueza? ¿Qué regulación requiere? ¿Es posible y suficiente realizar controles, como las auditorías, sobre las empresas transnacionales, evitando los paraísos fiscales, e imponerles medidas fiscales para evitar el comportamiento especulativo? Desde hace unos años, está cada vez más en discusión la «tasa Tobin», llamada así por el Premio Nobel James Tobin, que diseñó un impuesto para evitar los flujos especulativos de capital[12]. Este trabajo lo reformuló de forma más precisa en 1978 y lo retomó en 1984 y 1991. Su propuesta contempla frenar la fuga de capital hacia la esfera especulativa mediante un sistema impositivo. Otros autores mencionan la necesidad de eliminar los paraísos fiscales y propagan el retorno a la forma solidaria del retiro (sistema de reparto) en lugar de fomentar los especulativos fondos de pensiones privatizados, basados en el sistema de capitalización[13].

La fuga de capital del productivo hacia el redistributivo, hacia la esfera especulativa, sin embargo, no tiene su origen en las inapropiadas medidas fiscales, y por ello tampoco se resuelve solamente con medidas de este carácter. El keynesianismo ha provocado una vida media cada vez más corta de las mercancías en general y así también de la tecnología empresarial. La amenaza actual del medio ambiente es producto de ello. La misma competitividad interempresarial requería una depreciación tecnológica cada vez más acelerada, hasta el punto que la productividad del trabajo tendió a crecer menos que el costo de la innovación. La consecuencia fue la reducción de la tasa de ganancia, que conllevó la tendencia neoliberal de la inversión hacia la economía re-distributiva y especulativa. El neoliberalismo enfoca la inversión en el reparto del mercado mundial existente y brinda una salida temporal a la tasa de ganancia de las transnacionales hasta que el mercado mundial se encuentre repartido. Es ahí donde surge la crisis neoliberal. Acortar la vida media de la tecnología provoca una baja en la tasa de ganancia, y alargar su vida media implica menos ventas y entonces menos ganancias para el sector que produce medios de producción. No hay vía hacia delante ni hacia atrás.

Parece no haber otra salida que regular la propia depreciación tecnológica. Eso significa entrometerse en la lógica misma del capital, es decir, en su propia racionalidad. La maximización ilimitada de la ganancia no puede ser más la brújula de la economía[14]. Una regulación futura debe y puede entrometerse en el corazón mismo de la lógica del capital,

controlando la velocidad de la depreciación[15]. Así como casas auditoras internacionales realizan auditorías ecológicas de transnacionales, con más criterio podrán realizarse auditorías sobre cuestiones netamente contables como la depreciación tecnológica. Esta medida sólo podrá realizarse con el éxito necesario si su aplicación es generalizada. La regulación económica futura tendrá, en otras palabras, un carácter necesariamente mundial. En la práctica bastaría regular la depreciación y la consiguiente tendencia al despilfarro en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) donde se concentran las transnacionales, ya que 20 por ciento de la población mundial consume 80 por ciento de los recursos naturales y 70 por ciento de toda la energía[16].

La vía hacia una racionalidad económica alternativa al capitalismo

Una disminución mundialmente controlada de la depreciación (de productos tecnológicos y finales) mediante auditorías y/o medidas fiscales, afectaría de forma pareja al capital privado y modificaría de manera paulatina el concepto mismo de la riqueza, enfocándolo por su contenido. Mediante una depreciación menor, se conservaría mejor la riqueza material existente: habría mayor cuidado tanto de la riqueza natural como de la producida. Al depreciarse con una velocidad cada vez más baja, se conservará el valor de uso de la riqueza existente y se realizarán menos valores de cambio. En otras palabras, se dejará de concebir y contabilizar la riqueza por la forma y se inventariará cada vez más por el valor de uso, es decir, a partir de la riqueza por su contenido. La nueva contabilidad social se regirá, de este modo, más por su aspecto cualitativo que por su aspecto cuantitativo.

Si la depreciación es regulada y la conservación de todo lo que nos rodea, planificada, la realización de un (casi) mismo producto se repetirá con cada vez menos velocidad. Al realizar la ganancia en forma tan seguida en el (casi) mismo producto, la inversión productiva se verá obligada a crear productos que puedan satisfacer necesidades no atendidas y/o sectores de población aún no atendidos. Con sólo reducir a la mitad la velocidad de la depreciación de los productos de consumo duradero en el

mundo industrializado, se reduciría a la mitad la presión sobre los recursos naturales y sobre la energía en el mundo. Este ahorro es mucho más grande que lo que requiere invertir en recursos y energía necesarios para atender las necesidades básicas de sectores no atendidos en el mundo. Lo anterior conlleva una recomposición de la demanda a nivel mundial y con ello una redistribución del ingreso a nivel planetario. De este modo se conseguiría un rápido crecimiento de la riqueza por su contenido para atender a los sectores no atendidos, aunque habrá en forma simultánea una disminución del crecimiento económico en términos de valor.

Es evidente que esta política de depreciación regulada atiende al bien común, pero, ¿quién la ejecuta? Si la economía de mercado falló al fomentar el crecimiento en términos de valor, igual error cometió la planificación centralizada al apostar al crecimiento de una nación planificada centralmente en plena competencia con el crecimiento del mundo regido por el mercado. Ninguno de los dos sistemas se orientaba por el bien común de la ciudadanía. Es hora de profundizar los mecanismos democráticos a nivel nacional e internacional, para la definición de una política económica alternativa a nivel mundial[17]. Está claro que, tanto al aumentar como al disminuir la velocidad de la depreciación, está amenazada la tasa de ganancia y con ello se hace irreversible su descenso. Llevado a su extremo, la velocidad de la depreciación hace bajar a cero la vida media útil de las cosas. Con ello el costo de innovación tiende al infinito. No hay cómo compensar un alza al infinito en el costo tecnológico, con rebajas en el costo de salario obtenidas con la aplicación de dicha tecnología. La prolongación de la vida media de la tecnología hace bajar las ventas o la masa de ganancia y, con ello, la tasa de ganancia.

Esta baja estructural en la tasa de ganancia presiona al capital a refugiarse en la esfera re-distributiva y especulativa, poniendo en crisis la generación de plusvalía al nivel del sistema como un todo. Al generarse una masa de ganancia decreciente, la distribución de la misma en cada vez menos manos tiene límites. Es cuestión de tiempo para que la tasa de ganancia de los ganadores descienda. Con la nueva regulación de la depreciación, la eficiencia a nivel de la totalidad puede aumentar, aunque signifique, eventualmente, una baja regulada pareja en la eficiencia de ciertos sectores menos prioritarios, a favor de un aumento regulado en la eficiencia, vía depreciación, para valores de uso más vitales para la

ciudadanía en su conjunto. Esto es la esencia de la prevalencia del interés de la ciudadanía, sobre el interés privado.

Lo anterior no significa subordinar el criterio del valor de cambio al valor de uso. De forma progresiva, se acentúa la calidad de la riqueza y el cuidado o mejor conservación de la vida misma de los propios seres humanos y de todo lo que nos rodea, a costa de la cantidad de valor producido. Al controlar la lógica de la depreciación acelerada y promover su contrario, la tendencia será la conservación de los productos y de la naturaleza existentes. Bajo esta óptica, se distinguirá con mayor claridad la diferencia entre necesidad y deseo. El valor de uso y la calidad del producto sustituirán el deseo o compulsión de tener cosas cuantificables en número y valor. El contenido del valor, y ya no la forma, adquirirá un lugar central. Con ello la calidad de la vida crecerá, a costa del consumismo. El cálculo económico, en otras palabras, se volverá más cualitativo, en vez de cuantitativo.

Sobre la base de un *homo oeconomicus* se concibe que las «necesidades» sean ilimitadas y abstractas. Sobre la base de una regulación que parte de la ciudadanía, las necesidades corpóreas y sociales son más concretas y limitables. Los deseos sin límite nacen de la lógica de la creación perpetua de valor y plusvalía. Son impuestos, a menudo, a partir de la reducción de la vida de todo lo que nos rodea. Las «necesidades ilimitadas» son una construcción cultural compulsiva generada a partir de la publicidad, a fin de aumentar cada vez más la rotación del capital. Una vez que la regulación intervenga en reducir la depreciación, se promueve en términos de valor la desacumulación en lugar de la acumulación, por parte de los más ricos. Solo así se puede orientar la inversión y el ingreso hacia la satisfacción de necesidades de amplios sectores de población no atendida. La racionalidad se regirá de modo progresivo por las necesidades concretas de los seres vivos en comunidad, y no por la necesidad privada de realizar perpetuamente más valor o plusvalía.

A partir de esta racionalidad alternativa, la lógica tiende a orientarse hacia aspectos cualitativos de la vida misma, como la solidaridad, conteniendo una actitud de cuidado hacia todo lo que nos rodea, incluyendo la naturaleza y el medio ambiente. La riqueza social y la contabilidad nacional cambian de carácter. Ya no importa tanto cuál es el producto per cápita ni el crecimiento de la riqueza producida en términos de valor, lo que

importa más será que cada ser humano o cada ciudadano tenga lo apropiado para vivir y con qué vivir. No es punto de partida el desarrollo desenfrenado de realizar valores y ganancias basadas en necesidades artificiales de unas minorías[18]. Se enfoca, en cambio, la propia vida de la comunidad en su entorno, como un todo.

El derecho a la vida y el fundamento de los derechos económicos y sociales

La actividad económica gira en torno a tres polos: la economía monetario-mercantil, es decir, la economía de mercado; la economía monetaria no-mercantil (la actividad re-distributiva del Estado de bienestar), y la economía no-monetaria no-mercantil, es decir, el trueque de bienes y servicios, el trabajo voluntario y el trabajo doméstico[19]. Cada una a su manera, tanto la política económica neoliberal como la keynesiana han privilegiado el eje monetario de la economía, marginando todo trabajo no pagado, por imprescindible que sea para la reproducción de la totalidad de los recursos. Sin embargo, como la economía neoclásica no parte de la totalidad sino de las partes remuneradas, ya sea en el mercado o en la esfera re-distributiva, no alcanza a contabilizar como trabajo el trabajo no pagado. Los neoliberales han limitado aún más la percepción, reduciendo cada vez más lo económico a la lógica exclusiva del mercado y marginando el papel re-distributivo del Estado[20]. Para una economía de mercado a ultranza, solo existimos y tenemos razón de existir en tanto intercambiemos por dinero nuestro (nuestra fuerza de) trabajo. En la visión (neo)liberal, los derechos sociales y nuestra ciudadanía no se desprenden de una visión que parte de la totalidad, sino que parecen nacer a partir del intercambio y dentro de los límites de éste. En la visión neoliberal a ultranza, el desempleado crónico y los excluidos tienden a perder todos los derechos. Los derechos ciudadanos no se derivan del hecho de ser miembro de una sociedad, por ser ciudadano de una nación. Somos ciudadanos en la economía de mercado en tanto participemos en el mercado. La sociedad (neo)liberal se construye a partir de las partes, y no a la inversa.

Con esta visión, los derechos como ciudadanos se crean y se acaban dentro de los límites del mercado, y no surgen o se pierden a partir del

hecho de que seamos miembros de una nación o comunidad humana. Sólo somos ciudadanos, y tenemos realmente derecho a existir, en tanto intercambiemos nuestra fuerza de trabajo en el mercado. Aquella población que no lo hace no llega a constituir parte de la totalidad que se construye a partir de las partes. La lógica de la globalización es excluyente y la población excluida tiende a perder sus vínculos con el mercado y, con ello, pierde derechos sociales. Dado que una proporción creciente nunca regresará o jamás entrará al mercado, la presencia de esta población sobrante se convierte en un estorbo y una amenaza cada vez mayor para la ciudadanía construida a partir del mercado; como tendencia, se ve privada de todo derecho social y, en su extremo, hasta del derecho a la vida. De este modo culmina la lógica neoliberal, en su extremo, en una concepción neofascista[21].

La economía monetaria-mercantil es considerada por los neoliberales como la única base real de la sociedad, haciendo un claro cuestionamiento de la economía monetaria re-distributiva keynesiana y rechazando cualquier mediación con un enfoque reproductivo a partir de la ciudadanía[22]. En la sociedad keynesiana, el debate político sobre la regulación económica, tanto en la derecha como en la izquierda, giraba en torno a la mayor o menor intervención del Estado en la economía monetaria (mercantil y re-distributiva) y, con ello, en torno a la lógica reproductiva tomando en cuenta a la ciudadanía. Dentro de este marco de referencia, se amplía la inclusión a través de una política de empleo y con ello se ensanchan los derechos sociales dentro del marco de la economía monetaria. Sin embargo, más allá de la esfera monetaria, todo trabajo no pagado (el voluntario o el doméstico) está excluido de ello y suele estar privado de los derechos sociales.

El proyecto keynesiano concilia vitalidad con eficiencia, pero con miras a salvar esta última. La mayor inclusión y mejor distribución del ingreso se realiza en función de un aumento de la demanda efectiva a partir del pleno empleo. La política de pleno empleo es posible siempre y cuando aumente la tasa de beneficio. Este aumento en la tasa de beneficio fue posible a partir del acortamiento de la vida útil de los valores de uso. Todo eso apuntaba al crecimiento en términos de valor, a costa de la muerte acelerada del valor de uso. La rotación más acelerada del capital generaba más empleo, conduciendo a la generalización de la relación

salarial. La generalización de la relación salarial resultaba en una menor capacidad sustitutiva de la fuerza de trabajo. Al disminuir la capacidad de reemplazo de la mano de obra, había una necesidad cada vez mayor de conservarla y prepararla mejor en beneficio último del proceso reproductivo del capital. A partir de ello se desarrollaban los derechos económicos y sociales, y es así que se daba la profundización de la ciudadanía. En esencia, la inclusión promovida por el Estado Intervencionista Social estaba orientada a la generalización de la relación salarial y con ello apuntaba, conscientemente o no, a la construcción de los derechos económicos y sociales de la ciudadanía.

En los años setenta la tasa de beneficios tiende a la baja en el ámbito productivo. Ante la baja de la tasa media de beneficio, el neoliberalismo tenía como misión salvar la tasa de ganancia aunque fuera a costa de la inclusión y a costa de los derechos sociales de la ciudadanía. La economía de mercado a ultranza es excluyente. Las fusiones, adquisiciones, privatizaciones, la especulación, etc., en vez de generar empleo, tienden a la exclusión progresiva. La exclusión progresiva a su vez afecta a los derechos económicos y sociales. Éstos tienden a deteriorarse y la exclusión permanente sin perspectiva de inclusión implica, como tendencia, perder incluso los derechos fundamentales como el derecho a la vida. El neoliberalismo en extremo tiende, en otras palabras, a un capitalismo sin ciudadanía.

Una regulación económica alternativa, que parta precisamente de la ciudadanía, requiere una inversión de intereses. La subordinación del interés privado al bien común invierte también el concepto que se tiene sobre la ciudadanía y el derecho a la vida. En un proyecto de sociedad donde la ciudadanía no se deriva de las relaciones de mercado se parte de una realidad concreta: una comunidad de seres humanos concretos con necesidades concretas y no de un *homo oeconomicus* abstracto. En una sociedad alternativa, la ciudadanía se define a priori y sin exclusión. «Ya no simplemente existo en tanto intercambio mi fuerza de trabajo en el mercado, sino existo porque hemos decidido ser primero que nada sociedad.»[23] Con esta lógica de la vida, hay derecho a la vida en nuestro planeta como ser vivo y no como resultado exclusivo de estar o no dentro del mercado. Los derechos ya no nacen del trabajo intercambiado

y dentro de los límites de éste, sino que el trabajo en sí constituye un derecho de todo ciudadano, como derecho a la vida.

En una sociedad alternativa, el trabajo y la riqueza no se restringirán a la esfera del mercado o al ámbito monetario. Dentro de esta nueva racionalidad económica, las relaciones de mercado y las relaciones monetarias formarán parte de la realidad concreta pero no se verá como la totalidad la sumatoria de lo cuantificable. Visto por el contenido y con miras a la lógica reproductiva, la (conservación de la) naturaleza, el trabajo voluntario no cuantificable y el trabajo doméstico, contribuyen sustancialmente a la reproducción de la vida misma. La nueva contabilidad social ha de partir de la contribución de las partes a la reproducción de la vida desde la óptica del contenido y ya no desde el punto de vista de la forma o el dinero. Esto no es cuestión de dar precio al trabajo doméstico o hablar de capital natural en vez de naturaleza y ampliar, de esta forma, la suma monetaria de las partes. El enfoque sobre la contribución de las partes a partir de la vida misma no se deja medir en términos cuantitativos. La vida misma, en esencia, es una realidad cualitativa. Otra racionalidad económica requiere otro cálculo económico y otra contabilidad social.

Hacia una democracia por forma y contenido

La mediación entre el mercado y la planificación, por sí sola, no garantiza un postcapitalismo. Esta mediación es un instrumento y no una finalidad en sí. Sin embargo, no existe un camino para conseguir la finalidad de desarrollar una vida más plena sin un instrumento económico. Los límites extremos del libre mercado —neoliberalismo— y la planificación centralizada, el socialismo real, históricamente han conducido a la totalización del instrumento. En ambos casos se sobrepuso el instrumento a la finalidad, impidiendo la democracia sustantiva y ciudadana. En ninguno de los casos se logró la libertad de la ciudadanía para construir una sociedad donde el desarrollo de la persona fuera elemento central. El mercado total subordina la vida humana y natural al cálculo privado. En la planificación centralizada, es decir, en el socialismo real, el bien común se definía como central e idealmente estaba en función de la ciudadanía, pero se definía sin la participación real de ésta. El resultado final fue una

sociedad que se regulaba sin interpelación de la ciudadanía y, por ende, tampoco se orientaba en función de su desarrollo. A partir de este centralismo, la toma del poder se veía como la única vía para cambiar el orden económico.

Ni la planificación centralizada ni el libre juego del mercado, pues, le han permitido a la ciudadanía la definición democrática de su propio futuro. Para conseguirlo, es necesaria una mediación entre ambos instrumentos. Vimos, no obstante, que no toda mediación garantiza la inversión medio-fin. El keynesianismo logró una mediación con la ciudadanía, si bien en función última del interés privado y por ende a costa de la ciudadanía.

El keynesianismo fue una combinación de economía de mercado con una planificación centralizada del Estado, sin embargo, combinó ambos instrumentos sin invertir la relación medio-fin. El objetivo último continuó siendo la salvación de la racionalidad capitalista. Es cierto que a través del Estado Benefactor se consiguió una mayor mediación entre los intereses ciudadanos y el interés empresarial al menos en los países centrales. Una redistribución más igualitaria del ingreso, las políticas de pleno empleo, la generalización de la seguridad social, al igual que la tendencia a la educación pública, gratuita y generalizada, son evidentes muestras de ello. Pero la mediación con la ciudadanía no invirtió la relación medio-fin. El interés privado tenía la última palabra, y no la ciudadanía.

Lo anterior limitó la real participación ciudadana en el destino democrático de su propio futuro. La democracia no adquirió un real carácter ciudadano. Durante el período neoliberal, esta democracia pierde toda sustancia ciudadana y se torna completamente formal, sin contenido ciudadano; más bien se vuelve en contra de la ciudadanía. Es una democracia formal sin sustancia ciudadana, a costa de la ciudadanía. El postcapitalismo, en cambio, debe invertir esta situación. El péndulo de la historia futura tiende a moverse en favor de una alternativa con ciudadanía, donde el bien común se sobrepondrá al interés privado, con la posibilidad de invertir la relación medio-fin.

La sociedad que se proyecta construir se caracteriza no por el poder de definición del bien común desde arriba, sino por una interpelación ciudadana que opera desde lo local hacia lo global y de lo particular a lo

general. La democracia puede llegar a adquirir contenido y forma plenos, cuando la economía se oriente en función de la plenitud de la vida misma. Ello implica una participación más directa de la ciudadanía en todos los ámbitos de la vida. Lo anterior implica invertir en principio la situación actual: hoy se produce globalmente lo que es posible hacer a nivel global. En el postcapitalismo es totalmente a la inversa: se partirá de hacer localmente todo lo que es posible hacer a nivel local y particular, y a partir de ello llegar a lo general y global.

NOTAS

1. Edward Mortimer: «Global Gloom», en *Financial Times*, 25 de marzo, 1998, p. 14.
2. Robert Zevin: *Our Finantial Market is more Open; if so Why and with What Effect?*, Oxford University Press, New York, 1992.
3. William Tabb: «Globalization as an Issue; the Power of Capital as the Issue», en *Monthly Review*, junio, 1997.
4. D. Rodrik: «Has Globalization Gone too Far?», en *California Management Review*, Vol. 39, N° 3, primavera, 1997.
5. Ellen Meiskins Wood: «Back to Marx», en *Monthly Review*, Vol. 49, N° 2, junio, 1997.
6. Hoang Ngoc Liem: *La facture sociale sommes-nous condamnés au liberalisme?*, Arléa, París, 1998.
7. Ibíd.
8. Ellen Meiskins Wood: ob. cit.
9. Thomas Coutrot: *L'entreprise neolibérate, nouvelle utopie capitaliste?*, Ed. La Découverte, París, 1998.
10. Ibíd.
11. Annie Fouquet y Fréderic Lemaitre: *Démystifier la mondialisation de l'économie*, Les Éditions de I'Organisation, París, 1997.
12. James Tobin: «A Proposal for an International Monetary Reform», en *Eastern Economic Journal*, 3/4 (julio-octubre), 1978.
13. Bernard Cassen: «Les dix commandements de la préférence citoyenne», en *Le Monde Diplomatique*, mayo, 1998.

14. Harry Shutt: *The Trouble with Capitalism: Global Economic Failure*, Ed. Zed Books, Londres, 1998.
15. Ellen Meiskins Wood: ob. cit.
16. Mans-Peter Martin y Harold Schumann: *Die Globalisterungsfalle Der Angrff auf Democratie und Wohlstand*, Ed. Rowohlt, Hamburgo, 1996.
17. Shutt: ob. cit.
18. Guy Roustang, Jean-Louis Laville, *et al.: Vers un nouveau control social*, Ed. Desclée de Brouwer, Paris, 1996.
19. Jean-Louis Laville: «Une politique économique pour le XXI siecle», en *La Revue du MAUSS*, N° 9 (1er semestre), 1997.
20. Jean-Paul Maréchal: «Imaginer une autre société: demain l'économie solidaire», en *Le Monde Diplomatique*, abril, 1998.
21. Viviane Forrester: *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1996.
22. Roustang: ob. cit.
23. Ibíd.

CAPÍTULO III. LA DIALÉCTICA ENTRE FORMA Y CONTENIDO EN UNA ECONOMÍA ALTERNATIVA

LA RIQUEZA SOCIAL POR FORMA Y CONTENIDO

Una economía en función de la vida requiere no sólo una nueva vinculación de la economía formal con la sustantiva, sino también la supeditación de la forma al contenido. El eje de entrada para dirigir la política económica y para hacer la contabilidad social tiende a ser el punto de vista del contenido y ya no exclusivamente la forma. Este punto de vista implica enfocar las políticas desde la óptica de la reproducción de la vida concreta en vez de enfocar la reproducción del dinero como capital. La riqueza social, enfocada a partir de las relaciones monetarias, se limita a la riqueza contable generada año tras año. Todo lo que no es contable y todo lo que no es nuevo, no figura como riqueza. De este modo, la riqueza presente se sustituye por riqueza nueva creada a costa de la muerte de lo ya existente, y así crece la economía y habría supuestamente bienestar. Una parte nada despreciable de la riqueza social presente que nos rodea, no se contabiliza. Este hecho constituye el fundamento del desprecio por la naturaleza, por el trabajo no pagado y por las cosas viejas. En tanto que la economía de mercado no contabiliza esta riqueza, no cuenta, no vale nada y no se pierde riqueza alguna al despilfarrarla o incluso destruirla.

Desde la óptica del contenido, el trabajo doméstico así como el voluntario apuntan a la reproducción de la vida misma y con ello generan riqueza, son trabajos productivos. Desde la óptica del contenido, la naturaleza es riqueza natural, riqueza aunque no sea producto de trabajo. Desde la óptica del interés privado en la economía de mercado, la riqueza se limita a todo aquello que adquiere forma de dinero y el trabajo realmente productivo se limita a aquellos que generan más dinero, es decir, ganancia. Desde la óptica del capital, o sea, visto por la forma o relación

social dominante de la economía de hoy, no importa cómo se obtenga más dinero o ganancia. No importa, en otras palabras, si se obtiene la ganancia en el ámbito productivo o improductivo, es decir, re-distributivo. Sin embargo, desde la óptica de la totalidad o el contenido del proceso reproductivo, una cosa es ganarse el dinero en el ámbito productivo y otra en aquel donde se redistribuye. A nivel de la totalidad, es cosa muy diferente la distribución más equitativa del ingreso y su efecto sobre el bienestar y crecimiento de la economía, y otra la concentración de los ingresos y sus efectos negativos sobre dicho crecimiento. El neoliberalismo es un proceso de concentración de la riqueza, en vez de estimular el crecimiento de la economía, la frena. La redistribución más equitativa de la riqueza, en cambio, estimula la economía, le da más vitalidad.

¿En qué sectores se genera riqueza y en cuáles se redistribuye? Desde la óptica del contenido, el seguro contra incendio no es sino una redistribución o socialización de pérdida de riqueza, por más útil que sea para la sociedad como un todo. Para el capital privado, sin embargo, es una actividad más para realizar ganancias. La lotería, los casinos, así como la especulación en la bolsa de valores, son actividades que apuestan a la repartición de dinero y riqueza ya existentes a favor de unos y a costa de otros. El dinero que ganan los dueños de las fábricas de armas, la red distribuidora de drogas, el blanqueo de dinero, los fabricantes y administradores de las cárceles, los abogados en pleitos, las empresas dedicadas a la vigilancia, las empresas que limpian ríos contaminados, todo eso no aparece como gasto en la contabilidad actual, sino como ingreso económico, como parte integral del PIB, esto es, como riqueza nueva y no como costo improductivo. Con esta confusión de cálculo económico las cuentas nacionales se transforman en verdaderos «cuentos nacionales».

El simple hecho de que haya dinero que pasa de mano a mano supone, bajo la contabilidad actual, que hay una generación de ingreso, por más vacío que sea su contenido. Este criterio puramente monetario no puede ser el argumento para definir una nueva contabilidad social que debe integrar forma y contenido. La pregunta que nos hacemos es, ¿cómo se llega a definir y calcular el bienestar al vincular la economía sustantiva con la formal? Rehacer la contabilidad social implica partir del punto de vista del contenido, es decir, partir de la totalidad y no de las partes. Vale aclarar que la contabilidad social, que mide la riqueza social de la econo-

mía en su totalidad, es herencia de la economía socialista. Sólo después de la crisis económica de los años treinta, con el keynesianismo, la adoptó el capitalismo. El concepto del PIB sirvió como primera guía para orientar a la política económica a nivel nacional. Se llegó cerca de su fórmula actual en medio de la producción en masa de la Segunda Guerra Mundial[1]. La contabilidad social actual, sin embargo, no distingue las actividades productivas de las improductivas vistas por el contenido. Una nueva contabilidad requiere tomar en cuenta ambas entradas: contenido y forma. Solo así se podrán definir los gastos improductivos que conlleva una economía.

El PIB es la expresión estadística de la economía formal y monetaria para medir la riqueza generada en una nación durante un año determinado. Para calcularlo, suma los resultados de las empresas privadas, haciendo abstracción del contenido de la riqueza misma. Es básicamente la medida del *output* neto (valor agregado) como sumatoria de las iniciativas privadas, y asume que todo producto o servicio que se ofrece como mercancía o bajo modalidad monetaria constituye, por definición, un aporte a la riqueza de una nación. Dentro de este enfoque formal, la demanda del producto o servicio es el comprobante único de la necesidad de éste y se define como mercancía o riqueza bajo forma de dinero, sin considerar su contenido. El cálculo del PIB únicamente a partir de las partes, sin considerar su aporte desde la óptica de la totalidad, es como construir una hoja de balance de ingresos sin costos.

La contabilidad actual no hace diferencia entre costos y beneficios, tampoco entre actividades productivas e improductivas o incluso destructivas, ni entre las sostenibles e insostenibles. Es como una máquina calculadora que sólo sabe sumar lo expresado en términos monetarios. Parte de una fórmula que sólo ve cómo hacer dinero sin preocuparse en el para qué sirve ni cómo se obtuvo. Al ver las cosas exclusivamente por la forma, es un instrumento incapaz de restar los costos sociales y naturales. No es capaz, en consecuencia, de orientar la economía en función de la vida misma ni hacia el bienestar genuino. Opera como si todo lo que sucede en el mercado satisficiera necesidades. El sistema promueve deseos que generan dinero, en lugar de orientarse hacia la satisfacción de necesidades y el bienestar de la humanidad[2]. Es una calculadora que ignora todo lo que sucede fuera del ámbito monetario. No importa su

aporte real al bienestar de la sociedad. Es una calculadora de riqueza monetaria con vista al futuro. Nos hace obsesionar por lo que no tenemos. La misma calculadora, sin embargo, no contempla la riqueza que ya tenemos ni la que nos rodea. Es una calculadora con miopía.

La actual medición del PIB distorsiona la realidad de múltiples formas. Son contados los autores que lo señalan de forma más o menos sistemática. Halstead, Cobb y Hoogendijk son una feliz excepción de esta regla. Si bien los autores no distinguen explícitamente el concepto de riqueza concebido desde la óptica del contenido y de la forma, de manera implícita sí hacen esa distinción. Una formulación de una política económica alternativa ha de basarse en una contabilidad social que integre el punto de vista de la forma con el del contenido, donde el último sea punto de partida. La forma ha de supeditarse al contenido y no a la inversa. Desde la óptica simultánea de la forma y el contenido, es decir, mirando bifocalmente, el cálculo actual de la creación de riqueza manifiesta una serie de elementos que no sólo hacen insostenible el PIB en términos cualitativos (como medida de bienestar), sino incluso en términos cuantitativos (como medida del crecimiento económico).

El PIB no toma en cuenta la riqueza natural existente y con ello tampoco el derroche y el deterioro del medio ambiente. Para colmo, el cálculo actual considera como productivo todo tipo de actividad realizada para restaurar los daños causados a la naturaleza, aunque no contempla como costo la pérdida de riqueza natural previamente provocada. El PIB toma la extracción de recursos naturales como creación de ingreso y riqueza, pero no contempla la pérdida simultánea de riqueza natural y de recursos naturales. Esta cuestión ya es un problema cuando se trata de recursos renovables, pero se torna más seria cuando se trata de recursos no renovables.

El PIB de igual manera no considera el deterioro de la salud de la población como pérdida de riqueza, y más bien calcula como ingreso y creación de riqueza la (parcial) recuperación hospitalaria de la salud perdida. El neoliberalismo va más lejos aún al considerar únicamente productivo el lucrar con enfermos en hospitales privados (medicina privada), y estima improductivo el gasto de Gobierno destinado a hospitales públicos para curar a las personas de menos recursos. El neoliberalismo considera aún más improductiva la salud preventiva. El gasto de Gobierno que

implica lo ve como costo que debería limitarse al mínimo posible. El lucrar con enfermos en hospitales privados da ganancia. Prevenir enfermedades por medio de una inversión pública no da ganancia alguna. Por ello, la salud pública se considera improductiva. He aquí una distancia abismal entre la concepción de riqueza como bienestar genuino vista según el contenido y la concepción de riqueza monetaria vista según la racionalidad del mercado.

Al obviar la riqueza por su contenido o la sustancia del valor, el PIB ignora completamente todo trabajo donde no medie el dinero. Dentro de la lógica reproductiva de la riqueza, una parte significativa de la economía se desarrolla, por su contenido, a partir de trabajos no pagados. Ejemplos de ello son: el trabajo doméstico y el trabajo voluntario en las comunidades. Por otro lado, al ver las cosas por su forma, el PIB contabiliza como ingreso y creación de riqueza todo trabajo que se deriva de la redistribución de la riqueza ya existente. Visto según el contenido, dicho trabajo no agrega ni un ápice a la riqueza nacional. La contabilidad actual del PIB incluso ve ingresos y creación de riqueza en actividades destinadas a la reparación de aquella riqueza nacional dañada. Ejemplos de ello son: los ingresos de las empresas dedicadas a la reparación de autos, la limpieza de ríos contaminados, así como la salud curativa privada. En vez de prevenir enfermedades, accidentes y desastres, el capital se beneficia más con la reparación de los daños causados.

Hay casos muy claros de redistribución del ingreso que la actual contabilidad nacional contempla como creación de riqueza. Así, por ejemplo, los ingresos obtenidos por empresas dedicadas a los juegos de azar, los casinos o las bolsas de valores cuentan como riqueza creada y entran al PIB. La economía neoclásica, que sólo contempla la riqueza por su forma, al sumar lo que no se puede sumar, pierde claridad sobre las verdaderas cuentas nacionales. Con ello pierde claridad sobre las causas de las crisis económicas. Como consecuencia, las crisis económicas y las crisis bursátiles suelen ser atribuidas a causas extraeconómicas. Sólo al ver las cosas por el contenido, a partir de la diferenciación entre inversiones productivas y re-distributivas o improductivas, se puede predecir las crisis económicas en términos monetarios.

Al ignorar la riqueza por su contenido, el PIB no contempla como pérdida el acortamiento de la vida media de los productos y de la tecnología.

Al acortarse la vida media de los productos, ya sea por moda o por su condición técnica, se acelera la (re)producción y venta de artículos (prácticamente idénticos) para atender una misma necesidad o, peor aún, para satisfacer un deseo artificial creado por la publicidad. Desde la óptica de la forma, este acto es percibido como creación de riqueza nueva, es decir, es considerado como un aumento del PIB. Desde el punto de vista del contenido y del bienestar genuino, sin embargo, acortar la vida media de la riqueza producida significa duplicar el trabajo necesario para satisfacer, en esencia, la misma necesidad, es decir, significa duplicar el trabajo necesario para conseguir el mismo bienestar. Visto según el contenido es un derroche de riqueza. Esta riqueza derrochada pudiese haber sido destinada para satisfacer necesidades no atendidas y a necesitados no atendidos. El mismo razonamiento es válido para la depreciación cada vez más acelerada de la tecnología que emplean las propias empresas.

El PIB, y menos el PIB per cápita, no toma en cuenta la distribución del ingreso. Es falso que aumente la riqueza al incrementar el *output* en una economía de mercado. Es igualmente falso que la redistribución de la riqueza no guarde relación con el PIB. La concentración del PIB en cada vez menos manos no sólo afecta de modo negativo el bienestar actual de la ciudadanía, sino también su bienestar futuro. La concentración del ingreso resta fuerza a la demanda y con ello a la dinámica productiva. Desde la óptica formal de la economía no es posible pensar en crecimiento sostenido a partir de una distribución cada vez más desigual de la riqueza. De la misma forma tenemos que una redistribución más equitativa del PIB no sólo acrecienta el bienestar inmediato de la ciudadanía, sino también el futuro, ya que activa la demanda global y, por ende, el crecimiento económico. Para perpetuar la acumulación de capital, el crecimiento económico infinito es una necesidad y con ello el crecimiento sin fin de la demanda. Desde la óptica del contenido, sin embargo, las necesidades son finitas y sus prioridades bien deberían definirse en función de la propia vida concreta. Vista según el contenido, la contabilidad alternativa concibe un aumento en el bienestar genuino con crecimiento negativo en términos monetarios.

El PIB ignora el costo de la dependencia de vivir a expensas del futuro. El principio de la solidaridad no puede limitarse al presente, las generaciones de hoy tenemos un compromiso simultáneo con el futuro.

Durante las décadas del keynesianismo el PIB mundial ha crecido a expensas de los recursos naturales y a costa de las generaciones futuras. La racionalidad vigente ha puesto en peligro la naturaleza a tal punto que la reproducción de la misma está en peligro y con ella la reproducción de la vida humana actual, y más aún la de las generaciones futuras. Una contabilidad por el contenido valora todo lo que nos rodea y permite conservar la riqueza presente. Una contabilidad por la forma, en cambio, menosprecia la conservación de la naturaleza y sólo se obstina por hacer más riqueza en términos monetarios. Hipotecar el futuro permite, en principio, producir y consumir en lo inmediato. Sin embargo, en algún momento en el futuro las deudas entabladas tendrán que ser canceladas. Lo anterior es válido para la economía monetaria, pero también para la economía sustantiva. Al hipotecar el futuro de las nuevas generaciones, ya sea por su contenido (mediante el asalto a la naturaleza) o por su forma monetaria (deudas bancarias), se resta potencial al desarrollo futuro[3].

¿Crecimiento o bienestar genuino?

Halstead y Cobb proponen un indicador alternativo al PIB que analice el progreso económico no exclusivamente en su aspecto formal, sino también por su contenido, integrando ambas formas. Lo llaman el Indicador del Progreso Genuino (IPG).

El IPG se diferencia del PIB de la misma manera en que se diferencian forma y contenido. Para medir la diferencia, los autores toman unos cuantos aspectos cuantificables que permiten a partir del PIB aproximarse al IPG. Mc Murtry[4] discute el IPG de Halstead y Cobb, argumentando que en su análisis no van lo suficientemente lejos. Mc Murtry aporta elementos que incorporamos para poder construir un IPG en el cual la forma se subordina al contenido. La idea central es cómo subordinar lo cuantitativo a lo cualitativo. El bienestar genuino no se deja medir completamente a través de indicadores cuantitativos. La misma tendencia se observa en la construcción del índice de desarrollo humano, elaborado por la ONU. Queremos aquí elaborar algunos puntos de partida para una nueva contabilidad social en función del bienestar genuino.

A. Por la vida de la naturaleza

Los autores parten de una economía sostenible que no hipoteca el futuro de las próximas generaciones. Lo anterior implica que no se tome de la naturaleza más recursos que los que pueden ser reemplazados por la misma naturaleza en el largo plazo. En otras palabras, la velocidad de la reproducción material de la economía tiene que ajustarse a la velocidad de la reproducción de la propia naturaleza. Para este efecto el IPG mediría el consumo y deterioro de los recursos naturales renovables y no renovables (como las tierras húmedas, las tierras agrícolas y los minerales, incluyendo el petróleo) como costo. De los ingresos obtenidos en el corto plazo se deducen estos costos que no aparecen en el PIB. Mc Murtry[5] acertadamente va más lejos. Para él, la biodiversidad se encuentra en el corazón mismo de una economía alternativa orientada hacia la propia vida humana. La replantación de bosques útiles para la posterior explotación no sólo sacrifica la diversidad forestal, sino sacrifica a la vez la flora y fauna que alberga. Una hectárea de bosque primario, en otras palabras, no se repone de ninguna forma con una hectárea de reforestación comercial.

Este problema se presenta para cualquier tipo de regeneración de recursos naturales que no sea regulado por el principio de la conservación de la biodiversidad. La regulación económica que no se oriente en función de la diversidad de la vida natural misma no se orienta por la riqueza por su contenido, es decir, no está en función de la vida misma. En este sentido, toda pérdida de vida natural no sólo es pérdida de riqueza para las generaciones de hoy, sino también para las próximas. Tal pérdida constituye, por lo tanto, un costo irrecuperable por generaciones. Al contabilizarlo con ese peso relativo, el costo de la pérdida de recursos no renovables tendería al infinito. Al considerar este tipo de contabilidad, lo cuantitativo se supedita a lo cualitativo, es decir, la economía se subordina a la vida misma, sea esta humana o natural.

B. Por la vida del medio ambiente

Es un hecho que la reproducción de la vida humana depende de la reproducción de la vida natural. Asimismo es un hecho real que la salud públi-

ca de la especie humana depende de la salud del medio ambiente. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la pobre calidad del medio ambiente de hoy en día es responsable de 25 por ciento de la salud prevenible[6]. No es asunto de tomar una posición antropocéntrica o no, sino de conectar los ciclos de vida natural con aquellos de la vida de la especie humana misma a través del tiempo. El IPG resta al PIB todo costo de la contaminación del agua y del aire a través de los años acorde con el carácter temporal o duradero del daño que causa. Este daño no sólo contempla los efectos para las generaciones futuras de la especie humana, sino también aquellos causados a la propia naturaleza y así otra vez a la especie humana. El consumo de energía no renovable y el deterioro de la capa de ozono causan daños a largo plazo al medio ambiente y han de entrar como costos tan elevados del IPG que el PIB, por más alto que sea, no los justifica.

C. Por la vida de los productos humanos

El IPG mide la riqueza presente y no sólo la producida en un año determinado. A partir de esta racionalidad, la conservación de la vida media de los productos y de la tecnología sustituye buena parte de la reproducción cada vez más acelerada de productos desechables. Al contabilizar en un año determinado la riqueza material existente, la conservación de la misma a través de los años aumentaría el IPG en años futuros. Esta tendencia fomentaría estimular no sólo la calidad, sino también el cuidado y conservación de todo lo que hacemos. Sólo a través de esta racionalidad de cuidar la vida de las cosas hechas es posible ajustar la velocidad de reproducción de la riqueza material generada por los seres humanos, a la velocidad de reproducción de la naturaleza. Mc Murtry va más lejos aún, al considerar la importancia de *benchmarks* de consumo que no se dejan orientar por las preferencias del consumismo[7]. Hacer *benchmarks* implica establecer prioridades en los productos para la propia vida humana y establecer el costo simultáneo que tienen para la naturaleza y el medio ambiente. El autor está consciente que la definición de tales prioridades no puede estar en manos de empresas transnacionales como sucede en la actualidad. Es un proceso que demanda la interpelación permanente de la propia ciudadanía. Esta interpelación va desde lo local y particular

hacia los niveles más generales y globales, y está sujeta a cambios permanentes acordes con las particularidades sociales de las poblaciones, según su cultura y el tiempo.

D. Por la vida de todo lo que nos rodea

A lo largo de la historia de la humanidad, siempre han existido trabajos o gastos improductivos. Hemos visto que el trabajo improductivo suele producirse a costa de la reproducción de la vida material. En términos de los clásicos, son «falsos costos» de la economía que se deducen de la riqueza generada. Elevados costos improductivos obstaculizan, en otras palabras, la reproducción de nueva riqueza material y espiritual. Sin embargo, hay trabajos improductivos que aumentan el bienestar genuino de la humanidad de manera indirecta. Ejemplos de ello son: los seguros en general y la seguridad social en particular. Un seguro contra incendio significa la distribución de riqueza perdida entre los asegurados y evita que el daño causado desarticule el aparato productivo, visto desde la óptica de la totalidad. La seguridad preventiva goza, desde la óptica del contenido, de mayor prioridad que la reparación de las pérdidas sufridas. La mejor preservación de la riqueza presente requiere menos gastos de reparación por daños ocasionados. El principio de la prevención está por encima del de la reparación de daños ocasionados. El seguro se basa en el principio de la solidaridad. Es solidario asegurar entre todos que se reparen los daños ocasionados a los conciudadanos. Más solidario aún es evitar entre todos que un desastre sea ocasionado a esos conciudadanos.

Por su contenido y desde la óptica de la creación anual de riqueza, la salud curativa constituye un gasto improductivo ya que en el mejor de los casos se logra reparar el daño y trauma causados. En forma análoga, podemos afirmar que la preservación de bienes de consumo duradero evita la reparación de los mismos. La preservación de la riqueza que nos rodea goza de una prioridad mayor que su reparación. Desde la óptica del contenido, la contabilidad mide la riqueza presente, la mejor calidad de vida es más que la simple prolongación de la vida media. El IPG mide la durabilidad de la vida y la calidad de la misma. Esto es válido no sólo para los seres humanos, sino también para la riqueza material que nos rodea.

e. Por una vida humana en paz

El gasto de defensa constituye un costo falso que resta potencial a la creación de riqueza futura; ni directa ni indirectamente aumenta el bienestar material de la humanidad y, por encima de ello, su uso conlleva la destrucción de vida humana, natural y material. El aparato militar, el establecimiento del orden, así como la vigilancia en general, implican gastos improductivos. Es obvio que en toda sociedad harán falta gastos de vigilancia así como gastos para el orden establecido. Siempre ha existido el trabajo improductivo en la historia de la humanidad y siempre existirá. No se trata de eliminar toda clase de conflicto o todo gasto improductivo, sino de realizar esos gastos acorde con el principio de la vida.

f. Trabajar para una vida digna en lugar de sacrificar vida en función del capital

Cuando los medios de producción en existencia suelen tener una vida más prolongada, y cuando, como consecuencia, la producción anual de riqueza material disminuye, la riqueza presente puede aumentar debido a la mayor durabilidad y mejor calidad de los productos finales. Bajo estas circunstancias aumenta la «productividad genuina» del trabajo ya que disminuye el *output*. La regulación económica mundial ha de establecer pautas para incrementar la «productividad genuina» del trabajo. Cuanto más alto el PIB, mayor la necesidad de sustituir la productividad clásica por otra genuina. Lo anterior se logra a través de la prolongación de la vida media de los productos y de la tecnología, a partir de la calidad de los mismos. Además, se logra al establecer prioridades en lo que se produce a partir de la «economía de lo suficiente». Con el incremento de la «productividad genuina», aumenta el IPG. Su medición sintética se obtiene a partir del aumento del tiempo libre. Más tiempo libre es ganancia de bienestar genuino; y su reducción, una pérdida. Trátase de inversiones liberadoras.

Al disminuir la producción anual de riqueza nueva, la masa de dinero anualmente presente pierde relación con la nueva riqueza producida. Si el dinero permanece en la nación el dinero sobrante se desvaloriza. Para mantener su poder adquisitivo futuro, el dinero ha de afluir, en forma

de impuesto solidario, hacia naciones donde la riqueza material requiera aún mucho desarrollo, es decir, donde haya necesidades y necesitados. Si el ritmo con que baja la creación de riqueza nueva guarda relación con el ritmo con que sale el dinero hacia el Sur, la tasa de interés puede llegar a ser cero, en el entendido que habrá un aumento proporcional de riqueza material en el Sur. Cuanto más dinero se concentre en un país, más se verá obligado a transferirlo al Sur para que ese dinero no pierda su poder adquisitivo futuro. De esta forma se logra, de manera paulatina, una redistribución más igualitaria del ingreso y del trabajo a nivel mundial. Se trata, en otras palabras, de inversiones liberadoras y solidarias.

G. Por una economía en función de la vida misma

Para poder desarrollar mayores grados de libertad personal se requiere la separación del ingreso del trabajo productivo por la forma, es decir, del trabajo pagado en el mercado. Sólo así se dan verdaderas valoraciones cualitativas entre el trabajo pagado y el no pagado en el hogar o la comunidad. Es sólo de esta forma que actividades de estudio y actividades culturales o recreativas aparecen como opciones de realización personal. Sólo así se podrá eliminar la discriminación existente entre trabajo pagado y no pagado. Para la reproducción de la vida concreta el trabajo actualmente no pagado resulta igual o más relevante que el pagado. Sólo al concebir las cosas por su contenido, el trabajo actualmente pagado puede supeditarse al trabajo relacionado con la reproducción de la vida misma. Con la introducción de un ingreso ciudadano, deja de ser condición imprescindible el pleno empleo como garante de vida. Al borrarse la diferencia entre trabajo pagado y no pagado, los derechos y deberes de los ciudadanos ya no se derivan de su vinculación o no con el mercado laboral. Los derechos y deberes se derivan de mi vínculo con la comunidad. Mis derechos económicos y sociales como ciudadano ya no dependen de la vinculación con el mercado, sino de mi vínculo con la sociedad como ciudadano. Ciudadanía significa obligación de los otros hacia mí y mi obligación hacía los otros en función de una mayor plenitud de la vida.

La discusión de fondo del ingreso ciudadano no es tanto su factibilidad, sino el cambio de racionalidad económica que supone. La nueva

racionalidad, sin embargo, no elimina la discusión en torno a la factibilidad financiera del ingreso ciudadano. Ésta depende, evidentemente, de lo que se entiende por ingreso suficiente para adquirir los productos y servicios necesarios. Este tema está muy vinculado a la redistribución del ingreso a nivel nacional y mundial que hemos abordado. La discusión está relacionada, a la vez, con la distribución entre tiempo pagado y no pagado. Mientras estas cadenas no se rompan, el trabajo pagado seguirá siendo el factor de integración social. Los derechos económicos y sociales, o sea, la ciudadanía, seguirán dependiendo de la vinculación con el mercado. El tiempo libre seguirá supeditado a la calidad del tiempo de trabajo pagado y no a la inversa. Esta cadena perpetua del capitalismo no brinda posibilidades de disfrutar la vida a plenitud, ni genera mayores opciones de realización personal. Romper esta cadena supone romper con la lógica de acumulación por la acumulación, es decir, supone otra racionalidad económica.

La discusión no es tanto la factibilidad o no del ingreso ciudadano, sino el cambio en el tipo de integración social. Una racionalidad económica donde la lógica del mercado se supedita a una regulación económica en función del bienestar genuino, es capaz de liberar a la humanidad de esta cadena perpetua. Sin cambio de racionalidad no hay factibilidad alguna. En cuanto a la factibilidad financiera misma del ingreso ciudadano, Passet[8] calculó, como ejemplo, el costo de un ingreso ciudadano para la sociedad francesa. Estableció el ingreso ciudadano de toda persona mayor de veinte años en la mitad del ingreso mediano (línea de pobreza) y el de toda persona menor de veinte años en la mitad de eso. Él no habla de un ideal social ajustable, sino de un ingreso seguro a partir del cual cada quien se encuentre en condiciones de mejorarlo sobre la base de sus propios esfuerzos y opciones personales. El cálculo del gasto hecho por Passet no supera, prácticamente, los actuales costos del seguro de desempleo, vejez, asignaciones familiares e incapacidad materna. Si, por ende, calculamos el ahorro obtenido al abolir la burocracia propia del paternalismo del Estado benefactor, el costo quedaría por debajo del presupuesto necesario en la actualidad.

Notas

1. Ted Halstead y Clifford Cobb: «The Need for New Measurement of Progress», tomado de Jerry Mander y Edward Goldsmith: *The Case against the Global Economy*, Sierra Club Books, San Francisco, 1996, pp. 197-206.
2. Willem Hoogendijk: «Let us Make a Living, not Money: on the Liberation of Production», ponencia presentada en el taller *Alternatieven voor het neoliberalisme*, mayo, 2000.
3. Halstead-Cobb: ob. cit., p. 201.
4. Mc Murtry: *The Cancer Stage of Capitalism*, Pluto Press, Londres, Reino Unido, 1999.
5. Ibíd., pp. 161 y 162.
6. Ibíd., p. 157.
7. Mc Murtry: ob. cit., p. 153.
8. René Passet: *L'illusion néoliberale*, Fayard, París, 2000, p. 274.

CAPÍTULO IV. UTOPÍA Y SUJETO EN UNA ECONOMÍA ALTERNATIVA

La ética del bien común, brújula de la economía alternativa

Hablar de la utopía no es soñar, sino anticipar cómo lograr una sociedad de seres humanos libres e iguales que como sujetos construyan su futuro. No se trata de una mera ilusión sino de un proyecto movilizador. Es imaginar y luchar por una sociedad donde el ser humano ya no esté dominado, explotado, ni rebajado a ser un mero recurso o medio en función de la acumulación misma, afirma Houtart[1]. Es poner la economía en función de la vida misma, y no sacrificar la vida en función de la economía de mercado. Desde el punto de vista del mercado, como sistema totalizador, las exigencias de la vida humana son percibidas como distorsiones. La propia economía de mercado y su funcionamiento como sistema constituyen la finalidad, y la vida humana y natural, apenas un recurso para este sistema.

Desde el punto de vista de los seres humanos afectados, sin embargo, la totalización de la economía de mercado aparece como distorsión de la vida humana y natural, que experimentamos como vulnerabilidad ascendente. La ética del bien común se deriva del sufrimiento que experimentamos por esas distorsiones crecientes. La ética del bien común surge como consecuencia de la experiencia de sufrimiento de los afectados por las distorsiones cada vez más grandes que el mercado totalizado produce en la vida humana y natural. Si la economía de mercado no produjera tales distorsiones, no nos sentiríamos cada vez más vulnerables y no surgiría la ética del bien común. Bastaría simplemente la ética de mercado[2].

La vida que experimentan hoy en día las grandes mayorías resulta cada vez más vulnerable, es decir, las grandes mayorías experimentan pobreza en su vida. Esta sensación de vulnerabilidad creciente es un indicador

de pérdida de bienestar, que se experimenta como pobreza. Una vulnerabilidad insoportable es indicador de indigencia, que no se deja medir exclusivamente a partir de un nivel determinado de ingreso. Las grandes mayorías experimentan hoy en día una vulnerabilidad creciente, un sufrimiento que no se limita a aquellos que se encuentran por debajo de la llamada línea de pobreza. Esto se debe a que las relaciones mercantiles totalizadas distorsionan cada vez con mayor amplitud la vida humana y natural, y generan así una vulnerabilidad que alcanza capas cada vez más amplias de la población. Este sufrimiento y esta vulnerabilidad cada vez más generalizada que experimentan las mayorías indican que el sistema del mercado va en contra del bien común. Tal distorsión de la vida humana y natural es el resultado de la generalización del cálculo de utilidad a partir de la iniciativa privada en la economía de mercado.

En la medida en que el resultado de este cálculo de utilidad en el mercado genera una vulnerabilidad cada vez más grande y cada vez más generalizada, nace y se desarrolla la resistencia. La experiencia de esta distorsión hace aparecer el concepto del bien común. El bien común se presenta, entonces, primero como negación, como resistencia, antes de plantear alternativas. La ética del bien común surge hoy en día en una relación de conflicto con el sistema de mercado totalizado basado en el cálculo de utilidad a ultranza. La ética del bien común opera, entonces, desde el interior de la realidad. No se trata de una ética exterior derivada de alguna esencia humana. El bien común es este proceso en el cual se introducen valores que son enfrentados al sistema a fin de interpelarlo, intervenirlo y transformarlo. En esencia, es una ética de la resistencia, de la interpelación y la intervención[3].

La ética solidaria o la transición dolorosa hacia la alternativa

La ética del bien común supone valores a los cuales tiene que ser sometido cualquier cálculo de utilidad o de interés propio. Hay valores del bien común cuya validez se constituye con anterioridad a cualquier cálculo y que desembocan en un conflicto con el cálculo de utilidad y sus resultados. El supuesto para que opere efectivamente el principio del

bien común es el reconocimiento de que nadie puede vivir si no puede vivir el «otro»[4]. Son los valores del respeto al ser humano, a la vida en todas las dimensiones, incluyendo el respeto a la vida de la naturaleza. Partir del respeto mutuo entre seres humanos, incluye el reconocimiento del ser natural en todo ser humano y el reconocimiento de los seres humanos hacia la naturaleza de la cual son parte.

La relación mercantil, al totalizarse, produce distorsiones graves en la vida humana y en la naturaleza. La relación mercantil totalizadora se fundamenta en la ética del «sálvese quien pueda», que finalmente no salvará a nadie. Esta ética constituye una amenaza para toda la vida humana y natural. En la guerra económica por el reparto del mercado mundial no cabe ni siquiera todo el gran capital. Con ello la guerra por el reparto del mercado mundial sobrepasa el ámbito económico y tiende a alcanzar dimensiones militares. Esta ética de salvarse a costa de todo y todos no salvará a nadie, aunque generará un sufrimiento cada vez más amplio e insoportable para amplias mayorías. En medio de este dolor se genera la resistencia mundial contra la globalización. Esta resistencia no sólo deslegitima al propio sistema, sino además genera una ética alternativa: la ética solidaria. La ética solidaria nace a partir de la conciencia de que sin salvar al «otro» (la otra persona, la otra raza, el otro sexo, la otra nación, la otra cultura, la naturaleza fuera de mí) no habrá salvación para nadie.

La ética del «sálvese quien pueda» se desarrolla a partir de la acumulación de capital basada en el reparto del mercado a escala mundial, y no a partir del crecimiento sostenido. Este reparto es un proceso excluyente y a largo plazo; cuando el mercado mundial se encuentre repartido, la acumulación se tornará insostenible sin un re-reparto. La guerra tiende a ser la última opción para lograr ese re-reparto del mercado mundial. Dentro de la óptica del capital, sólo el crecimiento económico brinda, en principio, una perspectiva de acumulación a más largo plazo. A esta conclusión llegó Keynes después de dos guerras mundiales que giraron en torno al reparto del mundo. Con la acumulación que se funda en el reparto del mercado y de la riqueza existente, a mediano plazo, simplemente no hay lugar ni para todos los capitales. Esta forma de acumulación condujo a la Primera Guerra Mundial entre las principales potencias de la época. En medio de este «sálvese quien pueda», que no salvó siquiera al capital en general, surgió como respuesta radical el socialismo real.

La planificación central totalizada es la respuesta radical a la economía de mercado, totalizada con la política liberal de fines de siglo XIX. La planificación centralizada trata de definir el bien común ya no como el resultado de la mano invisible de la economía de mercado, sino a partir de una mano muy visible, a partir de la planificación centralizada. Eso significa definir las prioridades para la ciudadanía pero sin que ella tenga participación estructural en la definición de las mismas ni en la interpelación de sus resultados. La planificación centralizada es, en otras palabras, otro modo de sofocar la interpelación práctica de la ciudadanía. La planificación centralizada parte del supuesto de que el interés general puede ser concebido desde arriba. Esta concepción niega toda posibilidad de autodeterminación. Las masas son consideradas incapaces por sí mismas de alcanzar la conciencia necesaria para participar en la determinación de su futuro. En la definición de los planes no hay espacio para una interpelación práctica y permanente de la ciudadanía. No hay espacio para ventilar y resolver conflictos de intereses. La vanguardia aparece como el «sujeto histórico». En vez de abrirse más a una interpelación para encaminar al bien común, la planificación totalizada tiende a suprimir tal interpelación e imposibilita de esta forma la subjetivación de las mayorías.

El reparto del mundo continuó después de la Primera Guerra Mundial. Ello condujo a la crisis internacional de los años treinta, revelando que el mercado total se estaba encogiendo. Al invertir en la concentración del mercado en cada vez menos manos, o sea, al acaparar más del pastel existente, se descuida aquella inversión que apunta a ampliar la economía de mercado. El resultado final es que el pastel se encoge. Con ello el reparto del mundo adquirió un carácter más furioso. La lucha enardecida por un lugar en el mercado mundial en declive desembocó en la Segunda Guerra Mundial. El resultado contradictorio de la Segunda Guerra Mundial fue un mayor fraccionamiento del mercado mundial. El avance del Bloque Socialista, en franca competencia con el mundo capitalista desde la crisis de los años 30, hizo retroceder al mundo capitalista. Ante semejante cuadro, la lucha por el reparto del mundo no podía seguir entre países capitalistas, por razones militares, políticas e incluso económicas.

La constitución de las Naciones Unidas puede verse como una expresión de la creciente conciencia de que sin dar lugar al «otro» (país capitalista) no hay lugar para «mí» (país capitalista). Esta lectura no es tan

emancipadora. Sin lugar para el «otro» (la otra potencia capitalista) no hay ni lugar (posibilidad de acumulación) para la principal potencia económica (Estados Unidos). Sin salvar a Europa Occidental se pone en peligro el «mundo libre» ante el avance del socialismo real. El «sálvese quien pueda» se traduce a partir de entonces en la «guerra fría» y la competencia a muerte entre los dos sistemas. Durante la Guerra Fría, el gasto de defensa asfixió al bloque socialista. Con un PIB de la URSS equivalente 40 por ciento del PIB de Estados Unidos, el mismo gasto de defensa en términos absolutos pesaba más del doble en la economía de la URSS. El gasto de defensa no dinamiza la economía civil, sino, más bien, obstaculiza su crecimiento. La escasez generalizada de bienes de consumo es su resultado. El incremento en el gasto de defensa en los años 80 a partir de un crecimiento negativo aceleró la contracción de la economía soviética y significó la desintegración del bloque soviético.

Después de la Segunda Guerra Mundial vivimos en el «mundo libre» un período de varias décadas de acumulación de capital basada en un crecimiento económico sostenido en cada nación capitalista avanzada. El keynesianismo fomentaba la demanda efectiva al acortar sin cesar la vida media de los productos. De esta forma se acortaba el período medio para realizar la ganancia, y con ello aumentaba la tasa de ganancia. El incremento en la velocidad de la rotación del capital significa una intensificación en la explotación de recursos naturales. El ritmo de reproducción de capital supera cada vez más el ritmo de reproducción en la naturaleza. Esta tendencia se desarrolla a costa de la naturaleza y en detrimento del medio ambiente, algo que ya se manifestaba a gritos a partir de los años 70.

A partir de la división del trabajo en el mundo, los países periféricos generan productos cuya vida media no es tan fácil de acortar. La vida media de los productos agrícolas y de las materias primas no puede acortarse de la misma forma en que puede abreviarse la vida de los bienes de consumo duradero. La demanda de los productos que exportan los países periféricos no evoluciona a la misma velocidad que la demanda de sus importaciones. Para poder importar, los países periféricos han de exportar más de sus productos cuya demanda no asciende. El resultado es una caída generalizada de los precios de los productos agropecuarios y de las materias primas. Los términos de referencia entre Norte y Sur empeoran

así con el tiempo. El resultado final es un desarrollo cada vez más desigual entre centro y periferia, y un endeudamiento de los países periféricos a las principales potencias.

A partir de los años 70, la tasa de ganancia desciende en los países centrales. Como consecuencia, la inversión tiende a abandonar el ámbito productivo para refugiarse en el re-distributivo. El neoliberalismo introduce un nuevo período de acumulación de capital basada en el reparto del mercado existente, pero esta vez a escala global.

Hasta fines de los años 90 el reparto del mercado mundial fue posible a favor de las transnacionales (y el capital financiero vinculado con las mismas) ubicadas en las principales potencias, y a costa del resto del mundo. Hacia fines de los años 90 las ventas de las transnacionales representaban 50 por ciento del Producto Mundial Bruto (PMB), contra 25 por ciento dos décadas antes. En dos décadas se agotó entonces la acumulación de capital a partir del reparto neoliberal del mundo. La era de fusiones, adquisiciones, privatizaciones, sustitución de mercados nacionales por transnacionales mediante el desmantelamiento de aranceles, etc., brinda cada vez menos beneficios. Con ello se agota el espacio para el reparto a partir de acuerdos mediante el consenso en los foros de las principales potencias: la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Grupo de los Siete (G-7), el FMI, el Banco Mundial, etcétera.

Cuando la acumulación de capital se agota por la vía del crecimiento, así como por un reparto estancado, las ganancias del capital transnacional y financiero tienden a la baja. Esta situación la hemos presenciado entre 2000 y 2001. Durante los años 90 las transnacionales se mostraron victoriosas en la conquista del mercado mundial. La consecuencia fue un alza marcada de la cotización de sus acciones en la bolsa de valores. A principios de este milenio se estancó el avance en el reparto del mundo y el crecimiento económico tendió a cero. El resultado fue una verdadera crisis bursátil. A partir de entonces, el re-reparto del mundo adquirió un carácter más bélico. Este episodio se anuncia a partir de los sucesos del 11 de septiembre de 2001. Estados Unidos invade sucesivamente a Afganistán e Irak. El segundo período de la administración Bush Jr. parece orientarse a proseguir la batalla por el mercado a favor de una nación «elegida». El reparto del mundo, con una ampliación de la guerra o sin ella, conduce de modo inevitable a una recesión económica global. Durante la rece-

sión global, el mercado internacional se contraerá. Ello significará un golpe especialmente duro para el capital transnacional. Este capital depende más que nada del mercado internacional. En una depresión económica se revelará, entonces, que ni el capital transnacional se salvará. Con la depresión, las grandes transnacionales entrarán en una crisis económica profunda. En este entorno se deslegitimará el control de estas empresas. Los intereses privados llevados al extremo y a costa de todos los demás criterios, conducirán a su ilegitimación colectiva. Las grandes burocracias transnacionales que operan en el mercado como Estados privados, sin respetar ni ciudadanos ni fronteras, perderán toda legitimidad en medio de la bancarrota. Así como a partir de la crisis de los años treinta tuvo que intervenir el Estado en muchos monopolios nacionales en ruinas (el ferrocarril, el correo, el teléfono, el agua, y hasta la banca en América Latina), así también habrá presiones y demandas ciudadanas para una intervención directa en las empresas transnacionales.

La insoportable vulnerabilidad de las inmensas mayorías de la ciudadanía mundial conduce a este cuestionamiento y esa interpelación. En medio de mucho dolor experimentado y cada vez más generalizado, aumenta la sensación de vulnerabilidad a niveles intolerables. A partir de este grito de dolor generalizado nace la conciencia de que nadie se siente a salvo en este mundo neoliberal. La ética neoliberal de «sálvese quien pueda» manifiesta no poder salvar a nadie. La ética solidaria tiende a ser la única respuesta posible. Es en medio del dolor que surge la posibilidad y la necesidad de construir una sociedad alternativa en la que el ser humano coexista y viva como sujeto solidario. Surge la posibilidad y necesidad de construir como sujeto solidario un futuro común y en armonía con la naturaleza.

La emancipación de la humanidad como oportunidad y necesidad

A partir de la crisis global surge la conciencia de que el ser humano no es primero un individuo y luego, a partir de sus relaciones mercantiles, un ser social. En medio de la crisis, el ser humano es ante todo un ser social. Se revela ante las grandes penurias como un ser corpóreo concreto,

necesitado, que vive en sociedad antes de poder realizarse como persona. Esta es la verdadera emancipación postmoderna. El término «emancipación» se refiere a la superación de un tipo de discriminación que quedó manifiesto dentro de la igualdad contractual. Es la emancipación como liberación frente a la igualdad contractual que explota y excluye. La utopía no denota una igualdad abstracta de individuos ante la ley, el dinero o el Estado. La utopía es más bien la emancipación o superación del ser humano como individuo, respecto a la igualdad abstracta y como tal. Es una emancipación que declara que el ser humano no es un individuo, sino ante todo un ser social, un ser corpóreo concreto que vive en sociedad[5].

Las luchas de emancipación durante el capitalismo, hasta la fecha, han significado luchas por la igualdad contractual y lucha por oportunidades iguales para ser contratados. En la medida en que se generalizan las relaciones asalariadas, las relaciones contractuales abarcan cada vez más el espacio público. Surgen derechos económicos y sociales en torno a la estabilidad laboral, regulación de jornadas y salarios, educación, salud, pensiones, etc. Los derechos económicos y sociales se derivan, en otras palabras, de las relaciones contractuales en el mercado de trabajo. Toda exclusión de las relaciones del mercado de trabajo implica supresión del derecho a esos beneficios económicos y sociales. La emancipación (como la emancipación femenina o racial) se manifiesta como lucha por la igualdad de oportunidades de trabajo y una lucha por iguales derechos económicos y sociales a partir de los contratos de trabajo. Otro paso en el proceso de emancipación, sin embargo, es descubrir que en el interior de la igualdad contractual reaparece la dominación. Esta dominación se suponía abolida con la emancipación contractual.

Se revela entonces una dominación que brota desde adentro de la igualdad contractual. Su revelación es más clara cuando, contradictoriamente, se excluye a grandes mayorías de todo tipo de contrato. Los excluidos pierden derechos económicos y sociales. Con la exclusión progresiva, también los incluidos pierden derechos económicos y sociales. Al ser más reemplazables en su puesto de trabajo, la contratación de la fuerza de trabajo no demanda el mismo grado de conservación para el capital. El reemplazo resulta más barato que la conservación de la fuerza de trabajo. Para el capital no tiene sentido formar ni conservar aquella fuerza de trabajo que jamás se relacionará con el mercado. La exclusión pro-

gresiva hace aumentar tanto los niveles de vulnerabilidad de los excluidos, como los de los incluidos.

Desde la óptica del capitalismo neoliberal, los excluidos sin perspectiva alguna de ser incorporados al mercado de trabajo ni a corto ni a largo plazo, son población sobrante. Esta población no sólo se ve privada de los derechos económicos y sociales, sino que pierde, incluso, el derecho a la vida. En el mercado totalizado la exclusión progresiva conlleva como tendencia la eliminación metódica. Ante esta amenaza surge la resistencia y aparece un sujeto que dejó de ser individuo. Como sujeto excluido no logra socializarse a través del mercado. A partir de la exclusión surge un sujeto solidario que tiende a organizarse. Es la emancipación como liberación frente a la igualdad contractual.

La emancipación humana como utopía no puede ser impuesta[6]. La utopía significa lograr la subjetivación mediante la autorrealización de las mayorías. Ello implica, por un lado, que el ser humano concreto reciba, en principio, de acuerdo con sus necesidades, y que pueda autorrealizarse lo más plenamente posible. Por otro lado, se espera que cada ser humano como ente comunitario contribuya a la sociedad como un todo, de acuerdo con su capacidad adquirida en sociedad. Este resultado obviamente no se da a priori, sino supone la mediación e interpelación permanente entre el interés particular y el interés general para todos. Punto de partida es la autorrealización, es decir, llegar a ser sujeto pleno. La autorrealización solamente es posible en el otro y junto a él. Para llegar a esta conciencia es necesario un proceso doloroso donde el cálculo de utilidad totalizado entra en conflicto absoluto con el bien común. El cálculo de utilidad y la utilidad para todos, es decir, el bien común que sobrepasa este cálculo de utilidad, no se pueden sustituir el uno por el otro.

La utilidad para todos es la utilidad que está en la afirmación del otro —la conciencia de que, en última instancia, el otro es la humanidad y el cosmos— del cual soy parte al ser yo en el otro y el otro en mí. Al afirmar yo dicha relación, me autorrealizo. Si nos dejamos llevar por las coordenadas de los intereses directos según un principio de inercia calculada, caemos en el cálculo metódico de utilidad propia de la economía de mercado. Sin embargo, tampoco podemos negar la presencia del cálculo de utilidad. Prescindir de esta relación y definir el interés de todos a partir de la planificación centralizada, sin interpelación de los intereses

particulares, no permite la autorrealización ni puede conducir al bien común. El punto de partida de la autorrealización no deja de ser egocéntrico. No puede partir de la totalidad, aunque tiene que llegar a la totalidad. Una economía alternativa en función de la vida tiene como punto de partida la particularidad y la localidad, y no puede partir de la totalidad como hace la planificación central. Al chocar el interés particular o local con los intereses a un nivel más general, hay una contradicción. Estas contradicciones entre intereses calculados y los intereses del bien común son inevitables y tienen que ser resueltas en forma constante[7].

Para que una persona pueda autorrealizarse como tal, se requiere una separación entre el contrato de trabajo y el ingreso. Los contratos de trabajo están orientados a remunerar exclusivamente a aquellas personas vinculadas con el mercado. Cuanto mejor vínculo tengo con el mercado, más derechos económicos y sociales obtengo y más ciudadanía tengo. Cuanto más alejado me encuentro del mercado, menos derechos adquiero y más frágil es mi ciudadanía. Las líneas de exclusión a los contratos de trabajo son múltiples. Mientras los jóvenes no tengan vínculo con el mercado no cuentan para el mercado. Los jóvenes no tienen, por sí mismos, derechos económicos y sociales, es decir, por sí solos no tienen ciudadanía. Ante el mercado son ciudadanos potenciales ya que tienen una relación contractual potencial con el mercado.

En términos de los contratos de trabajo, los jóvenes por sí solos no tienen derechos económicos y sociales, sino sólo adquieren derechos económicos y sociales a través de terceros en tanto y en la medida en que éstos sí se vinculen contractualmente con ese mercado. A raíz de ello se desarrolla y reproduce el carácter adultocéntrico de nuestras sociedades basadas en la economía de mercado. En una economía de mercado totalizado la exclusión es progresiva, y muchos jóvenes no sólo no tienen perspectiva de trabajo hoy, tampoco la tendrán mañana cuando sean adultos. En otras palabras, son nadie. Lo anterior explica, por ejemplo, el desarrollo de las bandas juveniles organizadas en América Latina.

Dentro de la óptica del mercado, toda persona que trabaja en oficios domésticos se encuentra apartada de los contratos laborales. Esta persona no tiene vínculo contractual directo con el mercado, y por ello no tiene por sí sola derechos económicos y sociales. Sus eventuales derechos económicos y sociales dependen de la eventual relación contractual de ter-

ceras personas con ese mercado. Estas personas no tienen ciudadanía por su propia inserción en la sociedad. La lucha por la igualdad de oportunidades de trabajo es una lucha por los mismos derechos económicos y sociales, es una lucha por la igualdad ante las posibilidades en el mercado de trabajo, sin cuestionar aún la explotación que implica una eventual igualdad en las oportunidades y condiciones de trabajo.

Mientras más difícil sea el acceso al mercado (por ser jóvenes, mujeres, ancianos, personas no calificadas, indígenas, etc.), menos derechos económicos y sociales se obtienen y menos ciudadanía se adquiere. Cuantas más líneas de exclusión se juntan en una sola persona, más frágiles su vínculo con el mercado y más frágil su ciudadanía. Una ciudadanía más plena sólo se obtiene a partir de mejores contratos de trabajo. Si hay cada vez más oportunidades de trabajo, habrá una tendencia a la inclusión. La expansión de la relación salarial no sólo genera más empleo, significa también que genera empleos más estables, mejor remunerados, con seguridad social, etc., es decir, genera ciudadanía. Sin embargo, si la sociedad muestra un descenso en las oportunidades de trabajo, como es el caso durante el neoliberalismo, hay cada vez más exclusión, menos estabilidad laboral, y pérdida de derechos económicos y sociales. La pérdida de ciudadanía puede implicar hasta la pérdida del derecho a la vida misma.

Como ya analizamos, para una economía de mercado totalizado, aquel trabajo que esté en función de la vida misma, pero sin contrato ni remuneración, aparece como un trabajo improductivo. En una economía de mercado, no se deriva ningún derecho económico y social, ni el derecho a la vida, a partir de un trabajo que no sea para el mercado, sino en función de la vida propia, como es el caso de las comunidades indígenas. En una economía de mercado totalizado, toda gente sin relación con el mercado, que ocupa tierras para trabajar en función de su vida, es gente no sólo excluida, sino gente que estorba y, llevándolo a un límite extremo, es gente que puede ser eliminada sin pérdida alguna para la economía de mercado. La economía de mercado totalizado, en vez de orientarse en función de la vida, la sacrifica metódicamente en beneficio de la acumulación perpetua de dinero.

En una economía alternativa es necesario romper el vínculo entre el ingreso y la relación de la persona con el mercado. La diferencia entre el actual trabajo pagado y el no pagado se borrará. Sólo así se pueden

definir las verdaderas prioridades por su contenido y ya no exclusivamente por la forma. Desaparecerá la discriminación entre el trabajo actualmente pagado y el no pagado, entre el trabajo en el hogar o para la comunidad, por un lado, y el trabajo para una empresa, por el otro. Con la introducción de un ingreso ciudadano, la noción del pleno empleo pierde su significado ya que deja de ser el garante de vida. Los derechos y deberes de los ciudadanos ya no se derivan de contratos privados en el mercado. Los derechos económicos y sociales ya no se derivan de contratos de trabajo con una empresa, sino que estarán en función de las obligaciones que tenemos con nuestra comunidad. Mis derechos económicos y sociales como ciudadano ya no dependen de mi vinculación con el mercado, sino de mi vínculo con la comunidad. Ciudadanía significa a su vez la obligación de mi comunidad con las otras, y de éstas hacia la mía, en función de un bien común cada vez más general.

Tratar de definir el bien común a partir de la planificación centralizada significa partir de la totalidad, subordinando toda particularidad. De esta forma, se pasa por alto a la ciudadanía para identificar los intereses locales y particulares. El resultado obtenido, inevitablemente, tendrá muchas contradicciones con los intereses locales y particulares. Su resultado, entonces, no puede identificarse como bien común. La definición del bien común no puede pasar por alto la interpelación estructural de la ciudadanía. La dinámica de dicha interpelación, en principio, parte de los intereses particulares y locales. Es el nivel básico de arranque para toda interpelación. Los intereses comunes de una comunidad, sin embargo, son intereses particulares en un contexto más amplio.

Pasar por el segundo y sucesivo nivel de interpelación implica llegar, a través de un radical proceso democrático participativo, a resolver los conflictos de intereses permanentes entre lo particular de una comunidad y el interés a un nivel más general. Puede llegarse a decidir, a partir de lo particular, que se requiere una planificación más centralizada para velar por el interés general, y puede llegarse a realizar contratos para proyectos colectivos en beneficio de todos. Esta decisión parte de lo particular y, para que atienda lo particular adecuadamente, demanda auditoría permanente desde lo particular. El bien común así se define a partir de una interpelación permanente y de manera participativa. Sólo sobre esta base es posible construir un sujeto pleno con ciudadanía plena.

La discusión de fondo del ingreso ciudadano no es tanto su factibilidad, sino el cambio de racionalidad económica que supone. Lo anterior no elimina la discusión en torno a la factibilidad financiera del ingreso ciudadano. Ésta depende, evidentemente, de lo que se entiende por ingreso suficiente para adquirir los productos y servicios necesarios. Este tema está muy vinculado con la redistribución radical del ingreso a escala nacional y mundial. La discusión está relacionada, a la vez, con la distribución entre tiempo pagado y tiempo no pagado. Mientras estas cadenas no se rompan, el factor de integración social seguirá siendo el contrato de trabajo. Los derechos económicos y sociales, o sea, la ciudadanía, seguirán dependiendo de la vinculación de cada cual con el mercado, sea en forma directa o indirecta. La cantidad y calidad del tiempo libre seguirán supeditadas a la cantidad y calidad del tiempo dedicado al trabajo pagado y no a la inversa. Estas cadenas no brindan posibilidades de orientar la economía en función de la vida, ni de disfrutar la vida misma en forma más plena, ni brindará mayores opciones de desarrollo personal.

La incorporación generalizada de las mujeres al mercado de trabajo surgió bajo el keynesianismo al escasear la mano de obra masculina. En la era keynesiana disminuyó (en las principales potencias) la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Al incorporarse masivamente las mujeres, emerge la necesidad de cubrir cada vez más actividades reproductivas de la vida. A partir de ello surgió una dependencia menos directa de los contratos de trabajo. Desde 1948 las prestaciones sociales crecieron sin cesar, alcanzando hacia finales del siglo XX una proporción significativa del PIB. Cuando la casi totalidad de la población se vincula con el mercado, una fracción creciente del ingreso hogareño promedio en esas naciones se obtiene con aparente independencia del contrato de trabajo. Las prestaciones sociales, sin embargo, son derechos obtenidos a partir de una vinculación pasada o futura con ese mercado de trabajo. Todo eso funcionaba mientras la casi totalidad de la población activa se vinculaba con el mercado de trabajo. La situación inversa se da con el neoliberalismo al obtenerse menores oportunidades de trabajo. Es en este período que comienza el desmantelamiento paulatino del Estado de Bienestar.

La subordinación de la forma al contenido

Una economía alternativa en función de la vida misma no sólo requiere una nueva vinculación de la economía por contenido y forma, sino también la supeditación de la economía formal a la sustantiva. En esta mirada bifocal, la brújula que orienta la política económica tiene el Norte en la reproducción de la vida y no más en la reproducción del dinero como capital. Este punto de vista implica reenfocar las políticas desde la óptica de la reproducción de la vida concreta, en lugar de dejarse orientar por la reproducción del dinero como capital.

Como ya hemos visto, la riqueza social, a partir de las relaciones monetarias, se limita a una sola dimensión: la riqueza contable generada año tras año. Todo lo que no es cuantificable en dinero no cuenta. Todo lo que es riqueza ya existente deja de ser relevante. Lo que es relevante es crear riqueza nueva en forma de dinero de manera perpetua. De este modo, la riqueza presente ha de desaparecer a velocidad creciente para poder crear riqueza nueva, siempre y cuando ésta sea portadora de valor y plusvalía. Sólo al acortar la vida de todo lo que nos rodea es posible aumentar la riqueza bajo forma monetaria. El contenido se subordina así a la forma. La destrucción de riqueza por su contenido permite generar riqueza bajo la forma de dinero. Es una destrucción creativa perpetua y cada vez más acelerada. La ridícula presuposición es que la destrucción perpetua y cada vez más acelerada genera crecimiento en términos monetarios y por ello bienestar.

La economía alternativa funciona con otros lentes. Ella parte del contenido del proceso de reproducción. Desde la óptica del contenido, la naturaleza es riqueza. En función de la vida los seres humanos realizan mucho trabajo (el doméstico, el voluntario, el pastoral, etc.) que genera riqueza. Aunque esta riqueza no adquiere expresión monetaria, se trata de riqueza vista según su contenido. La conservación de la riqueza existente está en aumentar el stock presente de riqueza vista según el contenido. La riqueza mejor conservada permite que los valores de uso conservados nos rodeen durante más tiempo. Con ello aumenta el *stock* de riqueza presente. La mejor conservación o cuidado de las cosas que nos rodean no genera riqueza nueva, sino permite que la riqueza presente permanezca.

Para una economía de mercado totalizado, cuidar nuestro medio y todo lo que nos rodea no genera dinero, y si genera algo de dinero jamás se compara con el dinero creado con productos nuevos. Para la economía de mercado, la conservación de la riqueza natural o producida implica una pérdida de oportunidad de hacer más dinero. La economía del cuidado, en cambio, no enfoca el aumento de la riqueza en términos de dinero, sino en términos de valores de uso que estén en función de la vida misma. En una economía de mercado, el despilfarro de riqueza natural y producida permite volver a ganar dinero más rápidamente. Sacrificar la vida misma de la naturaleza y de todo lo que nos rodea, se transforma más bien en fuente de beneficio. Destruir y volver a destruir riqueza natural y producida, implica crear riqueza y más riqueza bajo la forma de dinero.

Conforme el dinero como capital se reproduce más rápidamente de lo que puede reproducirse la vida natural, el colapso en la reproducción natural es cuestión de tiempo. Con la amenaza creciente del colapso en la reproducción de la propia naturaleza, la vida humana está en juego. A partir de ahí se desarrolla el grito del sujeto y su resistencia. La conservación de la naturaleza se reivindica con claridad creciente como patrimonio común de la humanidad. Vista según el contenido, la acumulación del capital es considerada incompatible con una economía sostenible. El carácter sostenible de la acumulación de capital más bien depende del sacrificio de cada vez más vida natural y humana. Toda la vida se supedita a la propia acumulación de dinero. La economía alternativa sostenible supone y requiere una economía solidaria, es decir, solidaria no sólo con la naturaleza sino también con las generaciones futuras. Una economía solidaria no toma una hipoteca sobre el futuro de la vida natural y humana con la única finalidad de acumular más dinero en el corto plazo a costa de la vida de las generaciones presentes y futuras.

En una economía alternativa no se saca de la naturaleza más recursos de los que la naturaleza es capaz de reponer a largo plazo. De ahí viene el concepto de «crecimiento cero» del Club de Roma a principios de los años 70. Su enfoque responde a los años 70, período básicamente malthusiano que propagaba el control natal en el Sur para evitar los desequilibrios señalados, cuando en realidad los desequilibrios son generados por el 20 por ciento más rico de la población mundial, que consume 80 por ciento de todo lo que se consume en el mundo.

En una economía alternativa, la velocidad de la reproducción material de la economía tiene que disminuir básicamente en el Norte para ajustarse a la velocidad de la reproducción de la propia naturaleza. El consumo de los recursos naturales renovables, en otras palabras, no puede ir más de prisa de lo que la naturaleza es capaz de reponerlos. El consumo de recursos no renovables (como las tierras húmedas, las tierras agrícolas y los minerales, incluyendo el petróleo) muestra un límite aún mucho más dramático[8]. El mismo agotamiento del petróleo hace disparar los precios y pone en peligro la propia racionalidad capitalista. Sin una mejor conservación de los recursos naturales, entonces, hasta la propia racionalidad capitalista se pone en peligro.

La biodiversidad se encuentra en el corazón mismo de una economía alternativa orientada hacia la regulación de la vida natural en armonía con la vida humana. La reforestación con bosques de monocultivo útiles para la explotación implica una pérdida de biodiversidad y no constituye una alternativa. No sólo sacrifica la diversidad forestal, sino sacrifica a la vez la flora y fauna que alberga. La pérdida de vida natural es pérdida de riqueza no sólo para las generaciones actuales, sino también para las próximas, y constituye, por lo tanto, una economía no solidaria. Esta pérdida de naturaleza no se contabiliza en una economía de mercado. Es más, tales pérdidas no pueden ser contabilizadas en términos de dinero. Si tuviéramos que dar un valor a los recursos no renovables, el exterminio de los mismos implicaría un costo infinito. El cuidado de la naturaleza y de nuestro medio ambiente no es un asunto monetario. El cuidado de la naturaleza es un valor cualitativo en la interpelación ciudadana por el bien común y no un asunto simple de contabilidad numérica. La forma ha de subordinarse al contenido, es decir, lo contable ha de subordinarse a la propia vida y no a la inversa.

Lo anterior implica que en una economía sustentable los recursos naturales han de ser al menos patrimonio común de los pueblos y a menudo, incluso, patrimonio común de toda la humanidad. La economía contable ha de subordinarse, entonces, a criterios no contables propios de la vida. Para lograr una economía sustentable es supuesto orientar la regulación económica hacia un equilibrio entre la velocidad de la reproducción material de la economía y la reproducción de la naturaleza. La generación de riqueza por su forma a costa del contenido, es decir, la acumula-

ción sostenida de capital, genera desequilibrios naturales cada vez mayores. El colapso de la naturaleza es cuestión de tiempo, de cada vez menos tiempo. Entonces también son más concretas las amenazas de toda la vida humana y natural. Para una economía alternativa y sostenible, el punto de partida es la conservación de la vida humana y natural y de todo lo que nos rodea a través del tiempo, es decir, es totalmente incompatible con la lógica del capital.

La generación y conservación de un óptimo estado de bienestar físico, mental y social, es decir, la salud, puede verse según su contenido y forma. La salud neoliberal consiste en curar enfermos que tienen capacidad de pago o fomentar la venta de drogas para acumular a las personas con capacidad adquisitiva. En la actual economía de mercado, apenas 1 por ciento de todos los medicamentos nuevos (generados durante el último cuarto del siglo pasado) atienden el tratamiento de las principales enfermedades de las poblaciones del Sur sin capacidad de pago. Durante el último medio siglo, la distancia entre la tasa de mortalidad infantil de los países con la tasa más alta y aquellos con la tasa más baja, aumentó de 13 a 42 veces[9]. La salud pública y preventiva no genera dinero, y es vista por la economía de mercado como un costo falso, ya que no permite una acumulación de capital.

La salud pública depende en buena medida de la salud del medio ambiente. Según la OMS, 33 por ciento de las enfermedades en el mundo son causadas por la degradación del medio ambiente. Prevenir sería menos costoso que curar; sin embargo, la prevención no estimula la acumulación y por tanto es considerada como improductiva para el capital. No hay salud de los seres humanos sin salud de la naturaleza, es decir, sin una adecuada conservación del medio ambiente natural[10]. Una posición antropocéntrica demanda conectar los ciclos de vida de la naturaleza en general con aquellos de la vida de la especie humana misma. El costo de la contaminación del agua y del aire a través de los años adquiere un carácter irreparable. Este daño no sólo contempla los efectos para las generaciones futuras de la especie humana, sino también aquellos causados a la propia naturaleza y así otra vez a la especie humana. El consumo de energía no renovable y el deterioro de la capa de ozono, a largo plazo, causan daños irreparables al medio ambiente. Son una amenaza para la vida en general. Este costo, al cuantificarlo dentro del

cálculo de la utilidad, sería incalculable ya que tiende al infinito. Un costo incalculable trasciende el ámbito cuantitativo y requiere subordinar la forma al contenido.

CRECIMIENTO NEGATIVO: BASE PARA UN MAYOR BIENESTAR GENUINO

La acumulación de capital ha implicado que la vida media de los medios de producción y de los bienes de consumo duradero se haya acortado sin cesar. Comparándolo con la larga vida de que gozaban los productos materiales hasta la crisis de los años 30, la vida media de la producción material actual se acerca cada vez más a cero. Es una economía de derroche y de despilfarro, donde existe un menosprecio por la vida misma de las cosas producidas, así como por la naturaleza. En una economía de mercado totalizado, el crecimiento económico se mide por la creación de la riqueza como dinero, a costa de una vida media cada vez más corta de las cosas producidas, y a costa de la vida actual y futura de la propia naturaleza.

El desarrollo en la economía de mercado se mide a partir de la acumulación de dinero y, si para ello precisa acortar la vida misma de la riqueza material en general y de la naturaleza en particular, la vida de todo lo que nos rodea se sacrifica. Es la llamada «creación destructiva». El complejo industrial militar representa la máxima expresión de dicha racionalidad destructiva. La función única que tiene el equipo militar es destruir vida material, natural y humana. El gasto militar, además, constituye un costo falso. Cuando no se utilizan los productos bélicos, éstos no se vinculan con el proceso de reproducción en el ciclo económico siguiente. El no uso de estos productos, en otras palabras, resta fuerza a la creación de riqueza en un ciclo económico siguiente. El material bélico sin uso no aumenta, directa ni indirectamente, el crecimiento económico durante el ciclo económico posterior. Si, para colmo, su uso es la destrucción material, de vida humana y natural, ello conduce a la contracción económica.

El desarrollo del complejo industrial militar en un país determinado suele pagarse mediante la redistribución del ingreso nacional a partir de impuestos. Cuanto más elevado el gasto militar, más fuerza pierde la economía civil. Para evitar una contracción económica es preciso producir, al

menos una parte del producto final, para el mercado externo. Al exportar los productos bélicos, el país productor transfiere (al menos en parte) su gasto improductivo a terceras naciones. La demanda de productos militares se fomenta básicamente a partir de las (amenazas de) guerras. Mientras sean terceros países los que paguen las armas, las mismas se transforman en fuente de beneficio para el capital en el país productor. El costo improductivo se transfiere a terceras naciones, así como se transfiere la destrucción de vida natural, material y humana.

Una economía alternativa en función de la vida misma se orienta por el contenido de la riqueza material y no por la riqueza por su forma, o sea, como dinero. Lo que importa, entonces, es conservar la riqueza presente y no estimular la riqueza perecedera. La riqueza existente bien conservada es el criterio de bienestar y no la riqueza en dinero producida gracias a la reducción de la vida de toda la riqueza natural y material que nos rodea. A partir de una racionalidad en función de la vida, entonces, se subraya la calidad de las cosas producidas, o sea, su valor de uso, y se torna secundario su valor en dinero. El valor de cambio de las cosas, es decir, la forma, se supedita al valor de uso, es decir, su contenido. Esta propuesta alternativa al neoliberalismo se torna realista apenas en la medida en que el acortamiento de la vida de todo lo que nos rodea genera una contradicción insoluble de la propia racionalidad capitalista. Un cambio de racionalidad no se da, en otras palabras, a partir de ideas sensatas. El cambio se da a partir de las propias contradicciones del sistema y los intentos infructuosos de solucionarlas. Para poder cambiar la racionalidad económica se requiere, en otras palabras, que esta racionalidad se agote.

La permanente lucha por la competencia implica poder disponer de la tecnología más avanzada. Cuanto más rápidamente se deprecia la tecnología empleada, más rápidamente la empresa tendrá acceso a la nueva tecnología de punta. Ahora bien, al acortar la vida media de la tecnología, aumenta el costo de innovación tecnológica. Con la nueva tecnología introducida baja el costo de mano de obra, aumenta la productividad del trabajo. Mientras el aumento en el costo de la innovación tecnológica sea inferior a la baja en el costo de los salarios que con la nueva tecnología se logra efectuar, aumenta la tasa de ganancia. Al acortar la vida media de la tecnología a límites lindando con cero (el caso del *software* por

ejemplo), el aumento en el costo de innovación tiende al infinito. La reducción en el costo de los salarios no tiene la misma elasticidad.

Conforme la vida media de la tecnología se acerca a cero, la productividad del trabajo tiende a bajar. Bajo la racionalidad económica existente, las fuerzas productivas no pueden desarrollarse más. El resultado es una baja estructural en la tasa de beneficio. La alternativa es aumentar la vida media de la tecnología. Con ello bajaría el volumen de ventas en el sector de medios de producción. Al bajar el volumen de ventas se reduce la masa de ganancia, y con ello la tasa de ganancia. El capital, en tal caso, abandonará este sector productivo. La sociedad capitalista ha llegado al momento histórico en que es imposible volver a vincular, de forma rentable, la inversión con la producción. En otras palabras, bajo la racionalidad económica y las relaciones sociales de producción existentes, ya no es posible un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta contradicción se tornará realmente visible en el frustrado proceso de solucionarla. El reparto del mercado mundial existente es una forma temporal de realzar la tasa de ganancia de las empresas transnacionales y del capital financiero que se vincula con ellas. Tarde o temprano, sin embargo, el mercado mundial se encontrará repartido y se hará aún más patente la contradicción. La fuga del gran capital en las patentes, en particular, y en los derechos de propiedad intelectual, en general, refleja la necesidad de prolongar la vida media de la tecnología. El capital tiende a retirarse del ámbito productivo para vivir de la renta, ya no por su monopolio sobre la tierra como en tiempos de los señores feudales, sino sobre el conocimiento. Esta nueva clase de rentistas que ya se vislumbra hoy en día tiende a desvincularse paulatinamente del ámbito productivo. A partir de entonces vivirá cada vez más de la renta y a expensas de la producción. Esta producción más bien tiende a trasladarse hacia la periferia, donde los ingresos suelen ser más bajos.

A la larga, no hay otra salida que aumentar la vida media de los productos en general y de la tecnología en particular. Si la vida media de los productos se duplicara, por ejemplo, bajaría la demanda efectiva de los productos industriales a la mitad, y bajaría el ingreso nacional y el empleo. Estamos ante un proceso de desacumulación que dejaría fuera a la clase capitalista y rentista, que vive exclusivamente de dinero y en función del dinero. Al duplicar la vida media de los productos industriales en

el Norte, sin embargo, no disminuye el bienestar genuino. Significaría que con la mitad del ingreso y la mitad del trabajo se pueden tener los mismos productos, pero más duraderos. De esta forma habrá más tiempo libre para realizarse como persona. Esta tendencia se acentúa aún más si se deja de consumir lo superfluo y se definen las necesidades desde la propia población, en función de la vida misma. En el Norte, habrá una masa de dinero que no guardará proporción frente al producto anualmente generado. Ante una disminución a la mitad del producto nacional expresado en dinero, la nación en cuestión podrá prescindir de la mitad del dinero.

Como ya abordamos en otras ocasiones, para que el dinero sobrante en el Norte no pierda su capacidad adquisitiva futura, requiere afluir hacia el Sur, donde existe la única oportunidad de valorarse al poder relacionarse todavía con el ámbito productivo. Al generarse más riqueza real en el Sur, el dinero que se transfiere de Norte a Sur mantendrá su valor. Si el crecimiento económico negativo en dinero en el Norte se ve compensado con un crecimiento económico positivo y proporcional en el Sur, el dinero del Norte transferido al Sur no perderá valor. Habrá, en otras palabras, crecimiento cero a nivel mundial. Si el crecimiento económico negativo en el Norte es más acelerado que el crecimiento económico positivo en el Sur, habrá, en términos de dinero, crecimiento negativo a nivel mundial.

El crecimiento negativo a nivel mundial permite que el ritmo de reproducción material global pierda velocidad. Esta tendencia permite que la velocidad de reproducción material pierda dinamismo y pueda acercarse, paulatinamente, a la velocidad de reproducción de la naturaleza. La transferencia de dinero del Norte hacia el Sur se torna interés propio del Norte ya que evita su desvalorización. Mientras más velozmente se alarga la vida media de la riqueza en el Norte, no sólo es posible un desarrollo más veloz en el Sur, sino también un mejor equilibrio entre la vida humana y la vida natural.

Con una tasa de crecimiento cero a nivel mundial es posible concebir una tasa de interés cero, y con un crecimiento negativo de la economía en el Norte es posible que los intereses de Norte a Sur se tornen negativos también. ¡Te debo porque no te di lo suficiente! Poder vivir de la renta y de la acumulación, a partir de entonces, será cosa imposible. Con

un crecimiento global negativo no sólo los intereses se tornan negativos, sino también la renta. La renta en dinero de un monopolio sobre el conocimiento a partir de patentes dará frutos negativos. La burguesía como burguesía rentista desaparece. Un monopolio sobre el conocimiento como fuente de ingreso monetario pierde toda utilidad cuando las utilidades en dinero se tornan negativas. El conocimiento, a partir de entonces, puede tornarse patrimonio común de la humanidad. El interés común se sobrepone al interés privado y no a la inversa. Estamos ante una emancipación humana. La racionalidad moderna llegó a su fin.

Camino a la equidad: La economía de lo suficiente y de lo necesario

La racionalidad de la vida plena podríamos indicarla por medio de una cadena orientada hacia la reproducción de la «vida-generación de productos y servicios-vida más plena» en franca contradicción con la otra racionalidad, que enfoca la lógica reproductiva del capital mediante la cadena «dinero-mercancías y servicios monetizados-más dinero». La actual economía de mercado contabiliza la riqueza monetaria (per cápita) como sinónimo de nivel de vida, y el crecimiento económico de la economía de mercado, como motor para mejorar, supuestamente, ese nivel de vida. La introducción del término «desarrollo sostenible» no ha sido acogida tanto por la preocupación por el ambiente (que puede haber sido el origen del concepto), sino porque contribuye a perpetuar la racionalidad existente. De nuevo observamos aquí la inversión medio-fin. El valor cuantitativo del instrumento expresaría el bienestar de los pueblos, sin preocuparse siquiera de la distribución de su resultado.

La riqueza en una economía de mercado se contabiliza exclusivamente a partir de productos y servicios que se expresan en dinero. Al acortar la vida técnica media de los productos, o al introducir modas, se repite con rapidez creciente el proceso de producción de valores portadores de ganancias. Por la forma, la acumulación de capital se perpetúa, mientras, por su contenido, se sacrifica de manera más integral riqueza natural y se destina una mayor proporción de trabajo pagado a la repetición de crear productos y servicios menos duraderos. La riqueza creada según su con-

tenido permanece menos tiempo bajo el sol a fin de poder acumular dinero con velocidad creciente. Así, la generación de riqueza por su forma se perpetúa sacrificando con velocidad siempre mayor la riqueza natural y la producida según su contenido.

La riqueza por su contenido puede ser liberadora en vista de que permite el desarrollo del tiempo libre. La perpetuación de la creación de riqueza por su forma, sacrifica riqueza por su contenido y esclaviza en forma perpetua a la población incluida en la relación salarial. Esclaviza a los incluidos, y deja a la vez sin opciones a los excluidos. De modo que este concepto de riqueza por su forma aleja a toda la población de la plenitud de la vida, en vez de acercarla a ella. Luego, la productividad general del trabajo, que por un lado incrementó el tiempo libre, se pierde al tener que volver a hacer el casi mismo producto. No se libera ni el incluido.

Por otro lado, la racionalidad capitalista, el valor de uso o la utilidad de las cosas se comprueban en el mercado. Un producto o servicio vendido significa una utilidad comprobada. Los gastos de realización a través de la publicidad para seducir a los consumidores, aparecen como gastos productivos para el capital individual, aunque a nivel de la totalidad son meros costos falsos que no incrementan la riqueza. El comprar por comprar o el «fun-shopping» no hacen más que armar a la población incluida en las cadenas del trabajo pagado[11]. El grado de libertad individual se reduce en buena medida a la cantidad de opciones de las personas como consumidores. El tiempo libre se transforma, así, en una actividad de consumo y más consumo de bienes y servicios inducidos. Este tiempo libre no es liberador, sino que se transforma en otra actividad enajenante orientada a la reproducción del capital, a partir del consumo a costa de una vida más plena.

Una economía alternativa ha de invertir esta lógica hacia la calidad y durabilidad de los productos. Una mayor durabilidad y una mejor calidad de los productos permitirían un mayor tiempo libre de los incluidos y la simultánea inclusión de los excluidos. Esta definición de preferencias y opciones no puede dejarse en manos de una economía de mercado ni en una planificada centralmente, sino que supone y requiere una participación ciudadana y democrática bastante descentralizada. La tendencia será entonces hacia un menor consumismo con mayor bienestar en el Norte, y un simultáneo proceso de inclusión en el Sur, no sólo por la

mayor durabilidad de los productos, sino también por una mejor definición de las necesidades en la vida misma, a costa del «comprar por comprar». El valor de uso de las cosas comenzará a regir más como indicador de bienestar, y el valor de cambio perderá significado. El concepto de ingreso ciudadano necesario adquiere de esta manera un contenido cualitativo más acorde con la plenitud de la vida.

La socialización del conocimiento a nivel mundial

En la medida en que la competitividad se ve restringida por los límites que existen a la capacidad de sustitución de la tecnología en razón de su creciente costo, el cual da al traste con todos los avances en la productividad, tiende a bajar la tasa de beneficio en los sectores productivos. Pero antes de renunciar a su propia racionalidad, que sería lo lógico desde la óptica del bien común, el capital, en función del interés privado, hará lo imposible para evitar abandonar su racionalidad.

Una salida temporal para que el capital pueda mantener sus inversiones dentro del sector productivo consiste en la socialización del costo de la innovación tecnológica y la apropiación privada de las ganancias vía patentes cada vez más reguladas y ampliadas. Sin embargo, la socialización de los costos de esa innovación mediante subsidios crecientes, pagados a su vez mediante la imposición de impuestos a la ciudadanía, apuntará esencialmente a la necesidad de socializar sus beneficios. Las denuncias en el plano internacional en torno a que las transnacionales farmacéuticas impiden por medio de patentes desarrollar medicamentos genéricos para combatir el sida y ciertas enfermedades epidémicas, es un ejemplo elocuente de eso, aunque no el único.

Ahora bien, una socialización ascendente de los costos de la innovación tecnológica, acompañada de una tasa de beneficio en descenso a pesar de la política de patentes, es señal de que la eficiencia económica a partir del interés privado no será la solución y reclama, al menos implícitamente, una regulación económica a partir del bien común. Una racionalidad postcapitalista tendría también una política de socialización, no tanto del costo sino de los conocimientos, que permitiría nivelar el desarrollo desigual entre el Norte y el Sur a una velocidad jamás vista en la historia, y

conseguiría cerrar las brechas económicas existentes entre los países centrales y los periféricos. Esta regulación económica requeriría una intervención a escala mundial e impulsaría más que nunca la inversión productiva en la periferia.

La redistribución del ingreso a nivel mundial

La racionalidad económica existente se encuentra cada vez más a la defensiva, no obstante, solo dará el paso a la transición cuando no tenga otra salida. La repartición del mercado mundial entre empresas transnacionales, y la inversión que implica, no fomenta el crecimiento. La tendencia hacia la privatización de empresas estatales no representa otro fenómeno que el acaparamiento de mercados ya existentes. No se trata de nuevas inversiones con vistas al crecimiento económico. La carrera de fusiones y adquisiciones es otro eje del mismo fenómeno de concentración, del capital en cada vez menos manos. Este modelo de acumulación apunta a la obtención de ganancias sobre la base de la concentración del ingreso mundial, aunque sin fomentar su crecimiento. Se trata de un modelo expresamente excluyente. Cada fusión, adquisición o privatización implica recortes de personal. Los ingresos y las ganancias de las transnacionales crecen en la medida en que progresa su participación en el PMB, pero sin que crezca su demanda en el mercado laboral. Lo anterior desemboca en una mayor flexibilidad del mercado de trabajo. En efecto, conforme aumenta la capacidad sustitutiva de la fuerza laboral, disminuyen los ingresos y la estabilidad de los trabajadores, y en consecuencia se deterioran sus derechos económicos y sociales. Una concentración siempre más acentuada de los ingresos y un simultáneo desmantelamiento del Estado Benefactor es el resultado.

El neoliberalismo se percibe por ende como un modelo de acumulación con pérdida ciudadana, pero rápida recuperación de la ganancia de las transnacionales. Éstas aparecen como las únicas ganadoras. Sobre esta base se realiza la especulación en la bolsa de valores. La forma ahora de obtener ganancias es apostar a la participación en las ganancias a futuro de las empresas transnacionales. Ya no se toma crédito para invertir en la esfera productiva, sino que se tiende a hacerlo para invertir en la bolsa.

La riqueza esperada a futuro se transforma, entonces, en objeto de especulación. Así, pues, el neoliberalismo desemboca en una economía de casino. La inversión a futuro se aparta de la creación de riqueza, para apuntar a la concentración de la misma en cada vez menos manos. El crédito que se destina a este juego compromete el futuro, puesto que no se produce nueva riqueza a pesar de que se eleve una deuda creciente. Este juego de casino no hace más que hipotecar el futuro. Cuando el pastel esté repartido y el crecimiento se reduzca a cero, las ganancias reales de las mismas transnacionales descenderán. Como resultado bajarán las expectativas futuras y se colapsará la bolsa. Habrá que volver a la pastelería.

A partir de lo anterior queda claro por qué el keynesianismo procuró ligar la inversión con la esfera productiva dentro de cada país, a la vez que estimuló la redistribución del ingreso. Sin embargo, hoy en día ya no hay márgenes para revincular la inversión con la esfera productiva, con una realza en la tasa de beneficios. Una alternativa postcapitalista ha de centrarse en la redistribución del ingreso, no únicamente en el plano nacional, sino sobre todo entre países. Esta alternativa ha de vincular otra vez la inversión a la esfera productiva. La diferencia básica con el keynesianismo consistiría en que no promoverá el crédito para acortar la vida de los productos y de la tecnología, sino que, como ya vimos, la prolongaría a fin de orientar las inversiones hacia las necesidades y los necesitados reales en el Sur.

NOTAS

1. François Houtart: «Alternativas posibles al capitalismo», en *Alternativas Sur*, Vol. 1 (2002), Nº 1, 2002, p. 26.
2. Franz Hinkelammert: *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, 2002, pp. 97 y 98.
3. Ibíd., p. 99.
4. Ibíd, pp. 97 y 99.
5. Werner Bonefeld: «Estado, revolución y autodeterminación», en Werner Bonefeld y Sergio Tischler: *A cien años del ¿Qué Hacer?*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2003, pp. 181 y 182.

6. Ibíd., p. 195.
7. Hinkelammert: ob. cit., pp. 365 y 368.
8. Mc Murtry: ob. cit., pp. 161 y 162.
9. Cetri: «Les obstacles à la santé pour tous»; en *Alternatives Sud*, Vol. 11-2004/2, pp. 9 y 10.
10. Ibíd.
11. Hamelink Cess: «Globalisering: de mondiale verzoeking van het funshoppen» tomado de Hobink Paul et al.: *Doorlopers en breuklijnen van globalisering, emancipatie en verzet*, Ed. Van Gorcum, Assen, Holanda, 2000.

CAPÍTULO V. ACTOR Y SUJETO EN LA TRANSICIÓN AL POSTCAPITALISMO

El movimiento social mundial a partir de la crisis del neoliberalismo

El movimiento social mundial por una alternativa al neoliberalismo, es decir, el llamado «movimiento altermundialista», nace y se desarrolla en medio de las contradicciones internas del gran capital en torno a la disputa por el reparto del mundo. El modelo neoliberal no apunta al crecimiento económico de la economía en su conjunto sino al reparto del mercado mundial a favor del capital transnacional. Las inversiones no apuntan, entonces, al crecimiento, sino al reparto del mercado existente mediante fusiones, adquisiciones, privatizaciones y la sustitución de mercados locales y nacionales por otros transnacionales. El crecimiento del capital transnacional por acaparamiento de mercados ya existentes se da a costa del crecimiento de la economía de mercado en su conjunto. El Consenso de Washington favoreció la distribución del mercado mundial a favor del capital transnacional y el financiero vinculado con el último. Este proceso ha tenido lugar a costa de los países del Sur. A partir de la década de los 90 también ha sido a costa del antiguo bloque soviético. Ante la caída del bloque soviético parecía que no había ninguna alternativa al neoliberalismo. Con mucha soberbia la elite en el poder celebró a principios de los años 90 el «Fin de la Historia». Se proclamaba que no había otra utopía que la opción única y totalitaria de un neoliberalismo para todos los tiempos. Durante la primera mitad de los años noventa no se vislumbraba ningún movimiento social más allá de la lucha particular y localizada. Era la época de poca esperanza.

Hacia fines de los años 90, sin embargo, el panorama ya cambia. El mercado mundial básicamente se encuentra repartido entre las principales

empresas transnacionales. Desde entonces una redistribución del mercado a favor de unas transnacionales se logra cada vez más exclusivamente a costa de otras. Con ello se acaba el Consenso de Washington, es decir, el neoliberalismo tiende a confrontar entre sí al propio capital transnacional y financiero. Esta disputa por la re-distribución del mercado existente entre grandes capitales se vislumbra desde finales de los años 90. Un primer choque de intereses entre las principales potencias se da en 1997. La crisis asiática y el manejo que le dan el FMI y el Banco Mundial a la misma, fue en beneficio de Estados Unidos. Huntington, al percibir que no hay lugar para Occidente y Oriente, plantea en estos años el carácter inevitable del choque de civilizaciones[1]. En un mundo donde no quepan todos los mundos, Occidente tendría más derechos que Oriente para defender su lugar en este mundo.

En 1998 se da una nueva confrontación de intereses, y esta vez incluso entre las propias potencias occidentales. En una reunión de la OCDE (que reúne 28 países industrializados) en torno al llamado Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), en París, se da otro conflicto de intereses entre las potencias occidentales. En 1999 durante la reunión de la OMC en Estados Unidos, los desacuerdos entre las potencias en torno al reparto del mercado mundial entre transnacionales de las diferentes potencias se hacen de nuevo evidentes. El modelo neoliberal, en otras palabras, conduce a conflictos cada vez más frecuentes y más directos entre los grandes capitales y las potencias que les representan. Este conflicto de intereses privados se traduce de forma cada vez más visible en una guerra económica entre los Estados-nación que representan al capital transnacional y financiero de las diferentes potencias.

Hacia fines de los años noventa, el libre juego de mercado predicado dogmáticamente mediante la ideología neoliberal muestra en la práctica un rostro cada vez más manifiestamente contradictorio. La libertad de mercado se predica para que la cumplan los «otros», es decir, que la respeten todos los otros excepto las propias transnacionales. Los gobiernos han de respetar y proteger los intereses de las transnacionales si son más débiles que la competencia. Sin embargo, frente a los más débiles tiene que regir el libre juego de mercado sin piedad aunque los aniquile. Todo producto o servicio en el mundo globalizado ha de transformarse en mercancía, y el mundo entero ha de abrir sus fronteras a las grandes transna-

cionales para que las mismas se apropien de sus mercados. Esta apertura es válida para el mundo entero, siempre y cuando no afecte de modo negativo a las propias transnacionales. Los países del Sur en general y de América Latina en particular, donde prácticamente no existen transnacionales, han tenido que abrir sus fronteras.

Con la creciente apertura, productos nacionales han sido sustituidos por otros transnacionales. El reemplazo de productos nacionales por otros transnacionales en los supermercados latinoamericanos es un fiel testimonio de ello. Los servicios públicos a menudo han sido privatizados por empresas transnacionales. Son inversiones privadas para acaparar un mercado con producto o servicio con clientela ya existentes. Son inversiones que no apuntan al crecimiento sino al acaparamiento de mercados existentes. Lo mismo sucede en el ámbito privado con las fusiones y adquisiciones de empresas ya existentes. Todas estas inversiones apuntan al reparto del mercado mundial ya existente, y no contribuyen a agrandar la economía existente, es decir, no fomentan el crecimiento. El capital financiero hace sus apuestas a estas inversiones ya que las ganancias parecen seguras y fabulosas. Se deja de invertir en la producción nacional. Esta política fomenta la concentración de mercados e ingresos en cada vez menos manos. Casi todo el comercio internacional se torna transnacional, y a menudo, incluso, un comercio al interior de las propias empresas transnacionales.

Cuanto más se apropian las transnacionales del mercado en el Sur, cada vez menos queda por repartir. El reparto del mundo, entonces, pierde ritmo y con ello las ganancias tienden a la baja. Con el reparto del mundo y el consecuente abandono relativo de las inversiones productivas, la acumulación a partir del crecimiento económico también pierde ritmo. La tasa de beneficio de las transnacionales, en otras palabras, depende de una mayor agresividad en el reparto del mercado mundial. En concreto, se requiere una apertura de los mercados entre las propias potencias. Dicha apertura, sin embargo, tiende a afectar los intereses de las mismas transnacionales en uno u otro bloque y en una u otra rama. El capital transnacional, sin embargo, no avala nada que haga «su Gobierno» que pueda ir en contra de sus intereses estratégicos. La confrontación entre los países del Norte por la apertura mutua de sus mercados propios es la consecuencia lógica. En los foros multilaterales predominan desde

entonces los desacuerdos entre los gobiernos de las principales potencias. La protección del mercado en el Norte en beneficio de sus transnacionales se hace visible y contrasta con la desregulación exigida en el Sur en beneficio de las mismas transnacionales. Esta política contradictoria, sin embargo, subvierte el credo neoliberal en general.

Los conflictos en los foros multilaterales (OMC, AMI) constituyen un alto político a la profundización en las políticas de desregulación. Desde entonces, se perfila un ámbito político a favor de la soberanía nacional que resulta beneficioso para las empresas transnacionales en las principales potencias. Esta posición contrasta con la política de desregulación aplicada sin consideración alguna a los países de la periferia. Las grandes potencias priorizan la soberanía a costa de la desregulación del mercado en su propia tierra cuando la apertura pone en peligro sus intereses estratégicos. Al mismo tiempo, las grandes potencias imponen, con toda la fuerza, las políticas de desregulación más allá de sus fronteras, en tanto que éstas reafirman sus intereses. La contradicción en la propia doctrina neoliberal se hace visible ante el mundo en la medida en que los desacuerdos entre las principales potencias se hacen más frecuentes que sus acuerdos en los foros multilaterales. Es precisamente esta visible contradicción la que subvierte el credo neoliberal y abre espacio político para que los movimientos sociales cuestionen la política neoliberal como tal.

Es en este entorno contradictorio donde nace, de forma casi simultánea, en todos los continentes el «movimiento altermundialista». En la nomenclatura de los principales medios de comunicación masiva se habla, con el afán de desacreditarlo, del movimiento antiglobalización. En los últimos años del siglo pasado, en el mundo entero se dan manifestaciones contra las instituciones multilaterales responsables de las políticas de exterminio metódico en el Sur (el FMI, el Banco Mundial y la OMC), así como contra las nefastas políticas de ajuste estructural que han impuesto sin ninguna consideración en la periferia. Las luchas sociales son la expresión de un cuestionamiento mundial hacia las instituciones multilaterales y hacia las políticas neoliberales impulsadas por las principales potencias en el foro del G-7. La perduración del ciclo de protestas junto con su cobertura mundial revela no sólo una crisis de legitimidad que atraviesa a las mismas instituciones, sino también revela el surgimiento de un movimiento social mundial en contra de la política neoliberal.

La combinación simultánea de políticas proteccionistas y de libre juego de mercado adquiere especial significado para la mitad de la población mundial que vive de la agricultura. En 1995, el volumen de gastos públicos «agrícolas» se elevaba, según la OMC, a 286.000 millones de dólares. Al menos el 90 por ciento de estos gastos se producen en los países de la Tríada (Estados Unidos y Canadá, Unión Europea y Japón). Las prioridades agrícolas en la agenda de la OMC han sido seleccionadas de tal forma que sirvieron al objetivo de la apertura de los mercados del Sur ante las exportaciones de los excedentes agrícolas, a menudo subsidiados, del Norte. Tal como pretendía la OMC después de la Conferencia de Doha en noviembre de 2001, la agricultura se integrará al conjunto de las reglas generales de competencia asimilando los productos agrícolas dentro de la categoría de «mercancías». Las consecuencias de la puesta en marcha de tal política serán catastróficas para la mitad de la humanidad que vive de la agricultura en condiciones de gigantesca desigualdad tecnológica. Ningún desarrollo industrial, ni el de China, por más dinámico que sea en la actualidad, podrá absorber ni siquiera a un tercio de esta población desplazada. Digo más, la puesta en marcha de tal «liberalismo auténtico», con o sin subvenciones a las exportaciones del Norte, sería catastrófica para los campesinos del Sur. De ahí la necesidad de mantener la agricultura campesina para todo el siglo XXI, como pretende, por ejemplo, China[2].

En la cumbre de la OMC de septiembre de 2003 en Cancún, quedó claro que Estados Unidos y la Unión Europea no estaban dispuestos a hacer ninguna rebaja sustancial a sus altos niveles de subsidio, aun cuando exigían de forma intransigente que los países del Sur abriesen sus mercados a los productos de los agronegocios, a menudo subsidiados, del Norte. La intolerancia de las principales potencias quedó manifiesta: o se negocia bajo nuestras condiciones o no hay negociación. No es de extrañar que China, India y Brasil juntos lideraran el «Grupo de los 21» (representando a casi la mitad de la población mundial) ya que estos países sufrirían masivamente la exclusión campesina. La lucha campesina interna en estos países adquiere un carácter especialmente masivo (como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil) y la entrada en vigencia de los pretendidos acuerdos agrícolas la pone fuera de todo control. La interacción entre estos movimientos sociales y los gobiernos del Sur adquirió mayor

espacio objetivo desde el fracaso de la OMC en Seattle. La actitud proteccionista e intransigente de las principales potencias en torno al tema agrícola en Cancún fue el argumento en su propia contra. La negociación multilateral en torno a la liberalización agrícola fue rotundamente rechazada por los países del Sur. A partir de esta derrota, la OMC ya no representa un instrumento viable para las grandes potencias. Para imponer su voluntad han de buscar nuevas vías.

El contexto específico de la lucha social en América Latina

Desde fines del siglo pasado, los acuerdos multilaterales por el reparto del mundo fracasan repetidamente. Con ello, la batalla por el mercado adquiere una expresión geográfica y visible. Este hecho se manifiesta con la reafirmación y expansión acelerada de los diferentes bloques económicos. No es que los bloques no existieran, sino que a partir de fines de los años 90 se acelera la política de anexión. Europa ha avanzado hacia la Unión Europea de forma gradual a lo largo de más de cuarenta años para poder equipararse económicamente a Estados Unidos. Desde fines de los años 90, la Unión Europea en vez de consolidarse por dentro, opta por la anexión rápida de los países del Este. El resultado contradictorio, sin embargo, tiende a ser una lucha por una mayor soberanía entre los ciudadanos. El voto mayoritario del «NO» en los referendos por la Constitución europea en Francia y Holanda entre mayo y junio de 2005 es muy revelador al respecto.

Desde los años noventa Estados Unidos trabaja en una acelerada conformación de una macroárea que le permita enfrentar la megacompetencia con la Unión Europea. Después del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994, y al fracasar hacia finales de los noventa los acuerdos multilaterales en la OMC, Estados Unidos acelera su pretensión de anexar a América Latina mediante el ALCA con el llamado «fast track», es decir, sometiéndolo a aprobación en el Congreso, tal como fue acordado entre los respectivos gobiernos, y sin posibilidad de cambios. El resultado contradictorio tiende también aquí a una mayor lucha por la soberanía no sólo en el Sur con el Mercosur, sino también en el Norte donde el nacionalismo y el proteccionismo tienden a ganar terreno como

se manifestó, por ejemplo, con el «NO» en los referendos en Francia y Holanda a mediados de 2005 en torno a la nueva Constitución de la Unión Europea.

A partir de este milenio, el mundo se divide de manera más visible que antes en bloques económicos con diferentes áreas de interés estratégico. Las grandes potencias de los bloques económicos buscan derechos exclusivos de inversión y comercialización en los mercados anexados. De esta forma, obtienen derechos exclusivos y se protegen de sus contrincantes principales. A partir de la existencia de estos bloques, las principales potencias se enfrentan, como bloques, en una guerra por el mercado global. Hacia adentro de un bloque, las transnacionales del propio bloque imponen los principios del libre juego de mercado en beneficio de sus intereses, es decir, de los intereses norteamericanos, en el caso del ALCA.

Ser anexado como país o región implica abrir mercados, abrir espacios seguros para la inversión extranjera que garanticen a los capitales transnacionales (estadounidenses) su total libertad de movimientos y una completa protección frente a cualquier posible limitación, condicionamiento, o simple pérdida de rentabilidad. Los bloques económicos se transforman en megamercados exclusivos para unas transnacionales, para defenderse de sus principales contrincantes y para enfrentarse entre sí. Mediante el ALCA, Estados Unidos busca acceso completo no sólo a los mercados latinoamericanos, sino también busca el libre acceso a los recursos naturales del continente, como se reveló en la cumbre celebrada en Québec en 2001[3].

La constitución de los bloques económicos para defenderse de las transnacionales de otros bloques fomenta el proteccionismo. La política proteccionista de los bloques brinda una nueva oportunidad a los países del Sur al facilitarles la política de fomentar sus propios bloques económicos. Por tal razón, todas las políticas multilaterales de ajuste estructural estaban enfocadas a la desprotección de los mercados de los países en el Sur. La integración económica bajo el concepto neoliberal significaba la total apertura de la región latinoamericana a las inversiones y al comercio de las transnacionales en general, en nombre de la eficiencia. Al constituirse los bloques económicos, la anexión significaría la apertura a inversiones, y el comercio exclusivo de las transnacionales

norteamericanas. La conformación de bloques se percibe como una política excluyente y proteccionista en beneficio exclusivo de unas transnacionales (norteamericanas) a costa de otras (europeas, japonesas, etc.) y a costa de la población que vive en los países anexados.

La misma política de crear bloques económicos plantea la posibilidad de un resurgimiento del proteccionismo en los propios países del Sur. Es en esta coyuntura que resurge el proyecto del Mercosur (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) e incluso se perfila cada vez más la posibilidad de un bloque Sur-Sur (África del Sur, Brasil, China, India, etc.). En la reunión de los ministros de Comercio de 34 países, en el marco del ALCA, en Cancún en el mes de febrero de 2004, el tema de de los subsidios agrícolas en Estados Unidos fue nuevamente el motivo del fracaso. Los representantes del Mercosur exigieron la eliminación de subsidios agrícolas y los apoyos a la producción en Estados Unidos como condición necesaria para llegar a cualquier acuerdo sobre su apertura al agronegocio norteamericano. De nuevo se reveló, como era de esperar, que o se negocia como Estados Unidos desea o no habrá negociación. Después que la OMC terminó en un callejón sin salida, también el ALCA desembocó en un camino muerto.

En este contexto proteccionista, la lucha popular por la defensa de la soberanía alimentaria encuentra viento a favor en todo el continente. Cada fracaso en las negociaciones de los tratados multilaterales o regionales significa una conquista del movimiento popular. Estos logros alimentan al movimiento y ponen a los protagonistas del libre juego de mercado sobre la cuerda floja. La Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y Vía Campesina libran duras luchas por la defensa de los mercados locales y regionales, con el fin de garantizar precios justos para los productos agrícolas. El Movimiento de los Sin Tierra de Brasil, Vía Campesina y la CLOC luchan por el acceso a la tierra y una justa distribución. Luchan igualmente para detener y evitar que se privaticen, que se patenten los materiales genéticos que dan origen a la vida, a la actividad campesina, a la actividad indígena. A partir de las fracasadas negociaciones multilaterales se ha logrado que los alimentos no se consideren una mercancía más, y que el sistema alimentario no pueda ser abordado estrictamente con la lógica del mercado[4].

Generalidad y particularidad de las luchas sociales nacionales

En la medida en que fracasa el ALCA, Estados Unidos busca otra vía alternativa: los tratados de libre comercio (TLC). La política es avanzar mediante tratados con países individuales como Chile (2004), Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, complementados con un tratado de libre comercio con Centroamérica y República Dominicana. En enero de 2002 la administración Bush propuso en la OEA el inicio de una negociación con los países centroamericanos. A principios de este siglo, la Casa Blanca afirmaba todavía que un TLC con América Central carecía de viabilidad por el estrecho tamaño de sus economías. Se consideraba en ese momento al ALCA como el mecanismo adecuado para la región. Sin embargo, las dificultades encontradas por Estados Unidos durante las rondas de negociaciones, y la consecuente visión crítica de cada vez más (nuevos) gobiernos, han forzado a Washington a un cambio de enfoque, aunque no de lógica[5]. La oposición al TLC expresada por la acción de los Zapatistas en México desde 1994, se ha ampliado considerablemente en el continente con la lucha contra el ALCA, suscitando innumerables resistencias, formando una amplia alianza que incluye a movimientos sociales de América Latina, Estados Unidos y Canadá.

a. Los movimientos campesinos e indígenas

La lucha social contra los TLC intensifica la lucha ya existente en cada país contra las políticas de Ajuste Estructural. La política neoliberal en general y los TLC en particular se caracterizan por una verdadera contrarreforma agraria y por una nueva concentración de la tierra y acaparamiento de los recursos naturales. La concentración de la tierra se expresa a través del ascenso del agronegocio. En Paraguay, Argentina y en menor medida Brasil (por las limitaciones legales hasta hace poco), el área cultivada de soja transgénica (que exige el uso de herbicidas de alto impacto ecológico) creció a ritmos acelerados en los últimos años y profundizó los procesos de concentración de la tierra, ocasionando daños irreversibles en los suelos. Esta política trae consigo la eliminación, a menudo brutal, de los pequeños campesinos y de las comunidades

indígenas. Ante la exclusión masiva de los campesinos e indígenas no existen alternativas de inclusión dentro del marco neoliberal. No hay cabida para el mundo campesino dentro de un mundo neoliberal a ultranza.

En este contexto se desarrolla la guerra contra la soja transgénica, por la vida y la soberanía. Esta lucha fue particularmente ilustrativa en Paraguay, con cortes de rutas y ocupaciones de tierra. De esta llamada «Guerra de la soja» a principios de 2004, se pasó a la dinámica de ocupación de tierras y exigencia de redistribución de la misma, convocando un amplio arco de organizaciones sociales que dan vida al Frente Nacional de Lucha por la Soberanía y la Vida (Fnlsv), que promueve un programa de desarrollo antineoliberal. El frente, con ocupaciones y movilizaciones, pone bajo mucha presión al gobierno. Este incumple luego los acuerdos logrados y se da una confrontación abierta. De ahí nace el paro cívico nacional con el cual logran volver a presionar al gobierno. De esta forma el movimiento social trasciende el ámbito reivindicativo y adquiere un carácter político alternativo[6].

Una amenaza es el desarrollo del agronegocio en los países; otra igualmente letal es la plena apertura a los productos agrícolas de Estados Unidos. La importación sin frenos de productos agropecuarios a través de los tratados de libre comercio acelera la ruina de la producción y los mercados nacionales y regionales de los pequeños y medianos agricultores. Los tratados significan el tiro de gracia para la economía agrícola campesina e indígena, como ya lo reveló la experiencia mexicana. Los subsidios agropecuarios estadounidenses se concentran en productos como el maíz, el azúcar, el arroz y los productos lácteos; precisamente aquellos productos fundamentales para la alimentación y en los cuales los productores nacionales tienen cierta competitividad. Estados Unidos ha sido enfático en manifestar su indisposición a negociar su política y, en particular, las subvenciones en el marco del Tratado de Libre Comercio de Centroamérica (Cafta). El resultado será la destrucción del agro de la región, la desaparición de la soberanía y seguridad alimentaria, y un mayor endeudamiento externo[7]. Es el colmo que México, la cuna del maíz, importe maíz transgénico y subsidiado de Estados Unidos. Así también, es igualmente absurdo que los países andinos, la cuna de la papa, importen papas norteamericanas genéticamente manipuladas, y que en Centroamérica se importe arroz transgénico, siendo la base alimentaria de la población.

Ante la amenaza de su exclusión masiva sin posibilidad de reinserción, no se vislumbra para los campesinos arruinados ninguna alternativa dentro de este sistema de mercado total. La lucha por la tierra y la reforma agraria aparecen ya no como meta en sí, sino dentro del contexto de la lucha por la vida misma. Esta lucha adquiere dimensión especial en Brasil, al ser el Movimiento de los Sin Tierra (MST), por su número y dimensión política, el movimiento campesino más importante de América Latina. El proyecto político que desarrolla sobrepasa la voluntad individual de obtener las tierras. Las actividades reivindicativas por la tierra del MST se inscriben en un proyecto más amplio de una sociedad con democracia radical basada en la solidaridad, la igualdad y la conciencia ecológica. La organización interna del movimiento obedece a los principios de la democracia participativa, situándose de esta manera, al igual que el zapatismo, dentro del marco de una nueva orientación en reacción contra el centralismo, la burocracia y el vanguardismo[8].

En medio de un entorno neoliberal cada vez más agresivo, los derechos económicos y sociales de los campesinos sin tierra y, más aún, de las comunidades indígenas se reducen a cero. Las comunidades indígenas en particular peligran al extremo de perder incluso el derecho a la vida. No son de ningún beneficio para el gran capital. Su vinculación con el mercado es tan débil que su exclusión tiende a ser definitiva y masiva. No hay posibilidad alguna de que se reinserten en la economía de mercado. Al no estar vinculados con el mercado hoy, y sin perspectiva alguna para el día de mañana, son población sobrante, y en tanto ocupen ciertos territorios, a la vez un estorbo para el capital transnacional. Sin vínculo alguno con el mercado, ante los intereses de las transnacionales las comunidades indígenas aún asentadas en sus tierras constituyen un obstáculo para tener un acceso libre a dichas tierras y a los recursos naturales que albergan. Las movilizaciones sociales indígenas no giran tan sólo en torno a la demanda de tierras, sino que adoptan a la vez, y cada vez más, la defensa del territorio y su pueblo en una lucha por otro mundo donde quepa también el mundo indígena.

Es común la intervención de fuerzas (para)militares para «limpiar» territorios de interés con megaproyectos que responden a menudo a intereses transnacionales, como se ve muy claramente en Colombia, pero también en Bolivia, Paraguay y Perú. Con la implementación de las

políticas neoliberales radicales en el agro no hay salvación para las grandes mayorías de los campesinos sin tierra, y mucho menos para las comunidades indígenas. No hay salvación individual. La única posibilidad de vida resulta posible a partir de la resistencia colectiva contra las políticas neoliberales, como puede observarse con mucha claridad no sólo en México sino también en Ecuador, Perú, Paraguay o Bolivia. No es extraño que la reivindicación central de las comunidades indígenas apunte a la creación de un mundo donde caben muchos mundos, y así también el mundo indígena. Es el escenario común de todas las comunidades indígenas en América Latina. La lucha coordinada de las comunidades indígenas no sólo se da a nivel nacional sino también más allá de las fronteras. En el plano nacional pueden mencionarse coordinadoras como la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (Conaie) y el Fslnv en Paraguay. Más allá surge la noción del Estado plurinacional, que canaliza la representación de las diferentes nacionalidades indígenas[9].

b. Los movimientos obreros y de los excluidos

Los derechos económicos y sociales se derivan del vínculo de un individuo con el mercado de trabajo. Un obrero urbano es generalmente menos reemplazable y tiene más estabilidad laboral que un trabajador rural. Un obrero calificado, a su vez, tiene más estabilidad laboral que uno no calificado. Su ingreso suele ser más estable y la probabilidad de estar asegurado aumenta. Los profesionales tienen, como regla general, mayores oportunidades de empleo y más estabilidad laboral, y gozan de ingresos no sólo más elevados sino también más estables que los obreros calificados. Los profesionales, al ser menos reemplazables y más costosos, suelen gozar de mayor protección social. Los hombres suelen tener no sólo más oportunidades de trabajo que las mujeres, sino también oportunidades mejores de empleo. Los blancos tienen ventajas en este aspecto frente a las otras etnias, y los trabajadores en los países centrales tienen muchas más oportunidades que sus iguales en la periferia.

Tener mayores oportunidades de trabajo significa ser menos reemplazable o desechable. Lo anterior implica tener más estabilidad laboral, es decir, mayor seguridad económica. Al ser menos reemplazable la mano

de obra, y al aumentar su costo, mejora la protección social. Los derechos económicos y sociales, en otras palabras, dependen de la posición de un individuo en el mercado laboral y de la propia evolución de ese mercado. Con una mayor inclusión se amplían las oportunidades de trabajo. En el mercado laboral la capacidad de reemplazo de la mano de obra disminuye y la estabilidad laboral va en aumento. Con ello, los derechos económicos y sociales de los trabajadores aumentan. La situación anterior responde a la política keynesiana. Si el mercado laboral, en cambio, se contrae, como es el caso con la política neoliberal, hay más exclusión y pérdida de estabilidad laboral. En tal contexto los trabajadores, por más que luchen, son más reemplazables e incluso desechables, y con ello se pierden derechos económicos y sociales.

Con las políticas neoliberales, las oportunidades de trabajo disminuyen ya que las inversiones se orientan hacia sectores improductivos (la especulación y el ámbito financiero). En vez de invertir en ramas productivas que ampliarían el mercado como un todo, las inversiones se orientan hacia la adquisición y privatización de empresas ya existentes. La masiva sustitución de productos locales o nacionales por transnacionales (al desmantelarse los aranceles) ha significado una gran pérdida de oportunidades de trabajo que no se compensan de ninguna forma por algunos nuevos empleos creados y muy mal pagados (como en la maquila). Las tendencias anteriores implican en general una reducción permanente en las oportunidades de trabajo. Las tasas de desempleo y desempleo equivalente (por subempleo) aumentan sin cesar. La emigración constituye una verdadera válvula de escape a la falta masiva de oportunidades de trabajo. Al ser restringida y selectiva la inmigración, la misma no alcanza cubrir las oportunidades perdidas.

Con las políticas neoliberales en América latina, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo aumenta, es decir, hay una creciente flexibilización en el mercado de trabajo y con ello tienden a deteriorarse los derechos económicos y sociales. La evolución de los salarios tiende a quedar atrás de la inflación, la proporción de personas que ganan un ingreso cercano a la línea de pobreza aumenta, la jornada laboral tiende a alargarse; ante la caída de los ingresos, hay más trabajo infantil y femenino muy mal pagados, la seguridad social tiende a deteriorarse, las oportunidades de formación tienden a empeorar, etcétera. En otras palabras, hay

un retroceso general en los derechos económicos y sociales. Esta tendencia se observa en toda América Latina.

En esta coyuntura de retroceso permanente, el sindicalismo suele estar a la defensiva en torno a sus derechos particulares. Su lucha en el entorno neoliberal es una lucha para evitar una pérdida aún mayor de sus derechos económicos y sociales. El sindicalismo no aparece, en tal coyuntura, como la organización social más dinámica, más bien queda rezagado en la lucha social por una alternativa, y casi exclusivamente muestra retrocesos. En medio de la amenaza de su exclusión masiva, y con la perspectiva de más entreguismo de los líderes sindicales corrompidos, hasta la propia clase trabajadora no encuentra alternativa dentro de la actual estructura sindical. Es en este entorno que nace el movimiento de los excluidos, mejor conocido como el «movimiento de los piqueteros». Aunque el movimiento es más conocido en Argentina y Uruguay, también está presente en otros países, y tiene potencial sobre todo en aquellos países donde la clase obrera urbana fue relativamente numerosa, pero se siente masivamente amenazada con la exclusión.

El movimiento de los excluidos o piqueteros, como lo bautizaron en Argentina y Uruguay, nace de la necesidad vital para la masa trabajadora (y no exclusivamente de los desocupados) de luchar contra la exclusión y el desempleo, reivindicando irónicamente el «derecho a ser explotado». Con un neoliberalismo a ultranza (como fue el caso de Argentina especialmente a partir de 1995), el desempleo y la inestabilidad laboral generan una enorme inseguridad económica y social. El abandono de los desocupados por parte de la burocracia oficial de los sindicatos, y la persecución patronal de los sindicalizados, aumentan aún más esta sensación de inseguridad. Es en medio de esta inseguridad y sensación de abandono y persecución que nace el movimiento piquetero. Su surgimiento en sí mismo constituye un freno al intento, por parte de la burguesía, de desarticular la clase obrera a través del desempleo. El movimiento piquetero ha logrado movilizar a cientos de miles de trabajadores amenazados por la cesantía masiva junto con los ya excluidos del sistema.

Esta tendencia ha revolucionado la vida interna de los sindicatos, y surge una nueva generación de dirigentes obreros y populares. Los cortes de ruta, los piquetes y hasta las mayores luchas sindicales de los últimos años se han desarrollado con la oposición de las direcciones oficia-

les de los sindicatos e, incluso, fuera de los propios sindicatos dominados por la burocracia corrompida. El movimiento piquetero ha pasado de los cortes de ruta aislados a la huelga general, y de ahí al plan de lucha nacional. Ha pasado de organizar a los desocupados, a incorporar activamente a sectores obreros industriales en empresas autogestionadas, concibiendo economías alternativas y solidarias. El movimiento piquetero incluso ha desarrollado una proyección internacional[10].

El traspaso de lucha de las organizaciones obreras desde las empresas, hacia una lucha fuera de ellas y organizada a partir de la comunidad, tiene otras vertientes en América Latina, en la medida en que la lucha sindical se agota como la forma más adecuada. Las luchas sociales contra la primera ola de privatización en la región, emprendida a principios de los años noventa, se caracterizaron por una resistencia liderada por los sindicatos. Como trabajadores, eran los afectados visibles y directos ya que con cada adquisición o privatización los trabajadores a menudo pasaban a engrosar las filas de los desempleados. Luego de la primera ola de privatización, cuando ya hay experiencia acumulada de repetidas alzas de tarifas (de agua y electricidad sobre todo), acompañadas a menudo con un peor servicio (cortes de agua y electricidad) o con la total discontinuidad de los servicios en zonas marginadas por falta de rendimientos, la ciudadanía entera, y no sólo la clase obrera, resulta afectada en sus más elementales condiciones de vida. La lucha social trasciende a partir de entonces los márgenes, a menudo estrechos y excluyentes, de la reivindicación sindical.

Con el transcurrir de los años, la lucha social contra la privatización pasa de la empresa a la comunidad. Con ello la lucha pasa del circuito de la valorización del capital al espacio de la reproducción y cuidado de la vida misma. Dentro de este espacio no hay cabida para una actitud protagonista de vanguardia obrera, adulta y varonil. Entre los actores se destaca la participación de la comunidad como comunidad con una fuerte presencia femenina y juvenil, campesina e indígena. Se levantan, en otras palabras, los eternamente excluidos por el sistema (mujeres y jóvenes en primera línea), que dentro del mismo no hallan formas de reproducir su vida y, por tanto, buscan una alternativa. En este contexto de lucha incluyente caben todas las corrientes a favor de la reproducción de la vida y del cuidado del medio que nos rodea.

A modo de ejemplo, podemos mencionar aquí luchas tales como la batalla histórica de Cochabamba, Bolivia, por el agua; las luchas en Paraguay, Ecuador, Perú, República Dominicana, Costa Rica y Bolivia, por la electricidad; y el caso de la «Guerra del Gas», en Bolivia. Este tipo de lucha asume a menudo una marcada radicalidad en sus formas, a través de levantamientos urbanos, cortes prolongados de rutas, toma y ocupación de instalaciones de las empresas. A partir de estas luchas se desarrolla en diferentes países de América Latina una convergencia político social, de carácter amplio, por la soberanía y la dignidad del pueblo y contra los TLC y las privatizaciones del agua, la electricidad y los recursos energéticos como el petróleo y el gas.

En estas coyunturas, las movilizaciones mencionadas, en algunos casos, han obligado a renunciar a diferentes presidentes de repúblicas. Al ver que los nuevos mandatarios vuelven a defender los intereses opuestos al bien común, la sociedad en rebeldía otra vez emprende revueltas populares. Tras esta forma de lucha, se vislumbra una nueva modalidad de la toma de poder, y una oportunidad histórica de convertirse el pueblo mismo en sujeto al construir su historia. Las luchas manifiestan una interpelación comunitaria permanente del poder que obliga al poder, tarde o temprano, a trabajar en función del bien común de la comunidad. Se vislumbra, de esta forma, un cambio en la «toma clásica del poder» por una vanguardia, que al haber asaltado el poder lo ejerce. El poder centralizado define el bien común en función de la sociedad, pero sin la participación e interpelación estructural de la misma. La definición del bien común por una vanguardia en función de las masas, pero sin interpelación estructural de las mismas, hizo sujeto a esa vanguardia «iluminada», pero no así a las grandes mayorías.

En resumen, se vislumbra con la aprobación eventual de los TLC, que la lucha social no se acaba, sino más bien se radicaliza en cada vez más países. La lógica de los TLC es la anexión de América Latina por pasos, pero con agresividad e intolerancia cada vez mayores. De esta manera Estados Unidos espera, a partir de un encadenamiento de tratados en América Central y la zona andina, aislar a los países del Cono Sur y sobre todo a Brasil, y forzarles, en última instancia, a firmar un tratado. La agresividad, las amenazas y la corrupción son parte del proceso de anexión. En tal contexto, los países más pequeños prácticamente no tienen otra

alternativa que firmar los tratados. Lo mismo, sin embargo, no se perfila para países grandes del Cono Sur, como Brasil.

Con esta perspectiva, en medio de la creciente intolerancia norteamericana, peligraba incluso que Estados Unidos no firmara ni siquiera un tratado de libre comercio con Centroamérica. Fue con gran costo que se aprobó este tratado. Entonces sigue el camino hacia el Sur. La coyuntura de los tratados empeora, sin embargo, conforme una recesión económica estalle en los propios Estados Unidos. Urge una salida inmediata. En tal coyuntura Estados Unidos optará casi con seguridad por el camino militar, como último recurso de un imperio en decadencia, para imponer su voluntad en el mundo.

La lucha social mundial ante la guerra global

En la batalla por el reparto del mercado mundial, una parte creciente del mismo fue absorbido por las transnacionales, a costa de mercados nacionales y locales, sobre todo en la periferia. La participación de las doscientas mayores empresas transnacionales en el PMB pasó de 17 por ciento, en 1965, a más de 35 por ciento, a finales de los años noventa. El conjunto de las transnacionales había acaparado al final de ese período más de 50 por ciento del PMB, es decir, el doble de su participación veinticinco años antes[11]. La concentración de ingresos, sin embargo, pone límites a la propia dinámica económica, al reducir la demanda global. Al concentrarse los ingresos, tiende a reducirse la demanda global, ya que los más ricos consumen un porcentaje menor de sus ingresos, con respecto a lo que consumen los más pobres. Con ello, disminuye la dinámica en la economía de mercado como un todo y peligra la recesión. Sin embargo, en tanto que la población mundial con ingresos mayores consume casi exclusivamente productos transnacionales, y aquella que recibe ingresos inferiores tiende a consumir más productos locales, la concentración del ingreso, por un tiempo, tiende a beneficiar a (la demanda efectiva de productos de) las transnacionales.

En medio de la creciente miseria de las mayorías, y en medio de un descenso en la tasa de crecimiento económico, aumenta la demanda de productos transnacionales, a menudo de carácter suntuario, y prospera, en

otras palabras, el gran capital. Durante los años ochenta, y sobre todo en los noventa, las principales bolsas de valores subieron sin cesar en medio de la miseria cada vez más generalizada. Apostar a las empresas transnacionales parecía ganancia segura. Se apostaban sumas cada vez más gigantescas con créditos cada vez más riesgosos. Dichas inversiones no ampliaron la base productiva, sino nada más inflaron los precios de las acciones sin contraparte de riqueza real. Las acciones tendieron a subir en forma geométrica, al tiempo que la base real de la economía crecía cada vez más lentamente. El resultado es una creciente masa de dinero virtual sin respaldo en la economía real.

Con la concentración de la riqueza en cada vez menos manos y con una especulación cada vez más generalizada, el crecimiento de la economía mundial perdió ritmo sin cesar. La tasa de crecimiento de la economía mundial pasó de 5,3 por ciento, a principios de los años setenta, a 3,1 por ciento, durante los años ochenta, para llegar apenas a 1 por ciento, hacia finales de los años noventa[12]. A principios del nuevo milenio amenaza una recesión mundial. Hacia finales de 2001, los países centrales entraron simultáneamente en recesión. Con un crecimiento económico negativo se contrae, de golpe, la demanda efectiva de productos transnacionales y, por ende, peligran las ganancias transnacionales. Como resultado, los precios de las acciones tienden a caer y la bolsa de valores entra en crisis. Entre abril de 2000 y el 10 de septiembre de 2001, las acciones bursátiles cayeron en promedio a nivel mundial en 31 por ciento. En el mes siguiente al 11 de septiembre bajaron apenas unos puntos más. El 11 de septiembre, entonces, no fue responsable de la crisis bursátil[13].

El atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001 fue utilizado para atribuir los malos resultados económicos al terrorismo. La guerra contra el terrorismo, en esencia, revela una modalidad coercitiva para profundizar el reparto del mercado mundial existente. Es una geopolítica de exclusión ya no a partir del libre juego del mercado sino con mecanismos de fuerza. Si no existe lugar en este mundo para todos (los capitales), unos (Occidente y sobre todo Estados Unidos) consideran que tienen más derechos de estar en este mundo que otros (Oriente y sobre todo el Islam). Legitimar la política de exclusión sobre la base de la supuesta amenaza a Occidente por parte del Islam, con la justificación ideológica de que se trata de civilizaciones y religiones fundamentalistas, inferiores

y peligrosas, no sólo significa hacer visible el proceso de exclusión, sino implica el paso de la exclusión a la eliminación metódica. El resultado es que la geopolítica de exclusión no solo se radicaliza, sino se hace cada vez más visible. Con ello se ilegitima a velocidad cada vez mayor.

La postura a ultranza, por parte del terrorismo oficial, de considerar que «aquellos que no están con nosotros están junto al terrorismo» no deja espacio para una alternativa incluyente. La respuesta bélica de Estados Unidos no hizo otra cosa que activar aún más la espiral de terrorismo. El terrorismo oficial fomenta el terrorismo de los dominados. De esta forma se crea un círculo vicioso de terror. Se engendra un mundo donde nadie se siente seguro, ni en los propios centros de poder. En medio de este terror, tarde o temprano y con mucho dolor, nacerá la conciencia de que en este sálvese quien pueda nadie estará a salvo. Con ello nacerá la conciencia de la necesidad y posibilidad de crear otro mundo posible. En medio del dolor nace la ética solidaria. No está claro cuánto dolor ha de pasar en el mundo para que nazca la ética solidaria, pero inevitablemente nacerá. La solidaridad con el «otro», sin importar su nacionalidad, raza, cultura, género o religión, terminará siendo el supuesto necesario para mi salvación como nación, cultura, raza o género.

Anticipar esta toma de conciencia es precisamente el papel de los movimientos sociales cuya culminación a nivel mundial se da en el Foro Social Mundial (FSM). El FSM nació en enero de 2001 como respuesta al Foro Económico Mundial (FEM) en Davos, Suiza. En Davos, la elite del poder mundial traza, desde 1971, anualmente, durante los últimos días del mes de enero, la política económica en beneficio de los más poderosos en la tierra. En 1999, cuando se vislumbran las fisuras del neoliberalismo, surge la primera respuesta popular. Se organiza en los mismos días del FEM el «Otro Davos», con participación de centenares de asistentes de organizaciones populares, e intelectuales críticos de todos los continentes. A partir de ello nace la iniciativa de crear el FSM como respuesta anual al FEM. El primer foro, en enero de 2001 en Porto Alegre, Brasil, tuvo una participación de 20.000 personas. En enero de 2002, apenas unos meses después del 11 de septiembre, el número de participantes ascendió a 50.000. En 2003, en la fase preparatoria de la invasión de Estados Unidos a Irak, la asistencia al FSM sobrepasó los 100.000 asistentes, y en 2005 ya superaba las 150.000 personas.

La utopía del FSM se relaciona con la democracia emancipadora. En palabras de Boaventura de Souza Santos[14], democracia emancipadora es todo proceso de transformar las relaciones de poder en relaciones de autoridad compartida. Teniendo en cuenta que las relaciones de poder contra las cuales se enfrenta el FSM son múltiples, los procesos de democratización radical son igualmente múltiples. Teniendo en cuenta que este es la distinción utópica del FSM, no es casual que el tema de la democracia interna sea cada vez más un tema central. La credibilidad del FSM en su lucha por la democracia en la sociedad, depende de la credibilidad de su democracia interna. La fase inicial del FSM correspondió a los foros principales globales en Porto Alegre. Luego surgen bajo la égida del FSM otros foros a nivel continental, regional, nacional, local y foros temáticos.

A partir del FSM surgieron, entonces, foros locales y particulares. Este desarrollo demanda una nueva estructura organizativa. El reto consiste en cambiar la estructura organizativa de acuerdo a las demandas de la nueva fase, teniendo en cuenta la profundización de la democracia. Una vía es transferir el núcleo del FSM del evento global hacia los foros nacionales, regionales y temáticos. Con ello el FSM perdería algo de su centralismo actual. Esta vía no resuelve, en esencia, el tema de la democracia representativa. La otra vía es construir la democracia interna desde abajo hacia arriba. Sobre la base de los foros locales y particulares, se crean estructuras representativas a los diferentes niveles de forma tal que las estructuras de las filas globales y generales sean electas directamente por las filas locales y particulares[15].

La desconexión de la globalización: camino a «Otro mundo posible»

a) El derrumbe del imperio

La lucha social por una alternativa supone la desconexión del proceso de globalización. Esta desconexión, planteada, por ejemplo, en la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), tiene perspectivas claras en medio de una crisis de hegemonía. Esta crisis de hegemonía está a la vista y queremos visualizarla. El ALBA es una respuesta al ALCA y procura

desarrollar un proyecto político, social y económico de una América Latina para los latinoamericanos, es decir, un proyecto de desconexión del proceso de anexión económica a Estados Unidos con pérdida total de la soberanía. El ALBA subraya la soberanía agrícola y considera a la agricultura un modo de vida con su correspondiente cosmovisión cultural, y no una mercancía más con sus patentes sobre productos esenciales para la vida misma. El ALBA, además de integrar a América Latina para los latinoamericanos, busca fomentar un mundo multipolar con una presencia mayor de los países del Sur[16].

Estados Unidos posee la moneda de reserva y la moneda de intercambio mundial, debido a su fortaleza económica del pasado. Hoy en día Estados Unidos vive de la renta que brinda esa posición hegemónica, pero la misma está siendo minada por el carácter improductivo y parasitario de una economía con un carácter rentista. En la medida en que la fortaleza económica de un imperio se debilita, la historia de la humanidad nos enseña que el último recurso es recurrir a la fuerza. Estados Unidos tiene hoy en día una capacidad armamentista bastante superior a la del resto del mundo y, en vez de reducirse, la brecha tiende a aumentar. Un gasto militar en ascenso basado en una base económica en declive no puede ser sostenido, como dramáticamente mostró el colapso del bloque soviético hace unos quince años. Al poseer la moneda universal, Estados Unidos podrá sostener durante un tiempo el gasto militar a puro crédito. Sin embargo, un país que vive cada vez más del crédito, que depende cada vez más de la riqueza de otros, no logra imponer su criterio a sus acreedores, es decir, pierde hegemonía. Al perder la hegemonía en lo económico, el imperio suele recurrir a la fuerza, eventualmente, contra sus acreedores. Una hegemonía basada en la economía de guerra, pero sostenida a puro crédito de sus enemigos, no tiene futuro y conduce, de manera irremediable, al colapso.

La recesión mundial que se anunciaba a partir de la crisis bursátil de 2000 y 2001 pudo ser amortiguada a través de la intervención económica, mediante una baja general de las tasas de interés. En el mundo entero y sobre todo en Estados Unidos se observaba una baja permanente en las tasas de interés a partir de 2001 hasta junio de 2004. La idea era mantener la demanda efectiva de los productos transnacionales. El resultado fue una ola especulativa en el mercado de bienes y raíces y un

aumento sustancial en el consumo privado. Estados Unidos consume actualmente, con 5 por ciento de la población mundial, 30 por ciento del PMB[17]. La deuda privada de los hogares estadounidenses alcanza una suma equivalente al PIB del país. La deuda pública y privada acumulada por Estados Unidos para 2004 sumaba 38 billones de dólares, es decir, casi el PIB mundial[18].

Al poseer la moneda mundial, Estados Unidos puede endeudarse más que cualquier otra nación. La deuda pública y privada a nivel mundial sumaba, en 2001, unos 60 billones de dólares, o sea, más de 150 por ciento del PMB. La sola deuda pública y privada de Estados Unidos ya representaba 50 por ciento de esa deuda mundial. La deuda externa de los países del Sur y la de los países del ex bloque soviético, juntas, no alcanzaban ni siquiera 5 por ciento de la deuda pública y privada a nivel mundial. La deuda externa de toda la periferia no representa más que 10 por ciento de la deuda pública y privada de Estados Unidos. Su deuda en 2001 se calculaba en 29 billones de dólares. La magnitud de la deuda a nivel mundial, en general, y de Estados Unidos, en particular, se acentuó en años recientes. Entre 2001 y 2004, la deuda pública y privada de Estados Unidos aumentó en 9 billones de dólares, es decir, en 30 por ciento[19].

Al sostenerse la hegemonía de Estados Unidos en dos pilares (el dólar como moneda de reserva y la superioridad militar) resulta estratégico para Estados Unidos preservar el dólar como moneda de reserva (privilegio que adquirió desde finales de la Segunda Guerra Mundial) y como moneda internacional (privilegio que adquirió en el mercado petrolero a partir de su crisis en los años setenta). Hasta noviembre de 2000 se mantuvieron esos privilegios. En esa fecha Irak cambió sus reservas internacionales de dólares a euros y negociaba el petróleo en euros en vez de dólares. Irán siguió esta política en diciembre de 2002. Existía la posibilidad de que otros países de la OPEP siguiesen la iniciativa, lo que implicaría una caída libre del dólar. En este contexto, Estados Unidos inicia la «guerra preventiva» contra Irak a fin de atemorizar al mundo entero, con el objetivo de frenar la sustitución de dólares por euros y asegurar de esta forma al dólar como moneda de reserva.

La guerra no se financia sola. Alguien ha de pagar por ella. Si no se financia con impuestos internos, no hay otra alternativa que transferir su

gasto al exterior. Estados Unidos esperaba poder transferir los gastos de la guerra a terceras naciones como lo logró durante la Guerra del Golfo de 1991. Además de aportes directos de los aliados, Estados Unidos esperaba recaudar fondos mediante el aumento del precio del petróleo, y poder contar así con aportes directos y compartir a medias los ingresos extraordinarios (por una alza temporal en el precio) con los países árabes productores de petróleo. Con la invasión de Irak en 2003, Estados Unidos no logró transferir el costo de la guerra. Las razones son varias. En primer lugar hubo mucha oposición a la guerra entre la mayoría de los aliados europeos que no colaboraron ni en la guerra ni en sus finanzas. La segunda es que la guerra no fue corta, sino prolongada y sin perspectiva de salida. Los costos ascendieron mucho más de lo previsto. Estados Unidos no tuvo otra alternativa que financiar parte importante de la guerra con una creciente deuda pública. La mitad de esta deuda pública la financia el exterior, y la mitad de ella, los países asiáticos. La otra mitad se financia internamente, y de ella casi la mitad con fondos del seguro social en bancarrota[20].

La ascendente deuda pública norteamericana compromete al dólar como moneda de reserva. Desde fines de 2000 hasta fines de 2004, el euro aumentó en 45 por ciento su participación como moneda de reserva y subió su cotización frente al dólar en 65 por ciento, o lo que es lo mismo, el dólar cayó 40 por ciento frente al euro. Al depreciarse el dólar, las reservas internacionales de los países pierden valor, y sobre todo las de aquellos países que poseen muchas reservas internacionales en dólares, como China. El aumento constante de las reservas internacionales chinas en dólares permite a los grandes exportadores chinos aumentar la oferta de productos chinos en el mercado norteamericano. El déficit en la balanza comercial de Estados Unidos con China aumenta sin cesar y China, en lugar de repatriar los dólares, aumenta sus reservas en dólares en Estados Unidos para evitar una contracción en la demanda. Esta política puede posponer la caída libre del dólar pero implicará una caída aún más profunda. Es una bomba de tiempo. Estados Unidos, junto con Japón, mantiene en la actualidad a China bajo amenaza de guerra para evitar que cambie esos dólares por euros. De esta forma el imperio pospone la caída libre del dólar, pero no podrá evitarla.

b) La base para la lucha por un mundo multipolar

Desde el fin de la Guerra Fría en 1991, y particularmente bajo la administración de G.W. Bush, Estados Unidos ha hecho todo lo posible por alentar el rearme japonés con el escenario de una posible confrontación entre China y Japón. Estados Unidos podrá causar una eventual confrontación entre dos de sus rivales económicos, pero en la misma podrá consumirse. Durante la Guerra Fría, Japón, al ser un país derrotado en la Segunda Guerra Mundial, se vio forzado a mantener una política no armamentista. Después de la Guerra Fría, el gobierno de Japón ha lanzado, bajo presión estadounidense, un programa armamentista. Estados Unidos necesitaba un nuevo escenario para transferir el costo de su complejo industrial militar. La carrera armamentista de Japón ha contribuido a que actualmente tenga una deuda pública de 7 billones de dólares. Esta deuda pública es comparable con la de Estados Unidos, pero con la diferencia de que tiene apenas la mitad de la población[21].

China desde hace dos décadas crece a una tasa media anual de 9,5 por ciento y ahorra la mitad de su producto interno. Las inversiones chinas se concentran básicamente en el ámbito productivo, es decir, apuntan a la ampliación de la economía de mercado como un todo. El gasto de defensa chino es relativamente modesto y, además, China es un exportador neto de armas. De esta forma, el gasto en defensa no resta mayor fuerza al crecimiento de la economía. Las inversiones chinas apuntan a la acumulación en la economía civil, que se refleja en un fuerte crecimiento sostenido a partir de ahorros internos enormes. Las inversiones de Estados Unidos, la Unión Europea (UE) y Japón, en cambio, se orientan más al ámbito redistributivo (mediante fusiones, adquisiciones, privatizaciones, especulación, etc.) y a un mayor gasto en «defensa».

Las inversiones «occidentales» no sólo apuntan improductivamente a la acumulación vía mecanismos de redistribución y concentración de la riqueza ya existente, sino también comprometen el ingreso y la riqueza futuros para un gasto de defensa en ascenso a costa del crecimiento de la economía civil y a costa de una deuda cada vez más gigantesca. China se transforma en un taller gigantesco de la economía civil de todo el mundo, en tanto que «Occidente» hipoteca su futuro, comprando cada vez más productos civiles chinos. Lo anterior significa pérdida de hegemonía en

«Occidente», hecho que a su vez aumenta la rivalidad. Cualquier conflicto eventual de Japón con China, que involucre directa o indirectamente a Estados Unidos, puede ser detenido por China con una venta masiva de dólares que implicaría una crisis total de esa moneda.

No hace falta tal conflicto para que estalle esa crisis. La acumulación occidental, a partir de la concentración parasitaria de riqueza, es finita, y tarde o temprano estallará la recesión mundial. Estamos en la antesala de una depresión económica mundial no vista antes en la historia. Es ésta la coyuntura donde la desconexión del proceso de globalización no sólo es una oportunidad, sino una necesidad. La crisis internacional se manifestará por un colapso en la demanda global y, con ello, del comercio internacional. Un colapso en el comercio internacional significa la quiebra de muchas transnacionales y la caída brusca de la bolsa de valores en el mundo entero. Una caída brusca del comercio internacional no sólo brinda la oportunidad de volcarse al mercado local, sino que se impone como necesidad absoluta al contraerse drásticamente la importación de productos transnacionales.

La gigantesca deuda mundial es impagable y con ello, tarde o temprano, habrá una crisis general de la banca internacional. El impacto será tan fuerte que desarticulará la economía de mercado. El resultado de la desarticulación será la oportunidad y necesidad de orientar la economía a partir de lo que local y nacionalmente puede resolverse en medio de la contracción estructural de la economía internacional. En este entorno, puede aumentarse el escenario bélico, pero este «sálvese quien pueda» a como dé lugar no salvará a nadie, ni al imperio. En este entorno nace la ética solidaria. Esta ética no sólo nace como opción, sino como necesidad absoluta. La búsqueda del «bien común» se torna una oportunidad y necesidad a la vez. En medio de este entorno es posible y necesario a la vez orientar la economía en función de la vida misma. Anticiparse a esta coyuntura y desarrollar conciencia al respecto es precisamente tarea de la izquierda.

c) El lugar de América Latina en la lucha por un mundo multipolar

Ante la eminente crisis de la hegemonía norteamericana, la multipolaridad no es ya sólo un objetivo estratégico, sino es ya una realidad

emergente. Son evidentes las relaciones en expansión de la Unión Europea, Rusia y China frente a Estados Unidos. La Unión Europea, y sobre todo Francia, junto con Rusia y China comparten una visión común acerca de un mundo multipolar que reemplace el actual mundo unipolar. Se encuentran cada vez más evidencias de esta multipolaridad y China ocupa un lugar central en esta lucha. China no sólo ha comenzado a desplazar a Estados Unidos como actor principal en la organización de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, por sus siglas en inglés), China está desplazando a Japón en Irán en materia de inversiones petroleras y China está emergiendo como el principal socio comercial de algunas de las mayores economías latinoamericanas.

China firmó en noviembre de 2004 importantes acuerdos de inversión y comercio con Brasil, y en diciembre con Argentina, Venezuela, Bolivia, Chile y Cuba. Venezuela acordó con China darles amplio acceso a las reservas petroleras de su país. Los acuerdos comerciales y de inversión entre Venezuela, Brasil y Colombia y el lugar estratégico de Cuba en esas negociaciones son otro revés para Estados Unidos. China e India llegaron el 11 de abril de 2005 a un acuerdo comercial con la explícita pretensión de cambiar el actual orden mundial a partir de dos economías pujantes con más de un tercio de la población mundial. Salta a la vista que Estados Unidos logra cada vez menos imponer su voluntad en el mundo. Su hegemonía, en otras palabras, está en plena crisis[22].

Todo lo anterior genera expectativas muy angustiosas y mundialmente compartidas de que Estados Unidos recurrirá a la guerra como último recurso. Efectivamente, es posible una ampliación del conflicto internacional con varios frentes. Se espera desde hace tiempo una ampliación del actual escenario bélico en esta guerra global por el mercado, que ya lleva décadas. Sin embargo, hay razones de peso para dudar de una ampliación de la guerra caliente con posibilidades de éxito. Es muy poco probable una invasión en Irán después de la debacle de la invasión en Irak. Sin embargo, al anunciar China querer vender una parte sustantiva de sus reservas internacionales en dólares y diversificar sus reservas internacionales con una canasta de monedas, surgió la amenaza de que Estados Unidos bombardeara a Irán. El objetivo de Estados Unidos es poder cortar la oferta de petróleo de Irán a China y tener mayor control sobre la oferta de petróleo del mundo en general. Sin embargo, el resultado fue

que el presidente Chávez de Venezuela amenazó con cortar la oferta de petróleo a Estados Unidos.

Cualquier alza en el precio del petróleo en Estados Unidos es señal clara de una recesión (depresión) venidera. Al bombardear Irán, Estados Unidos estaría solo en ese conflicto. Ni Gran Bretaña le apoyaría. Al incursionar Estados Unidos en Irán, las consecuencias podrían ser mucho más inmediatas de lo que fue el caso en Irak. Hay que tomar en cuenta que los iraníes están armados con misiles rusos y tienen capacidad de cerrar el estratégico estrecho de Harmuz durante semanas o incluso meses. Con ello se cortaría el tráfico petrolero desde todo el golfo Pérsico. En cuestión de días el precio del petróleo aumentaría ilimitadamente y el dólar iría en caída libre. En otras palabras, un conflicto armado con Irán puede acelerar el colapso de la economía estadounidense y con ello poner en crisis a la economía global[23].

A partir de un escenario de conflicto internacional, el interés primordial de Estados Unidos es asegurarse el abastecimiento de petróleo. En un conflicto internacionalizado, el petróleo del golfo Pérsico no brindará ninguna garantía. El interés por el petróleo de Venezuela, en otras palabras, aumenta cada día, y Venezuela amenaza con cortar eventualmente ese abastecimiento. Sin asegurarse un regular abastecimiento de petróleo, Estados Unidos no puede sostener una eventual guerra internacional. Sin embargo, en el mismo momento en que Washington ejercía presión extrema sobre varias capitales de América del Sur con el objetivo de aislar al presidente Chávez, reinstalar la dinámica del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) a través de tratados bilaterales e impedir la consolidación de la Unión Suramericana de Naciones, la «alianza estratégica» de Brasil y Venezuela firmada el día 14 de febrero de 2005 produjo un resultado exactamente inverso. Un magnicidio previsto en Venezuela podría eventualmente truncar cualquier perspectiva de consolidación de la política neodesarrollista del gobierno brasileño. Venezuela es un país clave por sus reservas petrolíferas y daría lugar a una desestabilización política en toda América del Sur capaz de poner en jaque al propio presidente Lula da Silva de Brasil.

Una guerra de Estados Unidos con Venezuela significaría el desembarque a gran escala de tropas estadounidenses en toda el área. La Amazonía,

objetivo estratégico del Plan Colombia, pasaría a ser un teatro de operaciones militares. De modo que no sólo Lula da Silva sino también los grandes empresarios brasileños y las fuerzas armadas brasileñas tuvieron sus razones de peso para apoyar la alianza estratégica. A partir de este acuerdo cambió la posición del presidente de Colombia frente a Venezuela. En vez de profundizar el conflicto con Venezuela en beneficio exclusivo de Estados Unidos, más bien entró en el proceso de realineamiento regional girando el eje geopolítico hemisférico[24]. El cambio complica muchísimo una eventual invasión estadounidense en Venezuela.

Queda una última pregunta: ¿cuál será el desenlace? No hace falta ninguna guerra para que estalle la recesión mundial. Es cuestión de tiempo para que estalle la crisis mundial, sin necesidad de una ampliación de la guerra global. El alza de las tasas de interés en Estados Unidos implicará un derrumbe del capital financiero, como ya señalamos en el primer capítulo. La ampliación de la guerra puede profundizar la crisis aún más, pero no podrá evitarla. La crisis será más profunda e inmediata de lo que fue el derrumbe del socialismo real, lo que implicará el colapso no sólo del neoliberalismo sino del propio capitalismo, idea que ya hemos desarrollado en otros trabajos[25]. Hace pocos años, otro mundo apenas pareció posible. No pasará mucho tiempo para que otro mundo no sólo resulte imprescindible, sino además urgente.

Notas

1. Samuel Huntington: *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996.
2. Samir Amin: «El nuevo problema agrario», tomado de Samir Amin y François Houtart: *Mundialización de las resistencias. Estado de las luchas 2004*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2004, pp. 269-272.
3. Carlos Tablada y Wim Dierckxsens: *Guerra global, resistencia mundial y alternativas*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, Argentina, 2005, pp. 274-276.
4. Rafael Alegría: «El ALCA y los campesinos», tomado de Clacso: *Observatorio Social de América Latina*, enero, 2003, pp. 15-18.

5. Carlos Pacheco Elizaga: «Cafta, ALCA y PPP: los riesgos de la subordinación económica para Nicaragua y Centroamérica», en Carlos Aguilar (compilador): Los (Mal) *Tratados de Libre Comercio*, DEI, San José, Costa Rica, 2003, p. 167.
6. José Seoane y Emilio Taddei: «Movimientos sociales, democracia y gobernabilidad neoliberal en América Latina», en www.rebelion.org, 2005, pp. 2-3.
7. Pacheco Elizaga: ob. cit., pp. 174-175.
8. Samir Amin y François Houtart: *Mundialización de las resistencias. Estado de las luchas 2002*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, Colombia, 2003, pp. 130 y 131.
9. Ibíd., p. 137 y *Mundialización de las resistencias. Estado de las luchas 2004*, ob. cit., p. 143.
10. Luis Oviedo: «Una historia del movimiento piquetero», www.po.org.ar.
11. Jorge Beinstein: *La crisis de la economía global*, Editorial Corregidor, Buenos Aires, Argentina, 1999, p. 60.
12. Ibíd., 115.
13. Carlos Tablada y Wim Dierckxsens: *Guerra global, resistencia mundial y alternativas*, Ruth Casa Editorial, 2004, pp. 167 y 168.
14. Boaventura de Souza Santos: «El Forum Global Social: Hacia una anti-globalización hegemónica», en Samir Amin y François Houtart: *Mundialización de las resistencias. Estado de las luchas 2004*, ob. cit., pp. 222 y 223.
15. Ibíd., pp. 224 y 225.
16. Marcelo Colussi: «ALBA: una alternativa real para América Latina» de www.rebelión.org, 2005.
17. Ibíd.
18. André Gunder Frank: «Meet Uncle Sam: Marching without Clothes», Internet, 2004.
19. Eric Toussaint: *La bolsa o la vida*, Editorial Clacso, Buenos Aires, Argentina, 2004, pp. 149 y 150.
20. André Gunder Frank: ob. cit.
21. Chalmers Johnson y Tom Dispatch: «La realidad china», en www.zmag.org, 2005.
22. Ibíd. Consulte, además, Luis Bilbao: «Alianza estratégica Brasil-Venezuela» en *Le Monde Diplomatique*, marzo: 4-5, 2005.
23. Mark Gaffney: «Iran a Bridge too Far», Internet, 2005.
24. Luis Bilbao: ob. cit.
25. Wim Dierckxsens: *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

ALEGRÍA, Rafael: «El ALCA y los campesinos», en Clacso: *Observatorio Social de América Latina*, Buenos Aires, Argentina, 2003.

AMIN, Samir y François HOUTART: *Mundialización de las resistencias. Estado de las luchas 2002*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, Colombia, 2003.

__________: *Mundialización de las resistencias. Estado de las luchas 2004*, Ruth Casa Editorial, Panamá, 2004.

BEINSTEIN, Jorge: *La crisis de la economía global*, Editorial Corregidor, Buenos Aires, Argentina, 1999.

BILBAO, Luis: «Alianza estratégica Brasil-Venezuela», en *Le Monde Diplomatique*, marzo, 2005.

BONEFELD, Werner: «Estado, revolución y autodeterminación», en Bonefeld, Werner y Sergio Tischler: *A cien años del ¿Qué Hacer?*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2003, pp. 181-212.

CETRI: «Les obstacles à la santé pour tous», en *Alternatives Sud*, Vol. 11-2004/2, pp. 7-40.

CREAU, Jean-Luc: *Le capitalisme malade de safinance*, Gallimard, Paris, 1998.

DE SOUSA SANTOS, Boaventura: «El Forum Global Social: Hacia una anti-globalización hegemónica», en Amin, Samir y François Houtart: ob. cit., 2004.

DIERCKXSENS, Wim: *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, Colombia, 2003.

HINKELAMMERT, Franz: *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia, 2002.

HOUTART, François: «Alternativas posibles al capitalismo», en Cetri y Desde Abajo: *Alternativas Sur*, Vol. 1(2002), N° 1, pp. 17-34.

HUNTINGTON, Samuel: *The Clash of Civilization and the Remaking of the World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, Estados Unidos, 1996.

JOHNSON, Chalmers y Tom DISPATCH: «La realidad china», en www.zmag.org, 2005.

MARTIN, Mans-Peter y Harold SCHUMANN: *Die Globalisterungsfalle Der Angriff auf Democratie und Wohlstand*, Ed. Rowohlt, Hamburgo, 1996.

MC MURTRY: *The Cancer Stage of Capitalism*, Pluto Press, Londres, Reino Unido, 1999.

PACHECO ELIZAGA, Carlos: «Cafta, ALCA y PPP: los riesgos de la subordinación económica para Nicaragua y Centroamérica», en Aguilar, Carlos (compilador): *Los (Mal) Tratados de Libre Comercio*, DEI, San José, Costa Rica, 2003.

PETRELLA, Ricardo: «Competitivenes, and the Need for Economic Disarmament», tomado de la revista *Politik und Gesellschaft*, Boon Dietz Verlag, Nº 1, 1996.

SEOANE, José y Emilio TADDEI: «Movimientos sociales, democracia y gobernabilidad neoliberal en América Latina», en www.rebelion.org, 2005.

TABLADA, Carlos y Wim DIERCKXSENS: *Guerra global, resistencia mundial y alternativas*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, Argentina, 2005.

TOUSSAINT, Eric: *La bolsa o la vida*, Editorial Clacso, Buenos Aires, Argentina, 2004.

ÍNDICE

PRÓLOGO **1**

CAPÍTULO I. LA NECESIDAD DE OTRO ORDEN ECONÓMICO **9**

La caída del imperio 9

La guerra por la hegemonía 10

Asia se torna taller del mundo; Occidente parasitario 13

La caída de un mercado basado en deudas 16

Una recesión mundial larga y profunda a la vista 18

Crisis global de la economía de mercado 20

CAPÍTULO II. EL FUTURO DE LA HUMANIDAD Y EL PÉNDULO DE LA HISTORIA **23**

Introducción 23

La contradicción entre vitalidad y eficiencia 25

La llamada «tercera vía» 26

La alternativa al capitalismo y el péndulo de la historia 28

La vía hacia una racionalidad económica alternativa al capitalismo 30

El derecho a la vida y el fundamento de los derechos económicos y sociales 33

Hacia una democracia por forma y contenido 36

CAPÍTULO III. LA DIALÉCTICA ENTRE FORMA Y CONTENIDO EN UNA ECONOMÍA ALTERNATIVA **41**

La riqueza social por forma y contenido 41

¿Crecimiento o bienestar genuino? 47

a. Por la vida de la naturaleza 48

b. Por la vida del medio ambiente 48

c. Por la vida de los productos humanos 49

d. Por la vida de todo lo que nos rodea 50
e. Por una vida humana en paz 51
f. Trabajar para una vida digna en lugar de sacrificar vida en función del capital 51
g. Por una economía en función de la vida misma 52

CAPÍTULO IV. UTOPÍA Y SUJETO EN UNA ECONOMÍA ALTERNATIVA 55
La ética del bien común, brújula de la economía alternativa 55
La ética solidaria o la transición dolorosa hacia la alternativa 56
La emancipación de la humanidad como oportunidad y necesidad 61
La subordinación de la forma al contenido 68
Crecimiento negativo: base para un mayor bienestar genuino 72
Camino a la equidad: La economía de lo suficiente y de lo necesario 76
La socialización del conocimiento a nivel mundial 78
La redistribución del ingreso a nivel mundial 79

CAPÍTULO V. ACTOR Y SUJETO EN LA TRANSICIÓN AL POSTCAPITALISMO 83
El movimiento social mundial a partir de la crisis del neoliberalismo 83
El contexto específico de la lucha social en América Latina 88
Generalidad y particularidad de las luchas sociales nacionales 91
a) Los movimientos campesinos e indígenas 91
b) Los movimientos obreros y de los excluidos 94
La lucha social mundial ante la guerra global 99
La desconexión de la globalización: camino a «Otro Mundo Posible» 102
a) El derrumbe del imperio 102
b) La base para la lucha por un mundo multipolar 106
c) El lugar de América Latina en la lucha por un mundo multipolar 107

BIBLIOGRAFÍA 113

Este libro se terminó de imprimir
en diciembre de 2006,
en los talleres de Editorial Colson, C.A.
situados en calle Santa Ana,
Complejo Industrial Fundo Cospe, C.A.
Caracas, Venezuela.
Impreso en papel Saima Antique 90 gramos,
la tipografía utilizada fue
Times Ten 11 puntos sobre
14 de interlineado.